

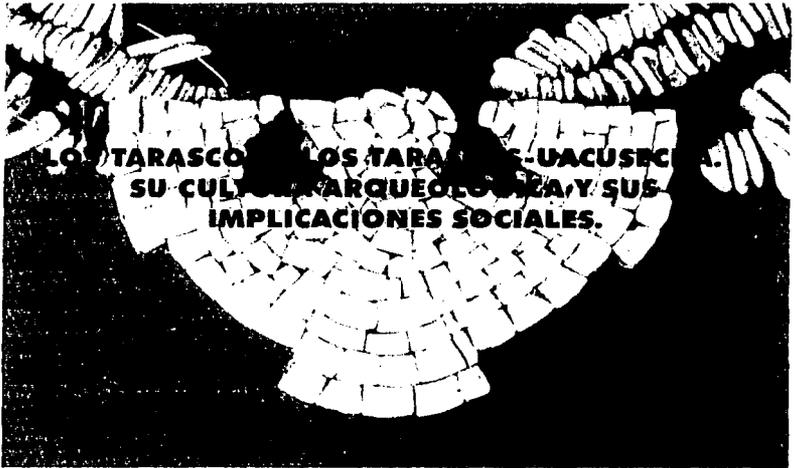
01042  
6

1



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS



QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
MAESTRO EN ESTUDIOS MESOAMERICANOS  
P R E S E N T A  
SALVADOR PULIDO MENDEZ

Director: DR. JORGE ANGULO VILLASEÑOR.

Cd. Universitaria, México, D.F. ENERO de 2003.



FACULTAD DE FILOSOFÍA  
Y LETRAS

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**PAGINACION  
DISCONTINUA**

**TESIS  
CON  
FALLA DE  
ORIGEN**

Dedico este trabajo a los  
Pulido (a los míos, claro está),  
particularmente a  
Don Benjamín,  
mi padre de toda la vida...

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la  
UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el  
contenido de mi trabajo reseccional.

NOMBRE: Salvador Pulido  
Mendez

FECHA: 17 febrero 2003

FIRMA: [Signature]

...asimismo, a Barbarita Brandauer,  
por el promisorio futuro que  
se otea a su lado.

## INDICE GENERAL.

Índice general.....	i
Índice de ilustraciones.....	ii
Agradecimientos.....	iv
Introducción.....	1
I.....	1
II.....	6
Capítulo 1. Los tarascos o purhépechas: el pueblo del que trata este trabajo.....	17
¿Tarascos o purhépechas? ¿cómo denominarlos?.....	17
De sus características en términos de la antropología física.....	21
De la forma de hablar.....	27
Reseña histórica y arqueológica.....	30
Identidad y orígenes.....	30
Los tarascos en términos arqueológicos.....	35
El territorio de los tarascos.....	48
Capítulo 2. Diferencias entre los tarascos y los tarascos-uacúsecha.....	52
Los tarascos como grupo social en el registro arqueológico.....	52
La metalurgia entre los tarascos.....	53
La escultura tarasca.....	61
La existencia de pipas de barro de formas características.....	66
El jade escaso y el trabajo de la obsidiana y del cristal de roca.....	72
La práctica de cremación postenterramiento.....	73
Las características arqueológicas de los tarascos y los tarascos-uacúsecha.....	78
La cerámica de los tarascos como grupo étnico.....	78
La cerámica de los tarascos-uacúsecha.....	90
La arquitectura tarasca y la arquitectura de los tarascos-uacúsecha.....	101
La arquitectura doméstica de los tarascos.....	101
La arquitectura monumental tarasca.....	104
Las yácatas y los tarascos-uacúsecha.....	115
Capítulo 3. Grupos sociales entre los tarascos.....	123
De cómo entendemos 'clase social'.....	123
Las clases sociales en la sociedad tarasca.....	128
Capítulo 4. El Irchequa Tzintzuntzan. Su integración social y étnica.....	148
Conclusiones.....	159
Bibliografía citada.....	171

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

## ÍNDICE DE ILUSTRACIONES.

Figura 1. Cráneo con incisiones dentales.....	Lámina I
Figura 2. Fragmento del Lienzo de Jucutacato.....	Lámina I
Figura 3. Olla globular de Chupicuaro.....	Lámina II
Figura 4. Vasija decorada al <i>cloisonné</i> .....	Lámina II
Figura 5. El territorio tarasco.....	Lámina III
Figura 6. Plateros en la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina IV
Figura 7. "Pinzas-depiladoras" de Michoacán.....	Lámina IV
Figura 8. "Pinzas-depiladoras" de Perú.....	Lámina IV
Figura 9. Minas de cobre en Michoacán.....	Lámina V
Figura 10. Ticuiche.....	Lámina V
Figura 11. Escultura de Tiristarán.....	Lámina VI
Figura 12. Escultura de Santo Domingo.....	Lámina VI
Figura 13. Trono-coyote de Ihuatzio.....	Lámina VI
Figura 14. Pipas de Michoacán.....	Lámina VII
Figura 15. Lámina II de la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina VII
Figura 16. Pipas de Tzintzuntzan.....	Lámina VIII
Figura 17. Lámina XXXVIII de la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina IX
Figura 18. Lámina XXXVII de la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina IX
Figura 19. Olla doméstica de Tzintzuntzan.....	Lámina X
Figura 20. Ollas domésticas en la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina X
Figura 21. Ollas de élite y de tipo doméstico en la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina XI
Figura 22. Ollas de élite en la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina XI
Figura 23. Olla policroma tarasco-uacúsecha.....	Lámina XII
Figura 24. Cajete policromo tarasco-uacúsecha.....	Lámina XII
Figura 25. Cajete policromo tarasco-uacúsecha.....	Lámina XII
Figura 26. Olla monocroma tarasco-uacúsecha.....	Lámina XIII
Figura 27. Olla monocroma tarasco-uacúsecha.....	Lámina XIII
Figura 28. Olla policroma tarasco-uacúsecha.....	Lámina XIV
Figura 29. "Pinza-depiladora" de Huandacareo.....	Lámina XIV
Figura 30. Cajete policromo tarasco-uacúsecha.....	Lámina XV
Figura 31. Cajete policromo tarasco-uacúsecha.....	Lámina XV
Figura 32. Figurillas antropomorfas de Santo Domingo.....	Lámina XV
Figura 33. Casas comunes en la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina XVI
Figura 34. Casa del cazonci en la <i>relación de Michoacán</i> .....	Lámina XVI
Figura 35. "El Palacio" de Tzintzuntzan.....	Lámina XVII
Figura 36. Sistema constructivo tarasco.....	Lámina XVIII
Figura 37. "El Palacio del rey Caltzontzin" de Zacapu.....	Lámina XVIII
Figura 38. "El Palacio" de San Antonio Carupo.....	Lámina XIX
Figura 39. Estructura arquitectónica del sitio arqueológico El Metate.....	Lámina XIX
Figura 40. Núcleo central del sitio arqueológico de Tócuaro.....	Lámina XX

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 41. Estructura arquitectónica del sitio arqueológico de Tócuaro.....	Lámina XX
Figura 42. Estructura arquitectónica rectangular de Tzintzuntzan	Lámina XXI
Figura 43. Levantamiento topográfico del sitio arqueológico de Jujucato.....	Lámina XXI
Figura 44. La estructura arquitectónica "T" de Jujucato.....	Lámina XXI
Figura 45. Planta general de la zona arqueológica de Tzintzuntzan.....	Lámina XXII
Figura 46. La yácata del sitio arqueológico Lagunillas.....	Lámina XXII
Figura 47. Yácata de Parangaricutiro.....	Lámina XXIII
Figura 48. Plano del sitio arqueológico de Jacona.....	Lámina XXIII
Figura 49. Yácata del sitio arqueológico B-11.....	Lámina XXIV
Figura 50. Plano de la yácata del sitio arqueológico B-11.....	Lámina XXIV
Figura 51. Plantas arquitectónicas de los basamentos tarascos...	Lamina XXV
Figura 52. Distribución de las yácatas en Michoacán.....	Lámina XXV
Figura 53. Uso de los bezotes en la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina XXVI
Figura 54. Los diputados del cazonci en la <i>Relación de Michoacán</i> .....	Lámina XXVI
Figura 55. Collar de turquesas con forma de águila.....	Lámina XXVII
Figura 56. Esquema de la sociedad tarasca.....	Lámina XXVIII

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

## Agradecimientos.

Es un lugar común iniciar el texto de una tesis para la obtención de un grado académico con los agradecimientos a la mitad del mundo que participó en su elaboración y, en esta ocasión no será de otra manera. Sin embargo, y aunque en lo personal, tratamos siempre de alejarnos de los convencionalismos y formalidades, tenemos la obligación -sobre todo porque así lo queremos- de hacer público reconocimiento de quienes nos han ayudado de mil maneras a llevar a cabo este trabajo y, por qué no decirlo, a entender más a fondo uno de los aspectos que dieron origen a un fragmento de lo que es ahora México.

No sabemos hasta qué grado el origen michoacano de mi familia nos orilló a seguir esta ruta de conocimiento sobre su pasado, pero este hecho nos ha llevado a tratar a mucha gente ligada culturalmente a ella y que, por tanto, nos ha auxiliado en la comprensión de sus propias características. Así, debo dar las gracias a todos aquellos anónimos, y no tan anónimos, que en algún momento participaron con su trabajo y su esfuerzo en realizar las labores que les encargábamos, con el pico, con la pala, con el machete, la máquina de escribir o la computadora, o con cualquier herramienta propia del trabajo arqueológico. Tantos son y tanto se les debe que no alcanzaríamos ni a nombrarlos, ni a expresar enteramente nuestro agradecimiento.

En lugar especial se ubica la familia Pulido Cervantes, que con paciencia y atenciones hizo que nuestras diferentes estancias por aquellas tierras hayan sido agradables y hasta añorables. Quedamos en deuda con ellos.

Varios son los compañeros de trabajo y colegas que nos han dado la mano, ya con sus comentarios, ya con sus intervenciones en los proyectos en los que estuvimos, ya con su sola presencia. Así, conviene aquí recordar a quienes compartieron los gratos momentos en las arduas jornadas de trabajo de campo y las ingratas horas de fastidio de los campamentos: Alfonso Araiza, Marco Ayala, Jorge Cabrera, Susana Lam, Alicia Bonfil, Rafael Domínguez y Tomás Villa, entre otros. Debo hacer especial mención de dos personas que han estado estrechamente ligados a los proyectos y a nuestra persona en estos años michoacanos: Luis Alfonso Grave Tirado, con quien nos sentimos muy agradecidos por su activa participación y su gran sentido de compañerismo y responsabilidad, así como a Gerardo Pulido Cervantes que con su diaria y novel energía servía de incentivo para ir más allá del trabajo rutinario, además de compartir apellido, familia, ideas y sentimientos. A todos mi reconocimiento y mi amistad en lo que valen.

Situados en la fea trinchera de la burocracia necesaria, pero en este caso, funcional y responsable, también contamos con el apoyo de los mejores jefes que

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

hayamos podido tener, entre los cuales se encuentran los queridos amigos que los años van dejando. Su apoyo ha sido imprescindible, tanto para la realización personal como la académica, aunque no alcanzamos a distinguir si lo tenemos por el hecho de que son los jefes o por motivo de la amistad, de cualquier forma nos ha sido más que importante. En primer lugar está el exdirector de Salvamento Arqueológico, Luis Alberto López Wario, quien a pesar de sus enojos y la alopecia que estos le han causado, siempre termina cediendo a la amistad; a la subdirectora de proyectos, Margarita Carballeda Staedtler, que con su amabilidad y trato de gente, siempre ha allanado los problemas que se nos han presentado; a los diferentes subdirectores de protección, a quienes se les deben la celeridad de trámites y, sobre todo, el trato de compañeros: Francisco Ortuño, Guillermo Goñi y Ernesto Rodríguez; este último, ya en calidad de director de la dependencia mencionada, nos facilitó las ausencias necesarias para cumplir con el peregrinaje de los trámites de graduación.

A otras autoridades que desde sus propias zonas de influencia han permitido la obtención de los datos que se encuentran en este trabajo, al Arquitecto Eugenio Mercado López, Director del Museo Michoacano por haberme permitido la toma de algunas de fotografías de las piezas que resguarda esa institución; así como a su Interventor de Bienes Patrimoniales, el Sr. Roberto Hernández Vélez, que me apoyó con despliegue de gran amabilidad en ese trabajo; tanto como el señor administrador de la zona arqueológica de Tzintzuntzan, que me acompañó en un reconocimiento por la misma, quitando un poco de tiempo a su propio trabajo.

Un reconocimiento muy especial merece el Ingeniero Bulmaro Cabrera, que en un tiempo fue Director Adjunto de Carreteras Federales de la SCT, y tenía la enorme responsabilidad de hacer los trazos primarios de las carreteras del país; trabajo que, según nos pareció, hacía con asombrosa facilidad. Su apoyo, y el de su gente, fue siempre un promotor para realizar el trabajo que nosotros teníamos que hacer, así como un auxilio imprescindible en la obtención de los presupuestos que requerimos en las diferentes investigaciones.

¿Qué decir de los profesores de quienes participé en mi formación como investigador? Simplemente les agradezco de corazón su tiempo, su dedicación y la confianza que en mí tuvieron, así a aquellos de la ENAH (Enrique Nalda, Manuel Gándara, Andrés Fábregas, Felipe Bate, Morrison Limón, Joaquín García-Bárcena, entre muchos otros); como a los que recién conocí en la maestría (Víctor M. Castillo, Gerardo Bustos y Leopoldo Valiñas, destacan entre ellos).

Quedo también muy agradecido con aquellos profesores que participaron en diversa medida pero con entusiasmo y gran profesionalismo en la elaboración de este trabajo con sus comentarios, con sus sugerencias de correcciones, con el ánimo que en mí infundieron para continuar. Aquí he de mencionar a la Dra. Helen Pollard, que aunque desafortunadamente no fui su alumno, sus escritos han aportado una valiosa fuente de conocimiento sobre el tema que aquí trato; de igual modo a la Dra. Dorothy Hosler, cuyos comentarios sirvieron para hacer varios planteamientos que se encuentran en este trabajo; a los doctores Arturo Oliveros y

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Rubén Manzanilla, que amablemente aceptaron leerlo y darme sus consejos como conocedores de los temas del Michoacán antiguo; al Dr. Gerardo Bustos, con quien en divertidas clases compartimos ideas acerca de las relaciones geográficas y que me auxilió en la profundización de las mismas; al Dr. Jorge Angulo Villaseñor, que además de ser excelente persona y director de esta tesis, aportó siempre preguntas pertinentes que guiaban mi trabajo y, sobre todo, generó nuevos ánimos para avanzar sobre el mismo con magníficos comentarios, más de amigos que derivados de la relación profesor-alumno. Dejo en último término al Mtro. Víctor Manuel Castillo Farreras quien siempre mostró gran disposición para con este trabajo; le agradezco la lectura, las revisiones y los comentarios, así como su amabilidad, presteza, sinceridad y buena intención. A todos ellos doy las más cumplidas gracias, les debo mucho.

Por otra parte, agradezco sinceramente a quienes en su momento integraron la Coordinación de la Maestría en Estudios Mesoamericanos (así a la Dra. Mercedes de la Garza, Noemí Cruz y Claudia Gutiérrez, como a la Dra. Martha Iliá Nájera, a Linette Lowe y a Elvia Castorena) por el auxilio y el trabajo eficiente que siempre nos brindaron desde el rudo reducto de la administración escolar. Asimismo, quiero hacer especial reconocimiento a CONACyT, ya que el apoyo económico que nos fue otorgado nos ayudó notablemente para la realización de la presente investigación y su conclusión.

Aunque todos los mencionados, y muchos no dichos, pusieron la mano -o el hombro- para que nosotros hayamos terminado este trabajo, los resultados del mismo son sólo responsabilidad del autor; así pues, no se culpe a nadie más de los errores.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

# **LOS TARASCOS Y LOS TARASCOS-UACÚSECHA. SU CULTURA ARQUEOLÓGICA Y SUS IMPLICACIONES SOCIALES.**

## **Introducción.**

I

En 1993 nos enteramos fortuitamente que iba a ser construida una carretera en el norte del estado de Michoacán, y dado el trabajo que realizábamos en la hoy Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH, propusimos un proyecto de investigación que nos permitiera entender el significado cultural de la región que la obra iba a afectar y que, según sabíamos, se trataba del entorno fronterizo del territorio de los tarascos. De esta manera, uno de los objetivos fundamentales de dicho proyecto planteaba definir hasta qué grado esa área había sido integrada al estado tarasco.

Después de algunas de las clásicas vicisitudes de la alta política mexicana, que desafortunadamente nos alcanzaron, así como de los sinsabores presupuestarios que estos trajeron consigo, logramos salir a realizar la investigación en su fase de campo hacia mediados del año siguiente. La idea central, como dijimos, era localizar a los tarascos prehispánicos en la zona. Sin embargo, casi tan pronto como iniciamos los trabajos de reconocimiento, nos llevamos una desconcertante sorpresa al toparnos con escasas evidencias arqueológicas de lo que

buscábamos. Al término de esa investigación llegamos a algunas hipótesis que rescatamos para iniciar nuevos proyectos de salvamento en otras regiones del propio estado de Michoacán, por una parte, y que por otra, fueron las bases que dieron origen al presente trabajo.

De esta manera participamos, en el ámbito de nuestra competencia, en la construcción de la autopista Morelia-Lázaro Cárdenas que, a diferencia de la vía anterior, atraviesa el estado en sus partes media y sur. Este trabajo nos daría la oportunidad de obtener una visión de otras regiones habitadas por los tarascos y confrontar estos conocimientos que ya habíamos adquirido; de tal forma se plantearon objetivos idénticos en torno a ese grupo social, pero se complementaron con otros para tratar de precisar los límites de la región en la que estos se desarrollaron, sus relaciones con otros grupos, las estructuras sociales y políticas que podríamos inferir de los datos que encontrásemos. Para estos años, entre 1996 y 2001, la sorpresa fue menor, aunque no dejaba de movernos a elucubraciones: aún en la zona central tarasca encontrábamos relativamente pocos indicadores de los mismos, a pesar de que estábamos en el centro territorial del grupo. ¿Qué representaba, entonces, esta situación? ¿Por qué no estaban los tarascos donde deberían estar?

Comenzamos a especular acerca de nuestro conocimiento del grupo; cada vez era más evidente que lo que sabíamos de los tarascos no se ajustaba a lo que había en el registro arqueológico. Así, más que en términos personales, en términos del "conocimiento social" de los arqueólogos y gente afín, nos preguntábamos qué tanto sabíamos efectivamente de los tarascos anteriores a la conquista. ¿Quiénes fueron? ¿qué hicieron? ¿cómo reconocerlos arqueológicamente? fueron algunas de las preguntas planteadas. Estas inquietudes nos encaminaron a buscar las respuestas que fueron tomando forma a medida que se reflexionaba sobre ellas durante el desarrollo de la maestría en Estudios Mesoamericanos. De esta manera llegamos a los planteamientos contenidos en este escrito. Sin embargo, para que el lector tenga una idea más clara, es preciso conducirlo por una serie de peldaños

que desembocarán en nuestras conclusiones, toda vez que éstos son parte de los argumentos del presente trabajo.

Este trabajo está dividido en varios apartados que tratan de profundizar en los diversos aspectos de la cultura de los tarascos, abordándolos desde diferentes perspectivas, aunque se tuvo el cuidado de, o al menos se pretendió, enfocarlos hacia las respuestas buscadas. Comenzamos pues, con una reflexión sobre la naturaleza de este ejercicio, explicitando lo que nosotros consideramos como el trabajo y el objetivo de la arqueología y de las ciencias sociales. De aquí derivamos hacia algunos aspectos generales de la cultura, como concepto universal, y su diversificación en las varias formas que en un solo grupo social se pueden encontrar. A pesar de que el tema amerita un extenso trabajo, la exposición que aquí intentamos trata sólo de aclarar nuestras ideas al respecto; éstas son las bases que nos brindan los soportes teóricos necesarios para sustentar el manejo de los datos que vertimos a lo largo del texto, por un lado, y por el otro, nos permiten afianzar nuestras tesis finales.

En segundo término se encuentra la delimitación de nuestro objeto de estudio, es decir, los tarascos prehispánicos de los cuales tratamos. Esta delimitación se hace desde la pertinencia del mismo nombre, hasta los vislumbrados aunque completamente indefinidos orígenes, pasando por cuestiones como su situación lingüística en el ámbito mesoamericano, así como aspectos relacionados con sus características físicas. Nos valemos aquí de los resultados de un sinnúmero de investigaciones que diversos estudiosos de los tarascos han aportado; de tal manera, encontraremos datos provenientes de distintas ramas del conocimiento antropológico e histórico, tales como la lingüística, la antropología física y la arqueología, entre otras. No se dejan de considerar las anotaciones de los cronistas del siglo XVI sobre los aspectos que interesan a nuestros objetivos.

Posteriormente, como tema central del cuerpo de este trabajo, pasamos al estudio de las características arqueológicas de los tarascos; para ello tomamos como

punto de partida una de las definiciones más clásicas que para el grupo han sido dadas. Dividimos este capítulo en dos grandes apartados, el primero de ellos trata sobre algunas características que consideramos hasta cierto grado accesorias o, en todo caso, como no necesariamente útiles para identificar al grupo, ya que más bien son compartidas con otras sociedades mesoamericanas o del continente americano entero. El segundo apartado trata otras características que a nuestro juicio son clave para ubicar a los tarascos; éstas son la cerámica y la arquitectura, de las cuales partimos para proponer diferencias sociales sustanciales entre el grupo tarasco; diversidad que incide en la forma de estudio del mismo grupo ya que tiene algunas consecuencias en el registro arqueológico.

Así, veremos en este siguiente capítulo que entre los tarascos hay bloques sociales con características culturales que les son propias y que se manifiestan sobre todo en los indicadores señalados. Veremos, por un lado, los rasgos arqueológicos que corresponden a la sociedad tarasca, tratada como conjunto, y por otro, los que se asocian a la élite del poder, los tarascos-uacúsecha.

De lo anterior se deriva el capítulo tercero donde se dan argumentos para considerar que las diferencias culturales existentes entre los bloques o sectores que formaron la sociedad tarasca son el punto de partida para definirla como una sociedad clasista y, ahondando en los documentos históricos, buscamos datos que refuercen esta idea. De ellos extraemos una cantidad de apuntes, a nuestros ojos suficientes, para identificar al grupo en el poder, así como a otros sectores emparentados con aquel; encontramos también elementos con los cuales identificar al grueso de la población, a la gente que no tiene relación con el poder más allá de ser el soporte básico del estado tarasco.

Asimismo, durante el desarrollo de la investigación, se observó que no todos los habitantes del territorio tarasco eran tarascos; antes bien había una diversidad de pueblos dentro del mismo, muchos de los cuales fueron conquistados y otros llegaron por propia voluntad, procedentes principalmente de los territorios

dominados por los mexicas y sus aliados. Con todos estos grupos se integró el territorio sujeto al cazonci, personificación absoluta del estado tarasco. Sin embargo, la presencia de pueblos de origen distinto y de distinta condición generó diferentes formas de control y sujeción para con el propio estado. Este es el motivo del penúltimo de los apartados de este trabajo. Veremos en él, entonces, cómo se conformó políticamente el estado tarasco y cómo estaban integradas tanto las diversas fracciones de los propios tarascos como otros grupos étnicos que reconocieron al cazonci como su gran gobernante.

En la última parte del escrito ofrecemos nuestras conclusiones; estas provienen del recuento de los datos expuestos anteriormente, así como de la reflexión sobre los mismos. Consideramos obligatorio mencionar que si bien tales ideas concluyen este trabajo, no son definitivas de ninguna manera, ya que nuevos datos, nuevas investigaciones, pueden poner en entredicho las tesis que planteamos; en todo caso es una forma personal de pensar la historia antigua de los tarascos basada en los datos disponibles a la fecha. De cualquier modo, sabemos bien que el desarrollo de los conocimientos se hace con base en la superación de los que se tenían en un momento determinado, hecho que se realiza en la medida en que se reinterpretan esos datos a la luz de otros nuevos. Este último capítulo, pues, forma una especie de resumen y corolario a algunas ideas que nos han surgido a lo largo de algunos años de trabajo sobre el tema, en otro sentido, es una forma de contestar las preguntas iniciales con las cuales arrancamos este trabajo: ¿quiénes son realmente los tarascos arqueológicos? ¿cómo se les observa en el registro arqueológico? ¿qué significa la escasez de los rasgos que hasta ahora hemos identificado como tarascos en términos arqueológicos? ¿qué implicaciones sociales trae como consecuencia la diversidad de grupos que las fuentes históricas mencionan como habitantes del territorio tarasco?

Como punto final presentamos la bibliografía utilizada en la elaboración de este trabajo. Ella es una cuantiosa relación de los trabajos que en torno a los tarascos

prehispánicos han sido publicados aunque no es, ni con mucho, lo exhaustiva que debiera ser una bibliografía sobre el tema; son sólo los textos que nos han sido útiles para la consecución de nuestros fines pero estamos convencidos de que es una buena plataforma para el estudio de los tarascos, ya que en ella se encuentran tanto textos clásicos como los de publicación más reciente.

Por último, quisiéramos que este trabajo se tomara como un aporte hacia el conocimiento de los tarascos, aporte que, según sentíamos, teníamos la obligación de realizar después de varios años de trabajo en las distintas regiones geográficas y culturales de Michoacán, como ya dijimos; asimismo, deseamos que se vea como un acceso a estudios más profundos sobre temas relacionados y sobre la complejidad y diversidad cultural de los pueblos prehispánicos de nuestro país.

## II

Arqueología, antropología e historia, ¿que tienen en común? ¿qué las separa? Lograr respuestas convincentes a estas preguntas resulta difícil. Todavía los científicos sociales defendemos nuestras parcelas de acción dentro de ese campo del conocimiento, tratando de establecer límites que los investigadores que no participan de nuestros respectivos títulos y cédulas, no deben transgredir. Sin embargo, cada vez nos parece más difícil sostener esta posición; cada vez dichos científicos hacen uso de resultados, de métodos, de teorías y de técnicas de disciplinas que antes eran vistas como auxiliares de una ciencia o como formas de conocimiento de bajo potencial de explicación. Así, a cada paso, llegamos a un momento en el que a pesar de trabajar profundamente un aspecto de la actividad social del hombre, requerimos de las interpretaciones que nos ofrecen otros especialistas de las distintas ramas del conocimiento humano. Es esta una de las premisas del presente trabajo.

En México, por lo menos desde la creación del Departamento de Antropología dentro de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, hacia 1937, la arqueología había sido vista como dependiente de la antropología, y ambas eran parte del estudio del hombre, considerado éste como un ser biológico con especiales habilidades de las que los otros animales carecían. Tiempo después, ya sea de manera tácita o implícita, la antropología mexicana retomará la idea planteada por los arqueólogos estadounidenses G. Willey y P. Phillips de que “la arqueología americana es antropología o es nada” (Binford, 1968: 93).

Sin ser tan radicales como predica el apotegma mencionado, nosotros vemos que, en efecto, hay muchas coincidencias entre arqueología y antropología, pero también consideramos que existen fuertes nexos entre arqueología e historia por un lado, y antropología e historia, por otro<sup>1</sup>. Trataremos de explicarnos. Si bien, la arqueología dedica sus esfuerzos al estudio de fenómenos pretéritos relacionados con las sociedades humanas (su devenir, sus organizaciones, sus costumbres, sus objetos, sus lugares y sus hogares, sus personas, entre otros muchos aspectos), entonces comparte con la antropología el objetivo y el objeto: estudiar, comprender y explicar al hombre, sus productos y sus organizaciones sociales en su variabilidad histórica (Kaplan y Manners, 1979; Sanders y Marino, 1977), analizando, en términos generales, el desarrollo de los diferentes grupos sociales, tratando de observar regularidades en ese proceso de innumerable rutas, aunque en esto último no todos los investigadores coinciden.

La primera diferencia que salta a la vista entre ambas disciplinas es la que corresponde a lo específico de lo estudiado, es decir, si ambas especialidades estudian al hombre, sus sociedades, sus productos, etcétera, la antropología lo hace básicamente sobre sociedades vivas, actuales, en tanto que la arqueología lo hace con sociedades de las cuales sólo se tienen algunos restos, fragmentarios

---

<sup>1</sup> Consideramos también que otras ciencias del ámbito de las disciplinas sociales tienen fuertes relaciones con estas ramas de estudio; no las mencionamos dado que no viene al caso, pero queremos aclarar que todas ellas juegan papeles importantes en virtud de una mejor comprensión del desarrollo histórico del hombre y su ambiente.

las más de las veces, es decir, con sociedades muertas o pretéritas, por así llamarlas para distinguirlas de las actuales<sup>2</sup>.

Por su parte, la historia estudia también esos procesos, los caminos por los que han transitado los diferentes grupos humanos y sus integrantes, las causas que los generaron, las consecuencias que originaron. Todo ello tiene que ver, pues, con el hombre y sus agrupaciones sociales, con lo que hace, con la explicación de su devenir a través de los tiempos, lo mismo que la antropología, lo mismo que la arqueología. Comparten, pues, la meta y el objeto de estudio, en términos generales; quizás la diferencia estriba en lo específico del objeto que tratan, quizás ello justifique la existencia de la diversidad de disciplinas.

Así, a pesar de que en cierto aspecto estas disciplinas son lo mismo, que el objetivo y los datos puedan ser compartidos, los objetos particulares sobre los que cada una trabaja, y las formas de hacerlo, las hacen diferir. De tal manera que, como decíamos, el antropólogo puede estudiar esos procesos, o partes del mismo, en grupos sociales vivos, sean indígenas o sean las llamadas sociedades occidentales o similares -y en esto se asemeja mucho al sociólogo-, por su parte, el arqueólogo y el historiador estudian esos procesos, o sus partes, sobre evidencias que los grupos sociales han dejado, ya sea en forma de cacharros o restos de todo tipo, en el caso del primero, o en documentos almacenados en archivos, el otro; sin que esto implique la reducción de tales disciplinas a estas actividades.

Posiblemente de allí surja la visión estereotipada de los investigadores ya que, como adelantábamos, en realidad todas ellas tienden a romper esas barreras, impuestas o autoimpuestas, y mezclan ya no sólo objetivos y objetos de estudio sino también las formas de actuar y de obtener los datos; sin embargo, habrá

---

<sup>2</sup> Debemos mencionar que han habido algunos estudios arqueológicos sobre restos de sociedades vivas o actuales, sobre su basura, por ejemplo, sin embargo, ésta es una forma experimental de arqueología y tiende a revisar los métodos y teorías utilizados en la explicación del pasado con

aspectos muy específicos que se identifiquen con cada disciplina y que nos parece difícil de que se compartan, ya que ameritan estudios muy especializados y capacidades específicas de integración de sus datos al marco general de las investigaciones, pero los resultados finales son perfectamente compartidos por el resto de las disciplinas que integran las ciencias sociales.

Una de las partes del proceso social que ha sido objeto de estudio de muchos investigadores, es la que se refiere a la conformación de la cultura y sus cambios, como uno de los productos típicos de los grupos humanos. Nosotros consideramos la cultura como una porción del complejo social, la cual en ocasiones se puede observar como independiente –al igual que cada una de las partes del todo social-, aunque en realidad está tan intrínsecamente ligada al resto de los componentes del sistema que en ella es posible apreciar los cambios que los otros sectores han conocido. De hecho, cultura y sociedad son términos indisolublemente ligados o, podríamos decir en otras palabras, la cultura es al hombre lo que la vida misma: no hay hombre sin vida, no hay hombre sin cultura.

Con todo, es difícil intentar definir el término "cultura", ya que en torno a esta palabra se han generado una serie de ambigüedades. Por ejemplo, se ha dicho que la cultura abarca todos los ámbitos en los que el hombre se mueve, pero también se ha restringido el término a únicamente lo que es producto de actividades lúdicas e intelectuales del hombre, o incluso a actividades relacionadas con el aprendizaje de ciertos conocimientos. Seguramente muchos estudiosos de la actividad humana han tratado sobre su definición y su contenido; aquí retomamos las que sociólogos y antropólogos han formulado a partir de su práctica profesional y de la teorización sobre su trabajo, dado que ellos se han asignado la tarea de comprender este aspecto humano, como labor central de su trabajo. Debemos anotar que cualquiera de las que leímos se aleja de la connotación clasista que también se le ha dado al término, en que se dice que la

---

aspectos conocidos tratando de observar la veracidad y potencial explicativo de unos y otras. Para un análisis sobre estas formas de la actividad arqueológica véase Trigger (1992).

cultura corresponde sólo a las altas esferas sociales; como veremos, en sentido académico la cultura va más allá de ese absurdo.

En 1952 Kroeber y Kluckhohn publicaron un trabajo en el cual recopilaron un gran número de definiciones que diferentes autores, de lengua inglesa básicamente, han propuesto para el término cultura. Encontramos entre ellos antropólogos, sociólogos, psicólogos, psiquiatras y geógrafos, así como otros representantes de distintas ciencias sociales. Exponen las definiciones agrupadas en seis bloques según el énfasis que sus propios autores pusieron en determinados aspectos: enumerativo-descriptivo, histórico, normativo, psicológico, estructural y genético, así como un séptimo grupo que clasifican como "definiciones incompletas". No encontramos contradicción alguna entre estos grupos, más bien corresponden a acercamientos personales de acuerdo con cada una de las disciplinas que los proponentes practican. Así, podemos ver que, en términos generales la cultura es un todo socialmente aprendido, es socialmente heredado de generación en generación y sus normas determinan algunas estructuras sociales, como lo veremos en seguida.

Indican los autores que uno de los primeros investigadores modernos en interesarse por el término y su significado fue el antropólogo Edward B. Tylor, quien en 1871 publicó su libro *Primitive culture*; allí anotó

Culture or civilization (...) is that complex whole which includes knowledge, belief, arts, morals, customs, and any other capabilities and habits acquired by man as a member of society (Kroeber y Kluckhohn, 1952:43)<sup>3</sup>

Posteriormente a esta publicación han aparecido otros textos en los que se hacen diversas definiciones del término, observando la cultura desde el punto de vista de teórico que cada investigador adopta. De tal manera se cuenta con conceptos que,

<sup>3</sup> "Cultura o civilización (...) es un complejo íntegro que incluye conocimientos, creencias, artes, moral, costumbres y cualquier otra capacidad o hábito adquirido por el hombre como miembro de una sociedad." Traducción nuestra.

por ejemplo, privilegian el hecho de una conducta aprendida (Linton, 1971; Harris, 1985), de una respuesta de adaptación humana al ambiente (Sanders y Price, 1968) o, en todo caso, una adaptación en la que el hombre se apropia del medio de acuerdo con ciertas peculiaridades de su organización social (Fábregas, 1977; Bate 1978), entre otras.

Así pues, tratar de definir cultura es menos sencillo de lo que a primera vista parece. Como anotamos, cada autor concede mayor a menor peso a los aspectos que él considera pertinentes en la búsqueda de esa definición, en la que, por lo demás, se dejan ver las filiaciones teóricas y políticas de los investigadores. Podemos, de cualquier forma, obtener algunos elementos que son comunes en todos ellos, quizás mínimos pero que pueden ser éstos los que caractericen al concepto.

El primero es el hecho de que la cultura es un producto humano que, incluso, es una de las particularidades que distingue a las sociedades humanas de los grupos animales; otro aspecto es que la cultura es un mecanismo extrasomático del hombre, es decir, es algo que ajeno al equipamiento natural con el que el hombre, como individuo, nace; es un conjunto ideas, de hábitos, de cosas aprendidas socialmente, no heredadas genéticamente; de igual manera, la cultura se genera y modifica en relación a la actividad que el hombre despliega en los diversos ámbitos en que participa, desde su entorno ecológico, hasta aquellos que se establecen en virtud de su pertenencia a una sociedad o a una de sus fracciones.

En suma, nosotros consideramos que la cultura se integra por todo aspecto (material, ideológico, de organización, etcétera) que el hombre genera a raíz de su intervención –adaptación, depredación, modificación– en su entorno natural, participación que se da siempre dentro de un grupo social y en un ambiente histórico determinado.

No obstante, conceptualizar así la cultura es referirnos a un hecho sin concreción, dado que la cultura no existe *per se*, antes bien tiene su génesis a partir de la constante interacción humana en la conjunción de un tiempo y situaciones particulares. Así podríamos hablar de una cultura nacional, la mexicana, por ejemplo, en contraposición a otras tantas o, en términos más vagos, la cultura occidental como diferente a la cultura oriental o la islámica. También debe ser considerado el caso de que los patrones culturales de una sociedad tienden a ser diferentes en cada uno de sus miembros, o conjuntos de los mismos, debido a las diferencias de apreciación que a los individuos les impone el hecho de su participación en su entorno inmediato, hecho que, por demás, la propia sociedad ha establecido.

Esto se deriva de la división del conjunto social en diferentes niveles en que los individuos se mueven o se encuentran inmersos, ya sea en grupos sociales más o menos amplios o, inclusive a niveles individuales. Así lo menciona Linton (1971: 66):

la participación de un sujeto dado en la cultura de su sociedad no es un hecho fortuito, sino que en lo fundamental la determina, y casi de un modo total en lo que toca a la cultura manifiesta, el lugar que ocupa en la sociedad y la instrucción que ha recibido en vista a alcanzarlo. De esto se deduce que la conducta del individuo no debe estudiarse simplemente en relación a la cultura total de su sociedad, sino también en función de las exigencias especiales que su sociedad le impone en virtud del lugar que en ella ocupa

Así, si existe un modelo cultural de una sociedad, no todos los miembros de la misma lo comparten de igual modo; su aprehensión se hace de acuerdo a las relaciones que el individuo guarda con respecto a todo el conjunto social; entonces, la existencia dentro de un todo social de bloques o conjuntos de personas con relaciones afines origina subculturas, las cuales se presentan

inmersas en la cultura del grupo completo. Cada una de estas subculturas comparte, desde luego, aspectos de la cultura general del grupo, pero cada una de ellas posee una visión que puede ser distinta a las otras o, por lo menos, presentar variaciones con respecto a la cultura general del grupo.

En las sociedades con estado<sup>4</sup>, divididas en niveles, cada bloque social podría tener una forma particular de apropiarse de la cultura general, pero el estado deberá ser quien se obligue a mantener la vigencia de los aspectos culturales y promover su cambio de acuerdo a sus propios intereses, aunque cada grupo seguirá conformando sus propios patrones culturales, no obstante. De tal forma que

El Estado no produce un discurso unificado: produce varios, encarnados diferencialmente en sus diversos aparatos según su destino de clase; varios discursos, dirigidos a sus diversas clases. O también: produce un discurso segmentado y fragmentado según las líneas coincidentes con la estrategia del poder (Poulantzas, 1983: 32)

En este sentido, pues, podemos encontrar aspectos culturales compartidos por un grupo social entero, a lo cual podríamos designar como la cultura del propio grupo, pero en su interior, parece ser más común que localicemos aspectos que sólo se encuentren en ámbitos más restringidos, que distingan a los miembros de algún sector del grupo y que correspondan, entonces, a lo que podrían ser subculturas del grupo o cultura propia de uno de los sectores de la sociedad. Esta es la raíz del trabajo que a continuación presentamos y que analizamos con una de las sociedades más conocidas del México antiguo pero poco comprendidas: los tarascos prehispánicos.

---

<sup>4</sup> Consideramos aquí al estado como una institución social formalmente organizada, con diferentes mecanismos o aparatos dedicados a la toma e instrumentación de decisiones de gobierno, de manera altamente centralizada, con un territorio propio, con capacidad de obtención de recursos para su propio sostenimiento, con poder para hacer uso de una fuerza pública, y con la posibilidad de instrumentar su reproducción a través de leyes, normas, conceptos ideológicos, etcétera.

En el discurso ideológico y en el ámbito cultural general se tiende a observar a las sociedades del México prehispánico como bloques monolíticos, conformados por un solo conjunto único y homogéneo de personas. Se les ve como sociedades cuyos integrantes comparten patrones culturales característicos unitarios; esto ha generado una visión arquetípica de las sociedades mesoamericanas<sup>5</sup>. No obstante, de acuerdo con los estudios recientes sobre los diversos grupos de Mesoamérica, esta manera de concebirlos se encuentra alejada de la realidad; antes bien, todas estas sociedades presentan grandes diferencias entre sus miembros que se constituyen en bloques sociales y, que por lo mismo, aun cuando comparten una cultura común, cada uno tiene características específicas propias en concordancia, como dijimos, con su lugar dentro del todo social.

No obstante, son los bloques poderosos, los que manejan el poder político y el económico, es decir, los que en el caso de las sociedades estatales controlan el aparato estatal, los que, en general, tratan de imponer su particular entendimiento de la cultura común al resto de la sociedad, tratando de reproducirse, o hacer más fácil su reproducción, a través de la justificación de su existencia dentro de los ámbitos ideológicos de la cultura compartida, pero a la vez distinguiéndose ellos mismos del resto social y tratando de ser distinguidos en esos términos.

A pesar de ello, también los bloques menos poderosos generan elementos culturales que les son propios; éstos identifican a los individuos que conforman estos bloques como miembros del mismo y como distintos de los otros segmentos; sin embargo, estas características culturales aparecen subordinadas o en segundo plano respecto a aquellas de que participa el grupo dominante.

---

Evidentemente, las sociedades con estado son aquellos conjuntos sociales humanos que presentan un ente semejante.

<sup>5</sup> Esta interpretación de las sociedades del pasado es la que se enseña en el sistema educativo nacional en todos sus niveles, y es, por consiguiente, la que priva en la conceptualización común como una de las bases del sentimiento de mexicanidad. Sin embargo, no es raro encontrar que los profesionistas en la materia sigan tratando de la misma manera a tales grupos.

Hacer un estudio de estos aspectos sociales nos parece de mucho interés y de alguna dificultad en un grupo social vivo. Pero esa dificultad se multiplica cuando se trata de hacer el mismo estudio para un grupo que conocemos básicamente por sus restos materiales y, más aún cuando ese conocimiento es deficiente o no plenamente entendido, como trataremos de mostrarlo en este trabajo. De tal modo consideramos tener datos suficientes para demostrar que la cultura de los tarascos está conformada por elementos que distinguen, por una parte, a los grupos de élite y, por otro lado, a otros grupos que no controlaban el aparato político del estado.

Así, no obstante que a los tarascos prehispánicos se les ha visto, como al resto de las sociedades mesoamericanas, como un grupo cultural homogéneo<sup>6</sup>, nosotros los consideramos como una sociedad muy compleja en términos políticos, económicos y sociales, cuya identidad se pierde en una maraña de datos confusos y mal comprendidos. Sin embargo, a la luz de las recientes investigaciones e interpretaciones de su historia, se está produciendo un nuevo enfoque, una nueva manera de ver a esa sociedad que nos parece más atinada y que explica diferentes acontecimientos que quedaban apenas dibujados en esa nebulosa de conocimientos. Este trabajo, en ese sentido, es otro esfuerzo por ahondar en un mejor entendimiento de la historia del grupo, por un lado, pero también, es un ensayo de interpretación de las características culturales de las sociedades de clases.

De esta forma, tratamos también de profundizar sobre la naturaleza del registro arqueológico que ha servido para identificar al grupo tarasco a través de analizar las diferencias arqueológicas de los bloques culturales de esta sociedad; tratamos pues de buscar en los materiales con los que habitualmente trabaja el arqueólogo, las diferencias que las fuentes históricas y los modelos explicativos de la

---

<sup>6</sup> Como en el caso anterior, los tarascos han sido tradicionalmente tratados así desde los primeros años de las investigaciones sobre el grupo, desde Nicolás León (1976) hasta algunos de los escritos más recientes, por ejemplo, López Austin (1981), Castro Leal (1986), Castro Leal *et al.*

sociedades de clases indican. Véase en este trabajo, un intento de análisis de la historia de un grupo prehispánico desde un enfoque que trata de utilizar distintos medios de acercamiento a la misma, tales como los datos arqueológicos y los que las fuentes históricas nos proporcionan, como se observará en seguida.

## Capítulo 1.

### Los tarascos o purhépechas: el pueblo del que trata este trabajo.

#### ¿Tarascos o purhépechas? ¿cómo denominarlos?

¿Quiénes son los tarascos? Sí, cabe hacerse la pregunta dado que se puede caer en una confusión debido a que la denominación de esta etnia es incierta. La pregunta, que a simple vista resulta sencilla, no puede ser contestada de igual forma. En la actualidad los habitantes indígenas de la sierra central de Michoacán no se llaman a ellos mismos tarascos, incluso asocian este nombre a la condición de sojuzgados y, en ocasiones, les representa un insulto, prefieren llamarse purhépechas; sin embargo, se tienen por descendientes de la gente que vivió en la misma zona antes de la conquista española del territorio mesoamericano, de aquí que bien podrían llamarse a los indígenas prehispánicos de la región purhépechas pero existen algunos puntos conflictivos que veremos en seguida.

Haremos también una revisión de otros aspectos culturales del grupo que nos ayudarán a distinguirlo de las otras sociedades mesoamericanas. Veremos los datos emanados de la antropología física, en su aspecto somatológico; se revisarán también algunas propuestas que los lingüistas han hecho acerca del idioma del grupo con la idea de buscar parentescos con otros grupos mesoamericanos. Por último veremos las características que del grupo quedaron plasmadas en el registro arqueológico.

No obstante la pretensión de llamarse así, el nombre de purhépechas, de acuerdo con los documentos históricos de que disponemos, no es el que fue utilizado para definir al grupo social que hemos venido estudiando, corresponde solamente a la

parte de la sociedad que podría observarse como la gente común, como la mayoría del pueblo, es decir, la gente que se dedica a las actividades vinculadas directamente con la producción primaria<sup>1</sup>; así lo dice la Relación geográfica de Cuitzeo, refiriéndose explícitamente a la lengua de los habitantes de la zona:

La lengua que estos naturales hablan dicen que, en su gentilidad, la nombraban purepecha, que es como si dijésemos 'lengua de hombres trabajadores'. Y este nombre se les daba a causa de que su rey, ordinariamente, los llevaba cargados a las guerras (Relación geográfica de Cuitzeo, 1987: 81)

En la misma edición de las *Relaciones geográficas del siglo XVI*, el editor René Acuña, en nota a pie de página menciona que José Corona Núñez hace ya esta observación sobre la preferencia de llamarles purhépechas, haciendo del término tarasco una especie de afrenta, pero que, apoyándose en el diccionario del fray Maturino Gilberti, la palabra purhépecha designa solamente al equivalente de lo que en México central serían los macehuales (*loc.cit.*)<sup>2</sup>.

Recogemos esta idea y por tanto no podemos llamar a la sociedad en cuestión purhépecha, ya que ella se integraba por diversos sectores de los cuales uno eran los purhépechas, pero había otros que podríamos reputar como el de la clase dirigente y que se dividía en diversos grupos como veremos adelante. Así, el nombre purhépecha no corresponde al conjunto social del que estamos tratando.

<sup>1</sup> Nos referimos con este nombre al conjunto de actividades que se relacionan con la producción de bienes de consumo necesarios para la subsistencia de los individuos; y aquí no solo se trata de los alimentos sino de la extensa variedad de bienes que intervienen tanto en la producción misma de los alimentos como en otros aspectos elementales de la vida misma, como pueden ser el vestido y el abrigo, hasta la elaboración de productos que inciden nuevamente sobre los procesos productivos, es decir, la producción de herramientas y las facilidades de vida que se generan históricamente en cada conjunto social con determinadas condiciones culturales.

<sup>2</sup> En efecto, podemos leer en el Vocabulario en Lengua de Mechoacán del mencionado religioso del siglo XVI, que la voz *purepecha* la traduce como "maceguals la gente común" (Gilberti, 1977: 137), en la sección purhépecha-español, en tanto que en la parte correspondiente del español al purhépecha se encuentra la entrada "gente o gentío", cuya voz en el idioma indígena es "*purepecha hangamariqua*" (*idem.*: 439).

Es bien sabido que el nombre de tarascos no es tampoco el más adecuado. Sobre este tema tenemos varias opiniones que será conveniente revisar. Una de ellas es la que nos llega a través de la información colectada por Sahagún (1982: 160), "Su dios que tenían se llamaba Taras, del cual tomando su nombre los michoacques, también se dicen tarasca..." Seguramente el fraile se refiere a *Tharés Upeme*, una de las advocaciones del sol, según se desprende del texto de Corona Núñez (1993).

La mencionada Relación geográfica de Cuitzeo también hace referencia al denominativo tarasco, dice:

Este nombre que ahora se les da de tarascos, dicen los naturales que se lo pusieron los españoles que los conquistaron, en una refriega que tuvieron con ellos sobre el pueblo de Tsintsontsa, por razón de que oyeron a un indio dar voces, llamando a un su suegro, que había perdido en el rebato; y decía, llamándole, 'tarasco, tarasco', que en su lengua quiere decir 'jah, suegro! jah, suegro!', Y, así los españoles les llamaron, de ahí en adelante, indios tarasco; mas, en efecto, ellos, en su gentilidad, se llamaban purepechas. (Relación geográfica de Cuitzeo, 1987: 81-82)

Ya Nicolás León hacia finales del siglo XIX, había publicado un corto artículo con la intención de definir el nombre de los antiguos habitantes de Michoacán. Haciendo uso de argumentos semejantes a los arriba expuestos y desacreditando otras opiniones salidas más bien de leyendas, llega a la conclusión siguiente:

De todo esto podemos deducir que el nombre propio y gentilicio de los hoy llamados tarascos es, *Eneami* y *Zacapuhireti*, y que el de *Tarascos*, les fue impuesto por los españoles y por la causa que señala la *Relación* rechazando por infundada e inverosímil la opinión de Veytia, y por de dudosa exactitud la de Sahagún. (León, 1993: 41)

Efectivamente, la *Relación de Michoacán*<sup>3</sup> refiere los nombres que cita León, pero no como el gentilicio del grupo, sino de una fracción del mismo, o fracciones de él, más propiamente, por lo que no corresponden a la denominación que el grupo se daba a sí mismo. Sobre estos nombres volveremos en capítulos adelante ya que son parte de la tesis que sostenemos sobre las diferencias sociales entre los tarascos. Por otra parte, la *Relación de Michoacán*, como indica León, hace clara alusión al origen del nombre de tarascos con que fueron designados los michoacanos antiguos:

Y los españoles, antes que se fuesen, llevaron dos indias consigo que le pidieron al cazonçi, de sus parientas, y por el camino juntábanse con ellas y llamaban los indios que iban con ellos a los españoles, tarascue, que quiere decir en su lengua yernos. Y de allí ellos después empezáronles a poner este nombre a los indios y en lugar de llamarles tarascue, llamáronlos tarascos, el cual nombre tienen agora y las mujeres tarascas (RM, 2000: 660)

De aquí pues, podemos concluir que ninguno de los nombres con los que se ha designado a los habitantes de la zona central lacustre de Michoacán en el momento de la llegada de los españoles es el que ellos utilizaban para designarse como grupo. El que en la actualidad usa la gente que habita la región corresponde a una parte del grupo, la más numerosa quizá, pero no comprende las esferas de poder político; el que Nicolás León propone como el gentilicio tampoco vale para todo el grupo, antes bien, corresponde a una o varias secciones de la otra parte que formaba el grupo completo.

---

<sup>3</sup> Llamaremos en este trabajo, como comúnmente se hace, *Relación de Michoacán*, al documento fechado en 1541 y adjudicado al fray Gerónimo de Alcalá y cuyo encabezado le ha dado el nombre de *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacan hecha al Ilustrísimo señor Antonio de Mendoza, Virrey y gobernador de esta Nueva España por su Magestad, etcótera*. De igual manera debemos señalar que aquí se utilizó la edición que del mismo ha hecho el Colegio de Michoacán en fecha reciente (véase la bibliografía). Por otro lado, en ocasiones se citará solo como RM.

Así que, para evitar confusiones y sin pretensión ninguna de menoscabar el sentimiento de autenticidad étnica de quien pudiera ofenderse, pero sobre todo con el interés de cumplir con la rigurosidad a que la academia nos obliga, llamaremos al grupo como los españoles lo bautizaron en el entendido de que se trata de la sociedad, incluidos los varios niveles que la formaban, que habitó la zona central de Michoacán en la época prehispánica y que, a través de una de sus fracciones, tuvo la hegemonía del poder político de un territorio más vasto que su propio entorno geográfico. Incluso, con el nombre de tarascos se les ha conocido históricamente.

#### **De sus características en términos de la antropología física.**

Los estudios de antropología física sobre este grupo prehispánico han sido escasos, dispersos y muchos de ellos inéditos; incluso, para las fechas presentes la mayoría de los mismos resultan antiguos, así lo exponen Serrano y Lagunas

En el ámbito arqueológico, numerosos investigadores se han ocupado ya de esta área [hablan del occidente de México]. Sus estudios han permitido recuperar datos valiosos, aunque todavía insuficientes, y, desafortunadamente para nuestro propósito, se han centrado más bien en la obtención de evidencias culturales. La recuperación de los materiales óseos humanos ha sido poco atendida, lo que aunado al mal estado de conservación de los que se poseen impide tener una visión clara acerca de los objetivos planteados en el campo de la antropología física...

La información sobre los restos óseos es escasa y se encuentra dispersa, oculta la más de las veces entre las páginas de un libro o un artículo sobre tal o cual sitio arqueológico, o en ocasiones como apéndice de un abultado informe que incluye un reporte más o menos detallado, pero casi siempre

escueto, del deleznable material óseo entregado al antropólogo físico para su estudio en el laboratorio. (Serrano y Lagunas, 1988: 16)

Continúan diciendo los autores que la representatividad de las muestras es cuestionable debido al escaso número de individuos analizados, a la mezcla de datos sobre partes de cuerpos de cualidades diferentes y a las divergencias de las distintas metodologías utilizadas en los estudios de acuerdo con los periodos de desarrollo de la disciplina en el tiempo (Serrano y Lagunas, *ibid.*). Dos ejemplos de lo anterior son los que a continuación ilustramos:

En este lugar encontré primero un esqueleto bastante completo recostado con la cabeza vuelta al O. Sobre una especie de piso formado de tajas de pequeñas dimensiones (...) Cerca de la cabeza encontré un pequeño cajetito de barro negro liso y pulido, con paredes muy delgadas y más abajo, aproximadamente donde quedaba la cadera del muerto, un extraño objeto en forma de tapadera de barro negro y sin pulir. (Caso, 1930: 447). Encontré siete cráneos completos aunque muy destruidos (...) Dentro de la olla encontré dos esqueletos bastante completos. Los cráneos tienen los dientes limados. Había también un fragmento de mandíbula inferior que corresponde a un tercer cráneo. (*Idem*: 450)

Entierro 8-1. Fue encontrado en los cuadros N1E4 y N1E5, dentro de la capa I. Su profundidad iba de 1.06 a 1.18 , a partir del nivel. Se trata de un enterramiento individual, primario y directo, en decúbito dorsal extendido cuya orientación general era E-W, en tanto que el cráneo facial estaba dirigido hacia el zenit. Su estado de conservación era sumamente malo y no se encontró el esqueleto completo, antes bien, le faltaba la caja torácica, la pelvis, y parte de las extremidades superior izquierda e inferior izquierda. (Pulido, 2000: 140).

Otro problema que se presenta en los análisis antropofísicos de los tarascos prehispánicos es justamente el de la procedencia de los materiales, ya que si bien los restos óseos son numerosos, han sido extraídos de contextos no tarascos y por lo tanto no podemos considerarlos en este estudio.

Así por ejemplo, Nicolás León (1993b) analizó algunos cráneos humanos de tumbas excavadas por él mismo en Quiroga, así como otros procedentes de Uruapan, Tingambato, Parangaricutiro, Pichátaro y otros lugares y encontró algunos rasgos comunes en los restos: a) marcado prognatismo facial, con mandíbula estrecha y cuya rama ascendente formaba un ángulo casi recto en relación al resto de la mandíbula; b) los caninos son sustituidos por pequeños molares y no se presentó la muela del juicio. Además encontró uso de deformación craneal y de mutilación dentaria en algunos ejemplares. Esto mismo es secundado por Arriaga (1993), quien también observó algunos de estos rasgos en otros cráneos provenientes de Jacona, Tzintzuntzan, Tangancicuaro y Apatzingán.

El problema del estudio de León, a pesar de que el autor menciona que tales rasgos existen en los purhepechas actuales, es que, por lo menos en el trabajo escrito, no puede saberse la procedencia exacta de los cráneos, por lo que pudiera ser que no se trate del mismo grupo étnico o del mismo grupo cultural o del periodo al que nos estamos refiriendo. Así por ejemplo, el sitio de Tingambato esta fechado más bien para el periodo Clásico y no para el Postclásico, que correspondería a la presencia tarasca (*vid infra*).

Otros sitios arqueológicos que han aportado materiales óseos están localizados en diversos puntos de Michoacán, así en las regiones de Tierra Caliente (Cabrera, 1976, 1986; Goggin, 1943; Kelly, 1947; Lister, 1948; Maldonado Cárdenas, 1980;) como en la Sierra del Centro (Caso, op. cit.; Moedano, 1946); sin embargo todos ellos carecen de una significación para la antropología física en sus estudios y, por

otra parte, no todos se relacionan con el problema que aquí estamos tratando, el de los tarascos prehispánicos.

Por ello hemos decidido revisar los pocos datos de que disponemos, poniendo énfasis en los que conciernen directamente a los habitantes prehispánicos de la zona lacustre de Michoacán, bajo el supuesto de que serían éstos los que mayor relación guardan con el grupo que tratamos de definir culturalmente.

Angelina Macias (1989) identifica culturalmente los restos óseos obtenidos en Huandacareo, en la ribera noroeste del lago de Cuitzeo, a través de las vasijas que les sirven de ofrenda. Varios de los mismos los estima tarascos por estar acompañados de vasijas que han sido señaladas como pertenecientes a esta cultura; no obstante, el sitio estuvo habitado desde antes que fuese conquistado por los propios tarascos y cabría la posibilidad de pensar que quienes poseen dichas ofrendas sean altos personajes de la sociedad conquistada, aunque no se puede descartar que sean tarascos plenamente. La misma autora reconoce que hay presencia inequívoca de los tarascos en el asentamiento, pero que coexistieron con los antiguos pobladores de la región y con otros grupos procedentes de diversas áreas ecológicas y culturales. Sin embargo no hay un estudio propio sobre los esqueletos mismos.

En Tzintzuntzan, un sitio eminentemente tarasco, se han localizado una gran cantidad de enterramientos, pero sólo unos cuantos han sido analizados. Entre ellos se cuentan los extraídos en la segunda temporada y que fueron trabajados por Rubin de la Borbolla, cuyos resultados publicó en 1939. Cabe agregar que los restos provienen tanto del mencionado centro de población como de Ihuatzio, otro importante asentamiento tarasco. Entre los datos de relevancia para tratar de hacer una definición del aspecto físico óseo de los tarascos prehispánicos el autor apunta que los cráneos de la muestra son doliocéfalos (más largos que anchos) y braquicéfalos (más anchos que largos), se encuentra en ellos deformación craneana intencional aunque poco pronunciada, se presenta también un

acentuado prognatismo alveolar; por su parte los procesos dentarios muestran, en algunos casos, dentición completa con las cuatro muelas del juicio, en tanto que en otros, las muelas del juicio sólo se presentan en el mandíbula, faltando en el maxilar.

Sigue mencionando el autor que encontró mutilación dentaria en seis piezas de un cráneo, así como en otras piezas sueltas, que corresponden a lo que llama "cola de golondrina", es decir con dos incisiones paralelas ubicadas del filo cortante hacia la raíz de las piezas. También detectó mutilación dentaria de ranura sencilla (una sólo incisión sobre la pieza). Sin embargo, dice, es posible encontrar estos tipos de mutilaciones, así como otras variedades, en otros grupos culturales de Mesoamérica (Rubín de la Borbolla, 1939). Estos materiales presentan una gran incidencia de caries (figura 1).

En cuanto a los tipos de enterramientos menciona que la incineración fue una práctica común y que no estaba restringida a ciertas jerarquías, dado que en Tzintzuntzan se localizó una capa de huesos quemados que debía corresponder al osario del lugar. Asimismo, menciona que los entierros en tumbas son limitados y por tanto pueden ser más bien raros en la zona tarasca; en cambio, las inhumaciones en ollas funerarias, aunque las hay en Michoacán, es un rasgo compartido con otros grupos culturales de México (Rubín de la Borbolla, *op. cit.*).

Castro Leal (1986) proporciona una lista de los entierros localizados en las temporadas de exploración de la I a la IX en Tzintzuntzan, en tanto que Rubén Cabrera (1987) menciona que, relacionados con la subestructura de la yácata 3, se localizaron dos entierros primarios extendidos, dentro de los trabajos de la temporada décima. En una ampliación de los resultados del mismo proyecto, indica la exploración de otros 17 entierros asociados a la yácata 3 y que contenían un número no precisado de individuos. Éstos estaban sumamente removidos y alterados debido a los saqueos de que fueron objeto; de cualquier manera eran enterramientos múltiples que presentaban suntuosas ofrendas de oro, cobre,



Figura 1.  
Cráneo procedente de algún lugar de Michoacán; muestra marcadas incisiones dentales. (Tomado de León, 1993b)



Figura 2.  
Sección central del Lienzo de Jucutacato. (Tomado de León, 1976)

plata, madera, concha, obsidiana, turquesa y otras piedras, así como miniaturas cerámicas (Cabrera, 1988).

En Tócuaro, un sitio en un malpais de la ribera poniente del lago de Pátzcuaro, se localizaron siete enterramientos de los cuales algunos contenían dos individuos, había hombres y mujeres, así adultos medios, adultos jóvenes, adolescentes e infantes, y se aprecia una tendencia a depositarlos en posición flexionada, ya sea en decúbito lateral, dorsal o ventral, aunque en algunos casos la posición no se pudo determinar debido a lo fragmentario de los huesos. A dos individuos no les fue encontrado el cráneo<sup>4</sup> y otro de ellos, un adulto, fue localizado cremado dentro de una olla (Pulido, Cabrera y Grave, 1997).

Laura Cahue y Helen Pollard, hacen algunos señalamientos interesantes sobre las formas de enterramiento y su relación con los cambios políticos en el sitio Urichu, en la cuenca de Pátzcuaro. Indican que para el período Posclásico tardío, los entierros se practicaban en posición flexionada lateral derecho, por lo general. Asimismo, los entierros de los individuos de la élite local eran acompañados de ofrendas de cerámica similares a las de Tzintzuntzan (Cahue y Pollard, 1998).

Como se observa, son raros los estudios sobre los restos óseos humanos que se han localizado en Michoacán y, por tanto, en poco nos ayuda la antropología física a definir las características somatológicas del grupo tarasco prehispánico, de aquí que hagan falta muchos estudios sobre los materiales óseos para que nos puedan alumbrar el camino que hay entre el escaso conocimiento actual de los tarascos precolombinos y el que puede llegar a tenerse. Hay un gran número de restos humanos aguardando en las bodegas a que sean estudiados, mientras esto no ocurra, los datos procedentes de esta disciplina no podrán ser empleados en una mejor interpretación del pasado prehispánico de Michoacán.

---

<sup>4</sup> No sabemos si esta falta de cráneo se debe a que fueron mutilados o, en todo caso a que desaparecieron los restos de los mismos debido a las adversas condiciones de preservación que guarda el lugar.

### **De la forma de hablar.**

En términos lingüísticos las cosas no son más halagüeñas, ya que los estudios que los especialistas han realizado sobre la lengua tarasca nos conducen a una situación nebulosa para definir a los tarascos y estimar su origen, procedencia y cercanías filiales, pues generalmente se ha colocado al tarasco o purhépecha como una lengua aislada, es decir, sin parientes claros entre las otras lenguas que le rodean.

De tal manera, ya en 1862 Francisco Pimentel en su obra *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, menciona que el tarasco, como le llama, se encuentra en una familia genéticamente independiente y no tiene parentesco con ninguna otra (Chamoreau, 1998), por su parte, Manuel Orozco y Berra en 1864 señalaba también que el tarasco era una lengua aparte, y así lo clasifican igualmente Nicolás León en los inicios del siglo XX, así como Otis T. Masson, Edward Sapir y Wigberto Jiménez Moreno hacia mediados de la misma centuria (Pérez González, 1975).

Por su parte, J. Alden Mason indica en 1939 que el tarasco es una lengua diferente y sus afinidades son dudosas por lo que debe tenerse como lengua independiente enteramente (Chamoreau, *op. cit.*).

No obstante, hay algunos investigadores que han encontrado ligas con otras lenguas más o menos cercanas y otras que no guardan vecindad. Un caso, debido a la discordancia geográfica y cronológica, se antoja poco confiable, pero su autor, Francisco Alvarado Contreras, aseguró en 1985 que:

En resumen, se encuentran nexos lingüísticos del tarasco, en las siguientes lenguas: Vasco, Húngaro primitivo, Súmerico, Griego, Latín, Egipcio, Fenicio,

Hebreo, Persa o Iranio antiguo [pahlevy], Drávida, Tocario, Turco, Khmer, Polinesio, Quechua, Aymara, pero sobre todas, con el Sanscrito (Alvarado Contreras *apud* Chamoreau, *op. cit.*:55).

Nos parece muy aventurada una afirmación como la anterior dado que entre el grupo que tratamos y varios de los mencionados en la cita hay distancias geográficas y cronológicas insalvables. Debemos confesar que no tenemos noción de la metodología que el autor empleo para llegar a tal conclusión, sin embargo, estamos claros que la mayor parte de estos grupos no presentan mayor característica cultural afín con los tarascos; por ello consideramos que la propuesta carece de consistencia.

En cambio, Francisco Belmar en 1908, en las conclusiones sobre sus trabajos comparativos entre el tarasco y algunas lenguas de la familia mixteco-zapoteco-otomí, dice que el tarasco no es una lengua aislada (Chamoreau, *op. cit.*). En cierto sentido esta idea es compartida por Eduardo Seler, quien en un trabajo, originalmente publicado en 1960, menciona que la lengua de los indios de Michoacán se relaciona con las de sus vecinos así como con las lenguas de la familia maya, presentando semejanzas, además, con las del territorio andino (Seler, 2000).

Uno de los más prestigiados estudiosos del tarasco y de su relación con las otras lenguas indígenas de México es Mauricio Swadesh, quien en un estudio publicado en 1966 indica que después de haber comparado un número suficiente de vocablos de cuatro idiomas de la familia maya (yucateco, tzeltal, cakchiquel y huasteco) y del tarasco, en cuestiones de estructura y fonética, puede afirmar que estas lenguas tienen un origen común.

De la misma manera, aunque esta ocasión basado en la lexicoestadística indica que, por una parte, el tarasco presenta una situación de aislamiento en su entorno, pero que tiene relaciones con lenguas de la familia llamada Macro-Quechua, cuyo

núcleo principal se localiza en Sudamérica y sólo el tarasco y el zuñi-keresan se ubican en norteamérica. Afirma que la afinidad del tarasco con el quechua y el aymará se refleja en la estructura, ya que muestran un marcado desarrollo de sufijos. Sin embargo, sigue diciendo, los parientes lingüísticos más próximos al tarasco se encuentran entre la familia Macro-Maya (Swadesh, 1967).

En cuanto a la separación del quechua y el tarasco escribió:

Con esto comprobamos el origen común de las lenguas quechua aymara y tarasco, y de ahí inferimos que los antecesores de ambos pueblos en un tiempo prehistórico formaban una sola comunidad. ¿Cuándo fue? De un cálculo estimativo, basado en el porcentaje de concordancias de una lista diagnóstica de 100 palabras, según la técnica llamada glotocronología lexicoestadística, resulta que la separación es cuando menos de 5,000 años aproximadamente, es decir, de 3000 antes de Jesucristo (Swadesh, 1969: 130)

Estas relaciones son confirmadas por Evangelina Arana de Swadesh quien indica que el tarasco no forma parte de ningún grupo lingüístico, pero que tiene relaciones con el huave, el mixe-zoque y el maya, así como con el wintun de Estados Unidos y con el quechua de Suramérica (Arana de Swadesh, 1975).

En resumen, para nuestro estudio son poco útiles estos datos ya que no nos conducen a la identificación de parientes culturales del grupo tarasco, por lo que debemos tratarlos por separado de otras sociedades prehispánicas. Es una enorme cantidad de años los mencionados por Swadesh para buscar sobre esa ruta algún nexo cultural con otra etnia de la cual los tarascos hayan adquirido algunos de los rasgos arqueológicos que los distinguen, aun los relacionados con el quechua, que si bien se han visto semejanzas en cuanto a las formas de algunas vasijas y los diseños decorativos de las mismas, no es del todo claro que esto sea consecuencia de contactos culturales por lo que mientras no se hagan

estudios más profundos en este sentido será objeto de especulación, aunque la cuestión esté ya planteada.

### **Reseña histórica y arqueológica.**

#### *Identidad y orígenes.*

Tan incierto como lo anterior resulta el origen histórico que se les ha atribuido a los tarascos. Así, entre los cronistas hay versiones poco verosímiles como la de Durán que menciona que los tarascos son una fracción de los mexicanos salidos de Aztlán que andaban en peregrinación hacia la tierra prometida y que al llegar a Pátzcuaro los sacerdotes preguntaron a sus dioses si era ese el lugar señalado para fundar su ciudad; Huitzilopochtli les respondió en sueños que a todos los que entrasen a lavarse a la laguna les fuese hurtada su ropa y que los que habían de quedarse fuera se la llevasen con ellos, dejando a los bañistas desnudos. Así sucedió y éstos, al salir y no ver a nadie más, decidieron quedarse allí, deviniendo tarascos (Durán, 1967).

Muñoz Camargo (1986) indica que los tarascos salieron junto con las demás tribus de las siete cuevas y como estrategia para cruzar antes que nadie un brazo de mar o un río caudaloso, que pudo haber sido el río de Toluca, hicieron uso de sus bragueros para no naufragar y logrado su cometido, en memoria del mismo, no usaron más este tipo de ropa, cambiándolo por simples camisones que vestían hasta medio muslo sin otra ropa debajo.

De alguna forma esta tradición quedó plasmada en el Lienzo de Jucutacato<sup>5</sup>. Sin embargo, de él se han propuesto diferentes versiones. Una de ellas es la del fraile franciscano Alonso de la Rea, que la hizo coincidir con el relato de Muñoz Camargo (Mendizabal, 1946); asimismo, Francisco de Paso y Nicolás León, entre otros, indican que se trata del peregrinar de los tarascos antes de asentarse en la zona de los lagos centrales de Michoacán (León, 1976). Marcia Castro (1986) se adhiere a esta interpretación, aunque indica que otros investigadores coinciden en que el lienzo trata de la migración de orfebres nahuas que de la costa del Golfo llegaron a Michoacán en busca de minas (figura 2).

Eduardo Seler (2000) escribía a principios del siglo XX que el lienzo citado era la representación del itinerario seguido por una tribu de lengua náhuatl, llamada nonoalca, que eran caracterizados como artífices o toltecas, hacia el poblado de Xihquillan, en el actual estado de Michoacán.

Por su parte, Mendizabal (*op. cit.*) considera que se trata del recorrido que los frailes agustinos de la provincia de San Nicolás Tolentino realizaron antes de fundar su primera casa en Michoacán, en Tiripetio. En tanto que Piña Chan indica que

El Lienzo de Jucutácato o de Xihquillan narra la visita, en 1533, del oidor Vasco de Quiroga al poblado de Xihquillan, importante centro metalúrgico en Tierra Caliente de Michoacán, con objeto de obtener información sobre la minería de la región, las técnicas, la cantidad de extracción, los caminos

<sup>5</sup> El llamado Lienzo de Jucutacato, es un documento que Nicolás León hizo copiar de un original que se había guardado en el pueblo de Jucutacato, cercano a Uruapan.

"Todo el lienzo está sembrado de inscripciones en letras europeas y en lengua náhuatl; la forma y estilo de aquellas acusa una época muy cercana a la conquista, y desde luego, se viene en cuenta de ser ellas posteriores a las figuras que descifran o explican así como también las construcciones de forma europea, comprobadas ambas cosas por el examen del color usado en ella. Toda la pintura está dividida en cuadretes rectangulares y poligonales, en número de 35, de tamaño aproximadamente el mismo, con excepción de tres, que son incomparablemente más grandes que el mayor de cualquiera de los otros" (León, 1976: 20).

No obstante, Mendizabal (1946) discrepa también de la interpretación de Nicolás León en cuanto a las dos fechas de elaboración del lienzo. Para él, el documento fue hecho por completo entre 1540 y 1548 o, en todo caso, su significado representa esa época.

y otros datos que interesaban a la Corona Española (Piña Chan, 1996:214-215)

Asimismo, Ulises Beltrán menciona que el Lienzo "...documenta una probable incursión de gente de cultura mixteca en Michoacán, probablemente relacionada con los orígenes de la metalurgia en la región (Beltrán, 1994).

Así pues, dada la variedad de interpretaciones que el código ofrece, puntos de vista que a veces no coinciden, no nos es útil para conocer el origen de los tarascos, dado que cada versión de los autores mencionados, es plausible y, por tanto, el Lienzo no necesariamente trata del hecho que aquí nos ocupa.

La *Relación de Michoacán* es también parca en tanto la procedencia de los tarascos; el épico relato de los acontecimientos que desembocaron en la fundación del estado tarasco comienza ya dentro de los límites del mismo y no hay registro de los orígenes remotos de los recién llegados a lo que posteriormente sería el *Irehecuca Tzintzuntzan*<sup>6</sup>, dice:

Él [Tirípeme-Curicaueri] empenzó su señorío donde llegó al monte llamado Virúguarapexo, monte cerca del pueblo de Çacapo tacánendan. Pues pasándose algunos días, como llegó a aquel monte, supiéronlo los señores Zizánvanachan. Éstos que aquí nombro eran señores en un pueblo llamado Naranjan, cerca desta cibdad (...) y lo que se colige desta historia es que los antecesores del caçonçi vinieron a la postre a conquistar esta tierra y fueron señores della. Extendieron su señorío y conquistaron esta Provincia que estaba primero poblada de gente mexicana, naguatatos, y de su misma lengua; que parece que otros señores vinieron primero y había en cada pueblo su cacique con sus gentes y sus dioses por sí (*RM*, 2000: 340-341).

<sup>6</sup> Por *Irehequa Tzintzuntzan*, como se ha dado en llamar recientemente, nos referimos al territorio y sus habitantes sobre los cuales gobernaron los descendientes de Tariácuri, su significado en español podría ser algo semejante a "señorío de Tzintzuntzan", haciendo referencia al lugar de asiento del poder político de los tarascos cuando fueron conquistados por los españoles.

Lo anterior implica varias cuestiones que nos son de utilidad en este trabajo. Primero, la historia de este grupo comienza en la región de Zacapu, es decir, en una cuenca contigua a la de Pátzcuaro, por lo que los orígenes de este grupo sólo se podrían rastrear hasta ese lugar; segundo, en la zona ya habían pueblos establecidos con anterioridad al arribo de este grupo que tenía como dios a Curicaueri, unos eran de filiación nahuatlaca y otros hablantes de la misma lengua de los recién llegados; tercero, por tanto, los recién llegados tuvieron que enfrentar la hostilidad de los ya asentados para hacerse de un lugar en el entorno; por último, como menciona la *Relación de Michoacán*, los advenedizos, es decir, los últimos en llegar a la zona, fueron "...vosotros los del linaje de nuestro dios Curicaueri (...) los que os llamáis Eneami y Cacápuhreti, y los reyes llamados Vanácaze, todos los que tenéis este apellido..." (RM, 2000: 341).

Vemos pues que el origen de los tarascos, según los datos de las fuentes históricas, es poco menos que desconocido. Quizás la aseveración de que se trata de un grupo chichimeca sea uno de los datos más relevantes dado que sitúan su procedencia de una región norteña como lo argumenta Castro Leal (1986), aunque para nuestro entender no tan cercana como los actuales límites de Michoacán, Jalisco y Guanajuato. En este sentido parece que la arqueología puede aportar mayores datos de importancia, aunque quizás éstos no sean tan precisos.

Aún no se publica una serie de trabajos de diversos investigadores que han dado a conocer los resultados de sus estudios sobre características culturales particulares que existen tanto en el norte y noroeste de México, así como en el suroeste de Estados Unidos y sus coincidencias con algunos rasgos del Occidente de México<sup>7</sup>. Podemos citar tan sólo ciertos aspectos iconográficos en cuanto a

<sup>7</sup> Nos referimos a una serie de conferencias que se desarrollaron durante los trabajos de la XXVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, que se llevó a cabo entre julio y agosto de 2001, en la ciudad de Zacatecas, y cuyos temas centrales fueron migraciones, población, territorio y culturas.

algunas aves, algunas grecas, y otros elementos convencionales representadas en las vasijas de las mencionadas zonas, así como el uso extendido de los colores básicos de los ajuares cerámicos y algunas técnicas decorativas, entre las que sobresale el de la pintura al negativo.

Esta línea de investigación nos parece más plausible para dilucidar el problema del origen tarasco que la que propone su procedencia desde Suramérica, aunque, por lo que hemos anotado anteriormente en términos de lingüística, no debe ser descartada por completo. También se han señalado semejanzas en cuanto a elementos cerámicos (Heyden y Gendrop, 1975), pero nos resulta difícil considerar que la gran distancia, geográfica y un tanto temporal, que separa el establecimiento de los mismos en Perú y su generación en Michoacán, sean resultado de un proceso social con vínculos directos.

Sin mayor profundidad, dado que es por lo pronto una idea que requiere más evaluación, no queremos dejar de señalar una interesante nota que Dominique Michelet hizo en una conferencia magistral en la XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología en la que sugería, en torno al problema del origen de los rasgos culturales tarascos, la semejanza de algunas vasijas procedentes de Chupicuaro y las conocidas como tarascas (Michelet, 1997: comunicación personal).

De igual manera, en un artículo sobre el tema Patricia Carot (2000) reflexiona sobre los posible nexos culturales entre grupos michoacanos y algunas culturas nortefías, visibles a través de los rasgos que guarda la cerámica del sitio Loma Alta, en la Ciénega de Zacapu, con los que se pueden apreciar en las cerámicas hohokam del suroeste de Estados Unidos, las correspondientes a Paquimé, en Chihuahua, así como las de los complejos culturales de La Quemada y Altavista, Zacatecas.

Otro aspecto interesante de analizar es el del sistema de construir de los tarascos que se parece, en el uso de las piedras laja sin cementante, a la forma constructiva de los edificios del sitio arqueológico conocido como La Quemada, en Zacatecas. Aunque esta forma también la podemos localizar en otros lugares del centro de México, básicamente en los que tienen parentesco con los toltecas, por ejemplo Tlalpizáhuac, al oriente de la ciudad de México, y Ajacuba, Estado de México (Angulo, 2002: comunicación personal), incluyendo la propia Tula.

En resumen, los aún endebles datos con que a la fecha contamos nos llevan a considerar que el probable origen de los tarascos es norteño -o tiene fuertes antecedentes en esa región del país-, sin que hasta el momento se pueda precisar el lugar exacto de procedencia, como tampoco la fecha misma de llegada a la cuenca de Pátzcuaro, aunque se ha estimado que ocurrió en el siglo XIII (Pollard, 1993). No obstante, debemos precisar, esto parece ser el periodo en el que llegó el último de los grupos tarascos, los uacúsecha, de los cuales trata la *Relación de Michoacán*. Esto coincidiría con la historia que distintas fuentes y crónicas indican, acerca de la efervescencia que se vivió en el norte y centro del país hacia los siglos XI al XIII de la presente era, que provocó el desplazamiento de diferentes grupos sociales, algunos de los cuales afianzaron su poder hasta la llegada de los españoles a lo que sería la Nueva España.

#### *Los tarascos en términos arqueológicos.*

El registro arqueológico del actual estado de Michoacán es vasto, pero las más de las veces poco preciso en cuanto al tema que tratamos; de cualquier modo hacemos un resumen de lo que en arqueología se sabe sobre los tarascos y sus antecesores establecidos en la región.

Los investigadores del Centro de Estudios para México y Centroamérica (CEMCA) han encontrado un fragmento de hueso de mamut en una antigua península de la ciénega de Zacapu con huellas que han sido interpretadas como de un posible despedazamiento hecho por el hombre, por lo que la presencia humana en esa región podría situarse hacia el año 7000 a.C., por lo menos (Faugère-Kalfon, 1993:125).

Sin embargo, los primeros elementos antrópicos bien definidos de los cuales se tiene noticia en el registro arqueológico son unas puntas de proyectil localizadas en la cuenca del Río Lerma, en la Cueva de los Portales y que, según fechas radiocarbónicas, se sitúan hacia el año de 2500 a.C., antes de la presencia de la cerámica en el lugar (Arnauld, *et al.* 1994: 279).

También se tienen datos de presencia humana temprana hacia el lago de Pátzcuaro, aunque en esta ocasión son más bien indirectos, ya que se trata del caso controversial de huellas de degradación del suelo provocado posiblemente por la deforestación y el uso agrícola del mismo, así como por la presencia de granos de polen de maíz domesticado. El evento ha sido fechado hacia 1600-930 a.C. (Pollard, 1995: 34-35).

Gracias a los enterramientos y sus ofrendas depositados en complejas estructuras funerarias se conoce al grupo de El Opeño. Tales vestigios se han localizado en las cercanías de la actual ciudad de Jacona. En total se han descubierto 12 tumbas excavadas sobre el tepetate del cerro Curutarán. Las fechas de C14 con que se cuentan establecen que las tumbas fueron hechas y reutilizadas a lo largo de varios cientos de años, entre 1500/1300 y 900/800 a.C. (Oliveros y De los Ríos, 1993).

Por otro lado, algunos rasgos de los elementos cerámicos allí encontrados, tanto figurillas como vasijas, indican que el grupo tuvo relaciones con Colima, con el Altiplano Central y con grupos olmecas, así como con habitantes del actual Jalisco

y la cuenca del lago de Cuitzeo (Noguera, 1948; Oliveros, 1989; Pulido *et al.*, 1996; Williams, 1993).

Otro grupo cultural, localizado en las proximidades de Michoacán, en Acámbaro, Guanajuato, hoy cubierto por las aguas de la presa Solís, es el conocido como cultura Chupicuaro. A éste se le conoce básicamente por una gran cantidad de enterramientos localizados en el lugar epónimo así como por las vasijas y figurillas asociadas a ellos. Tiene una cronología que va por lo menos de 400 a.C. al 200 d.C. ( Gendrop, 1987) aunque la permanencia de rasgos en figurillas, y figurillas mismas, localizadas en contextos posteriores a tales fechas hace pensar en la pervivencia de tal cultura ( Schöndube, 1980; Brown, 1991; Pulido *et al.*, *op. cit.*).

La cerámica que identifica a este grupo es muy variada y la presencia y cantidad de algunos tipos indican la existencia de dos etapas culturales del mismo, sin que hayan sido establecidas con cronología precisa, más bien como secuencia; no obstante, la cerámica más representativa es la que muestra acabados bruñidos y pintada en policromía (rojo, negro, y ocre o crema) y, en ocasiones, con técnica de decorado al negativo. Las formas características son cajetes, pequeñas ollas, vasijas efigie y los conocidos patojos, así como vasijas con asa de estribo (figura 3).

Rasgos semejantes, que indican relaciones con este grupo, se han encontrado en zonas tan lejanas al propio sitio como Zacatecas y la cuenca de México, así como en áreas vecinas a Acámbaro, como son la ribera del lago de Cuitzeo, la parte media del cauce del río Lerma, así como en la cuenca de Pátzcuaro (Florance, 1985; Schöndube, *op. cit.*; Pulido *et al.*, 1996; Pulido *et al.*, 1997).

En la zona de la presa hidroeléctrica del Infiernillo, también se establecieron algunos grupos humanos desde temprana fecha (1600-800 a.C.) y cuyas evidencias arqueológicas muestran relaciones con diversas culturas, algunas de las cuales se encuentran muy lejanas de este lugar. Así, se han identificado



Figura 3.  
Vasija globular con asa de estribo y boca sobre ésta. Procede de Chupicuaro, Gto. (Tomado de Beltrán, 1994)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 4.  
Vasija decorada al *cloisonné*.  
Procede de Jiquilpan. (Tomado de Schöndube, 1994)



rasgos culturales semejantes a los de los habitantes de Chiapas y Guatemala, así como a los de Ecuador. Poco después, hacia el año 200 a.C. se establecen contactos con el alliplano mexicano y con el resto de occidente, continuando los contactos con la zona maya (Müller, 1979).

Las características que definen a estos grupos son tipos cerámicos de color bayo rojizo, con decorado de raspado zonal (en triángulos, generalmente), incisiones, huellas de uñas, y/o *rocker stamp*; las formas comunes de las vasijas son cuencos hemisféricos y ollas globulares de cuello recto. Por otro lado, estos grupos dejaron algunos enterramientos extendidos, acompañados de collares de conchas (Litvak, 1968).

Los datos de que disponemos para el periodo llamado Clásico son tan aislados como los anotados arriba, sin embargo, comienzan a observarse zonas más o menos amplias en las que se establecen patrones culturales comunes así como algunas islas con rasgos característicos, aunque esto podría deberse, en todo caso, a la escasez de investigaciones alrededor de los mismos. Entre estos tenemos las evidencias provenientes de Tinganio, Loma de Santa María, Tres Cerritos y El Otero, entre otros.

El sitio arqueológico de Tinganio está enclavado en la sierra del centro de Michoacán, en las inmediaciones del actual poblado de Tingambato. Allí se detectaron dos épocas de construcción de los monumentos que reflejan dos etapas culturales del asentamiento. La primera de ellas, a decir de los investigadores de la zona (Piña Chán y Kuniaki, 1981), se trata de un desarrollo local durante la cual se construyeron algunos de los edificios del centro ceremonial; ésto ocurrió entre 450 y 600 d.C. En tanto que durante la segunda etapa, la población recibió algunas influencias culturales provenientes de Teotihuacan que se plasmaron, básicamente, en los terminados de las construcciones, a las que se les agregó el tablero enmarcado y el talud

característicos de aquel centro de la cuenca de México, así como en la edificación del juego de pelota; estos eventos tuvieron lugar entre 600 y 900 d.C.

También con fuerte presencia teotihuacana se presenta el sitio de Loma de Santa María, que fue reconocido mediante un rescate arqueológico a raíz de la división de un terreno urbano dentro de la actual ciudad de Morelia. En este lugar se encontraron vestigios de un complejo habitacional de características semejantes a los que se encuentran en Teotihuacan, esto es, muros con talud y tableros en cuartos dispuestos alrededor de un patio central (Manzanilla, 1984). Por otro lado, entre la cerámica localizada se contaron algunos tiestos del tipo anaranjado delgado (Manzanilla, 1996) que representa un indicador comercial de ese mismo centro cultural.

En la ribera de la laguna de Cuitzeo se encuentra el sitio de Tres Cerritos que evidencia una fuerte presencia teotihuacana también, que se manifiesta sobre todo en una máscara de alabastro localizada en una tumba, así como en la existencia del talud y el tablero teotihuacanos. No obstante este sitio tiene una larga secuencia ocupacional, ya que se encontraron tiestos tarascos en la última etapa constructiva (Macias, 1988).

Noguera ( 1944) también argumenta similitudes con Teotihuacan en las figuras de unas vasijas decoradas al fresco y al *cloisonné*, provenientes de las excavaciones que realizó en las cercanías de la actual Jiquilpan, en un sitio que se llama El Otero (figura 4). Allí observó elementos arquitectónicos y otros objetos de una cultura avanzada y diferente de los tarascos; inclusive, las figurillas localizadas tienen mayor semejanzas con las de Jalisco y Colima. Por ello concluye que el lugar fue habitado por un grupo que tuvo un desarrollo independiente de los tarascos y más antiguo que ellos.

Entre los desarrollos culturales regionales en el Michoacán de este periodo tenemos la Tierra Caliente donde, a partir de las exploraciones de Goggin (1943) y

de Kelly (1947) se cuentan con un sinnúmero de sitios arqueológicos en la cuenca del Río Tepalcatepec, así como en las vecindades de Apatzingán; sin embargo y a pesar de la definición por parte de Kelly de tres fases correspondientes a este periodo (Chumbúcuaro, Las Delicias y Apatzingán), los datos de referencia son inciertos.

En la cuenca de Zacapu, se tiene ocupación humana en las lomas que se sitúan al interior de la ciénega. Los sitios se observan como concentraciones de cerámica y lítica, sin arquitectura visible en superficie, en un primer momento. Posteriormente (después del año 750 d.C.) aparecería la arquitectura monumental de tipo mesoamericano, coincidentemente con otros sitios de Michoacán. Los contactos que la cerámica evidencia se establecieron a nivel de diversas regiones del propio estado; así, se los ha visto con Cuitzeo, Zinapécuaro y Morelia (Arnauld y Faugère-Kalfon, 1998).

De cualquier manera, la población experimentaría un reacomodo hacia el final del Clásico (entre 850 y 900 d.C.), ya que las poblaciones, a pesar de que su cantidad prácticamente no se incrementaría, se ubicarían en posiciones más defensivas, y tendrían mayores dimensiones y monumentalidad (*idem*).

Es posible que entre estos grupos se encuentren los más remotos antecedentes de los tarascos que tuvieron contacto con los españoles, no obstante, el desarrollo que la arqueología ha tenido a la fecha en relación con este tema no es tan profundo como para llegar a definir cuáles son las raíces de tal grupo del Postclásico. A continuación expondremos las que, a nuestro juicio, se pueden ver más directamente relacionadas con los tarascos. Lo haremos en orden cronológico, tal cual se fueron generando las ideas al respecto. Esta forma ayuda a entender el devenir de los estudios sobre el grupo que estamos tratando.

Desde el siglo XIX se han hecho algunos esfuerzos por reconocer a los tarascos en términos arqueológicos; así, además de la búsqueda de tesoros por parte del

padre Traspaña y del inglés Harford, que provocó la destrucción de algunos de los monumentos de Tzintzuntzan, Nicolás León realizó en 1888 la considerada primera investigación formal en la mencionada ciudad prehispánica (Williams, 1993).

Por su lado, Carl Lumholtz en los primeros años del siglo XX hizo un recorrido de carácter etnográfico por la Sierra Madre Occidental, llegando a Michoacán, donde reconoció algunos sitios de interés arqueológico y observó algunas esculturas de piedra provenientes de diversos lugares de la región; asimismo, compró algunos objetos de cerámica. Entre los sitios que menciona como lugares de asentamiento de los antiguos tarascos están Ihuatzio, Tzintzuntzan, Pátzcuaro, Zirahuén, Parangaricutiro y Tancitaro (Lumholtz, 1986).

En 1929 Eduardo Noguera realizó un reconocimiento de superficie en la región vecina de Zamora y entre los sitios que detectó encontró una yácata (Noguera 1929). En tanto que hacia esa misma época Alfonso Caso fue comisionado para realizar estudios en las inmediaciones de Zacapu y descubrió cerámica de tipo tarasco en el lugar conocido como el Potrero de la Aldea (Caso, 1930).

El mismo Noguera realizó excavaciones en algunos de los sitios que había reconocido previamente, en particular en los cerros Curutarán y Los Gatos, en las cercanías de Jacona. De estos trabajos concluyó que en el primero de estos dos asentamientos hay un grupo de filiación tarasca aunque con una cerámica que revela técnicas de elaboración y de decoración más primitivas que las ya identificadas para entonces con ese grupo. En tanto, en el cerro Los Gatos encontró cerámica propiamente tarasca. Esto le llevó a proponer que el asentamiento de Curutarán era más antiguo que el de Los Gatos y que éste fue contemporáneo de Zacapu (Noguera, 1931).

En 1931 varios investigadores realizaron recorridos de exploración en la cuenca del lago de Pátzcuaro (Macías, 1988), entre ellos se encontraban Alfonso Caso y

Jorge R. Acosta, quienes a finales de esa misma década excavaron simultáneamente los sitios de Tzintzuntzan e Ihuatzio y cuyos resultados fueron la liberación de las cinco yácatas del conjunto principal del primero y la localización de varias esculturas de piedra en el segundo, así como el levantamiento de sendos planos topográficos de ambos, entre otros trabajos (Acosta, 1939; Macías, *op. cit.*; Williams, *op. cit.*).

Por su parte, Daniel Rubín de la Borbolla realizó entre 1939 y finales de la década de 1940 las temporadas de excavación III y IV en Tzintzuntzan. Los resultados de las mismas lo condujeron a presentar, dentro de los trabajos de la IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, en 1948, una definición de los tarascos en términos arqueológicos, que veremos adelante.

En tanto, Noguera publicó un primer listado de características de la cultura material de los antiguos tarascos. Menciona en su escrito que los tarascos cuentan con una cerámica con gran variedad de formas y técnicas decorativas entre las que destaca un particular y característico estilo propio (*sic*); asimismo, su arquitectura se distingue por la construcción de "yácatas" que son edificaciones hechas con lajas cortadas, superpuestas en capas alternadas con una ligera masa de lodo como consolidante, con cuerpos de 95 cm de altura y 23 cm de ancho en promedio, y que fueron recubiertos con piedras cortadas y pulidas y cuya planta general es en forma de "T" (Noguera, 1942).

Hacia la mitad de la década de 1940, Hugo Moedano excavó en el cerro Las Clavellinas de la Hacienda La Bartolilla, en las cercanías de Zinapécuaro, donde localizó un basamento piramidal de dos cuerpos, así como varios enterramientos humanos.

Allí realizó tres pozos estratigráficos de los que obtuvo un secuencia cerámica que lo llevó a concluir que el sitio tuvo tres etapas de ocupación: la más antigua además de presentar tiestos con rasgos semejantes a los que se encontraron a

los que tenía la cerámica extraída de la pirámide del Sol en Teotihuacan (que los fechaba entre los siglos VII y VIII d.C.), localizó otros fragmentos cuyas características originarian la que fuera la cerámica típica de Tzintzuntzan; en la segunda etapa la cerámica tenía rasgos similares a los que se presentaban en la proveniente de "El Volantín, en Tzintzuntzan; en la ocupación más reciente, la cerámica guardaba paralelismos con la de los valles de Toluca, por lo que sugiere la existencia de intercambios entre los tarascos y los habitantes de ese lugar entre los siglos XI y XIII de nuestra era (Moedano, 1946).

Con base en información etnohistórica, Dan Stanislawski, en 1947, propuso en un artículo que los límites del territorio tarasco eran las poblaciones de Taximaroa, Maravatio, Yuriña, Puruándiro, Azanzan, Tlazazalca y Xacona, por el lado norte; Peribán y Tancitaro formaban la frontera poniente, en tanto que la línea sur pasaba por La Huacana y Tuzantla, y de aquí volvía a conectar con el primer punto mencionado.

Como decíamos arriba, en 1948 la Sociedad Mexicana de Antropología, dedicó su cuarta mesa redonda a los problemas antropológicos del occidente de México. En ella participaron algunos investigadores que hicieron aportes a la arqueología de Michoacán; ahora nos referiremos al ya mencionado trabajo de Rubín de la Borbolla. Este autor planteó una de las definiciones más completas de los tarascos en términos arqueológicos, indicó que los rasgos culturales que caracterizan a tal grupo son:

- a) Arquitectura piramidal de planta rectangular, rectangular-circular o uso simultáneo de ambas formas. Empleo de plataformas comunes a varias estructuras, que puede considerarse un primer cuerpo de las mismas. Inexistencia de mortero en las construcciones.
- b) Presencia de un complejo cerámico de formas características con predominio de pintura al negativo, con diseños antropomorfos, zoomorfos y geométricos. Abundancia de cerámica negra pulida.

- c) Existencia de pipas de barro de formas características.
- d) Presencia del llamado Chac-mool.
- e) Existencia de escultura en piedras con formas y representaciones locales.
- f) Poca presencia de lapidaria de jade. En cambio, es notoria la existencia de obsidiana labrada con gran destreza manual, así como el uso del cristal de roca.
- g) Existencia de orfebrería en oro, plata y cobre.
- h) Práctica de cremación postenterramiento.

Asimismo, señaló que la zona tarasca presenta rasgos culturales homogéneos y propone una delimitación de la misma, cuyas fronteras se establecieron como sigue: de Apatzingán a Turicato o Pedernales; de allí pasaba por el valle de Guadacareo (sic) hasta Indaparapeo; se desplazaba por Panindícuaro, Purépero, Tangansícuaro y Jacona, desde aquí se dirige hacia el sur pasando por Tingüindín, Los Reyes, Peribán y Tancítaro, hasta unirse con Apatzingán. Por otro lado, planteaba la existencia de tres horizontes culturales para la zona: 1) tarasco lacustre inferior; 2) tarasco lacustre medio y; 3) tarasco lacustre superior (Rubín de la Borbolla, 1948).

Robert Lister, al exponer sus resultados sobre las excavaciones que efectuó en Cojumatlán, en la ribera sureste del Lago de Chapala, indicó que si bien no encontró presencia tarasca en el sitio, esta región fue conquistada a los tecos por los tarascos entre 1300 y 1440 d.C., aunque pudo haber sido abandonada posteriormente (Lister, 1948)

La idea propuesta por Estela Peña en su tesis de licenciatura indica que los tarascos resultaron de la fusión de nahuas asentados en el territorio al que llegaron algunos chichimecas en diferentes oleadas. Cada grupo cultural aportó sus propios elementos (Peña, 1980).

De la misma manera señala que las fronteras del grupo no presentaban el conjunto de rasgos culturales que existían en la cuenca del lago de Pátzcuaro, por lo que dichas fronteras las considera como políticas (*ibid.*).

Helen Pollard (1980), basada en un estudio de lugares centrales, concluyó que entre los asentamientos más importantes de los tarascos se encontraban Tzintzuntzan, Ihuatzio, Pátzcuaro y Erongarícuaro. Revistiendo el primero la posición de más relevancia en términos políticos y administrativos tanto a nivel de su propia región como del territorio dominado por los tarascos.

Por su parte, Gorenstein y Pollard, de acuerdo con información proveniente de fuentes etnohistóricas, así como de carácter ecológico y arqueológico, propusieron un modelo explicativo del surgimiento del estado tarasco, basado en la unificación política de los grupos que habitaban la cuenca de Pátzcuaro entre 900 y 1200 d.C. debido a la competencia que los mismos entablaron por el control de la tierra irrigable, disponible en diversas medidas a consecuencia de las fluctuaciones del lago (Gorenstein y Pollard, 1983; Pollard, 1993; 1995).

La propia arqueóloga Peña realizó un rescate en el poblado de Teremendo, cercano a Morelia, en el que localizó un sitio que fecha entre los periodos Clásico tardío y Postclásico temprano (800-1200 d.C.) y en el que excavó una estructura construida, según la autora, a la manera tarasca, esto es, la combinación del círculo y el rectángulo en la planta del mismo (Peña, 1983).

En 1985 José Antonio Contreras presentó su tesis de licenciatura en la Universidad Veracruzana, en ella menciona que la frontera tarasca ocasionalmente se situó al norte del río Lerma de acuerdo al registro arqueológico obtenido por el Proyecto Gasoducto en el estado de Guanajuato. Indica, además, que en las cercanías de Salvatierra se encuentra un sitio que presenta una yácata, que dibujó como del tipo tarasco, asociada a otros varios edificios.

Marcia Castro-Leal, en su tesis de maestría, publicada el año de 1986, después de realizar el estudio de los materiales cerámicos obtenidos de la VIII temporada de excavación en Tzintzuntzan y algunos que se encontraban en las bodegas del Museo Nacional de Antropología, anota que dicha ciudad fue la capital de los tarascos y que los materiales estudiados corresponden a la última etapa del desarrollo cultural del grupo.

En su tesis de licenciatura Ma. del Carmen Pineda y Salvador Pulido, de 1987, exponen la existencia de un territorio tarasco con base en el estudio de las fuentes históricas, particularmente las relaciones geográficas del siglo XVI, en las que se indica una relación de tributación. El territorio se delimitó de la manera siguiente: por el norte la frontera estaba marcada de Apaseo hasta Mazamitla, de allí salía con rumbo sur hasta Tepalcatepec, donde viraba hacia Pizandarán, pasando por Silahua y Churumuco; de aquel tomaba hacia el norte para ir hacia Tlalpujahuá y Maravatio y posteriormente cerrarse en el primer sitio mencionado.

Angelina Macías observó en Huandacareo dos ocupaciones, ambas de filiación tarasca. Uno de los indicadores de esto es la existencia de una estructura que en su planta combina una sección circular con otra rectangular (Macías, 1988). En tanto, de Tres Cerritos indica que localizó material tarasco en la última etapa constructiva por lo que infiere una última ocupación del sitio por parte de este grupo en tal momento (*ibid.*).

En otro texto, refiriéndose al primero de estos asentamientos argumenta la coexistencia de tarascos y grupos locales, lo que deriva de las evidencias provenientes de enterramientos, entre los que localizó uno correspondiente a los tarascos entre otros nueve que eran integrantes del grupo local o de personas venidas de otros lugares (Macías, 1990). Asimismo, apuntó que el edificio M-1

presenta planta mixta rectangular-circular "...a la manera de las tradicionales yácatas tarascas..."<sup>8</sup> (Macias, *op. cit.*, 211).

Patricia Carot, apuntó en 1994 que los purhépechas del postclásico adoptaron las técnicas y copiaron ciertos diseños decorativos de la cerámica del preclásico tardío/protoclásico que se han distinguido en Loma Alta. Incluso, posteriormente explicitaría:

Proponemos (...) como lo indica la secuencia de ocupación de Loma Alta (...) un origen local para la cultura purhépecha de unos 1000 años más remoto que lo que se pensaba hasta ahora. De hecho, lo que aparece con más claridad es que, si bien existieron movimientos migratorios o desplazamientos hacia el norte, gran parte de la población a fines del Clásico-principio del Postclásico, no muy lejos de la Cienega, hacia la vertiente del río Lerma (...) y en el Postclásico de nuevo se observa un "regreso" hacia la cuenca de Zacapu, más exactamente al inhóspito entorno del malpais donde se edificaron verdaderas e impresionantes ciudades, antes de migrar hacia el lago de Pátzcuaro, tal como nos enseña la Relación (Carot, 2000: 99).

La misma Helen Pollard, que ha dedicado ya varios años a la investigación de los tarascos en la cuenca de Pátzcuaro ha hecho aportes muy interesantes al conocimiento de los mismos. La mayor parte de éstos se verán en el curso del presente trabajo mientras que aquí sólo señalaremos que sus esfuerzos se han encaminado a determinar las causas del surgimiento del estado tarasco basándose sobre todo en estudios a nivel de sitio como en Tzintzuntzan, Urichu y Jarácuaro, así como a la confrontación de sus datos obtenidos en campo con las fuentes históricas (Pollard, 1977; 1980; 1993; 1995; 1996).

---

<sup>8</sup> Consideramos que la observación de la autora no es del todo acertada ya que en la planta arquitectónica de tal edificio si bien presenta una sección rectangular y una circular, estas se encuentran unidas entre sí, careciendo del pasillo que une a los edificios que llamamos yácatas de

### *El territorio de los tarascos.*

Hay algunas contradicciones en la extensión del registro arqueológico tarasco citado y lo que las fuentes históricas mencionan como el territorio tarasco. Adelante discutiremos acerca de la presencia de los rasgos arqueológicos tarascos localizados. Para darnos una idea de la extensión del territorio anotamos aquí el que los documentos nos proporcionan, que son básicamente la *Relación de Michoacán* y las relaciones geográficas de la provincia de Michoacán, ambas del siglo XVI, como ya dijimos. Debemos anotar que esta revisión se hizo con sentido crítico, confrontando los datos de tales documentos<sup>9</sup>.

Los tarascos-uacúsecha -el grupo de tarascos que protagonizan la *Relación de Michoacán*- comenzaron a extender su dominio sobre el territorio del actual estado de Michoacán, toda vez que conquistaron a las otras ramas del grupo tarasco, vecinas suyas en el lago de Pátzcuaro. Primeramente se apoderaron de las áreas al este y norte del propio lago, donde se encuentran los pueblos de Tiripetío, Etúcuaro, Chucándiro, Teremendo y Huaniqueo, que fueron los primeros conquistados fuera de aquella zona; posteriormente fueron las regiones al noroeste y oeste del mismo lago, así conquistaron Cumachén, Naranja, Zacapu, Cherán y Savina; después hicieron lo mismo con algunos pueblos que no logramos identificar pero que resultan importantes para este trabajo debido a que como lo menciona la *Relación de Michoacán*

---

origen tarasco. Por otro lado, hay pocos datos acerca del propio edificio, por lo que no conocemos la estructuración de los cuerpos, aunque el sistema constructivo no es el tarasco, aparentemente.

<sup>9</sup> En esta parte de la exposición retomamos uno de los trabajos que desarrollamos en una de las asignaturas del programa de la maestría en Estudios Mesoamericanos y que fue seleccionado para publicarse dentro de los cuadernos de trabajo de la misma. Incluso, este mismo trabajo recoge la propuesta que en la tesis de licenciatura se hizo sobre el territorio tarasco, aumentándola con nuevos datos.

y, a la vuelta, [conquistaron] a Hurúapa y los pueblos de nauatlantos llamados Hacáuato, Zizupan, Chenengo, Vacapu y otros pueblos llamados Tariyaran, Yuriri, Hopácutio, Condébaro (*RM*, 2000: 519)

Lo anterior significa la primera conquista de pueblos no tarascos, como lo sugiere la filiación lingüística de algunos nombres de los pueblos; aunque éstos se localizan en la región que sería integrada completamente al territorio dominado por ellos. El actual poblado de Acahuato, se encuentra en las cercanías de Apatzingán, pero en los así llamados balcones de la sierra central de Michoacán; está cercano a Condébaro, por lo que el relato coincide con la ubicación de las actuales poblaciones.

La conquista siguió hacia las partes norteñas de Michoacán, hacia la zona de la Laguna de Cuitzeo, y conquistaron entonces, entre otros poblados, los de Charo, Jeruco, Cuitzeo, Tzitzimeo y Araró. Con estas conquistas los tarascos comienzan francamente a abandonar el entorno geográfico que ellos mismos habitaban (la serranía central de Michoacán) y comienzan a integrar a su territorio áreas ecológicamente diferentes a la propia.

Posteriormente la Tierra Caliente cae en poder de los tarascos. Ésta está formada desde los entornos de Tepalcatepec hasta las inmediaciones de Cd. Altamirano, en sentido noroeste-sureste, y de La Huacana a la confluencia de los ríos Balsas y Grande de Tepalcatepec, en sentido de norte a sur.

Así para conformar el mapa del territorio del estado tarasco habría que agregar la remota zona fronteriza del oriente de Michoacán, esto es, la región cercana a Zitácuaro. Tendríamos pues, un mapa que, de acuerdo al reconocimiento de señorío y tributación que las relaciones geográficas mencionan, tal como lo propusimos en un trabajo anterior, del cual retomamos las siguientes anotaciones, la frontera norte pasaría por, o cerca de, Apaseo, sujeto de Acámbaro, de allí salía con rumbo al suroeste para pasar por Yuriria, luego iría a Jiquilpan, posteriormente

pasaría por Mazamitla, sujeto a Tamazula, por Ixtlán, sujeto de Zapotlán, asimismo pasaría por este poblado y luego pasaría por Tuxpan.

En tanto que la frontera este, partiendo de Apaseo nuevamente, iría a pasar cerca de San Lucas, Xerécuaro, Puroagua, sujetos los tres de Acámbaro. De aquí partiría hacia Tlalpujahua, sujeto de Taimeo, que traía guerra contra los de México. Sigue con rumbo sur hasta encontrarse con el pueblo de Asuchitlán (hoy, Ajuchitlán) y con sus múltiples sujetos, entre ellos las cabeceras de Cuçamala (Cutzamala), Coyuca y Pungarabato (Cd Altamirano), donde todos traían guerra contra los mexicanos, cuyas guarniciones se encontraban en Tetela y Capulalcoluco (Pineda y Pulido, 1987: 31)

La frontera poniente puede registrarse de Peribán y Tancitaro hasta las vecindades de Tepalcatepec, donde doblaba hacia Silahua y Churumuco, convirtiéndose en la frontera sur, junto con Guayameo, sujeto de Zirándaro para cerrarse en Cd Altamirano. Sin embargo no sabemos aún que sucedería con los pueblos de la provincia de Ávalos (Tamazula, Quitupan, Mazamitla, Tuxpan, etc), que se mencionan como sujetos de cazonci, pero la relación de tributación no es clara (figura 5).

Con todo, hay un territorio que se encuentra sujeto al representante del estado tarasco, el Cazonci, pero este territorio no es homogéneo ni sus habitantes son todos iguales. Esta relación del estado tarasco con sus habitantes, incluidos los de diferente etnia es el tema de uno de los apartados de este trabajos que se verá adelante.

En términos arqueológicos el territorio está menos definido de lo que se puede extraer de las fuentes históricas, ya que nos enfrentamos al problema de cómo encontrar a los tarascos a través de los indicadores que comúnmente utiliza la arqueología. Podríamos elaborar un mapa con los rasgos que se han definido



Figura 5.  
El territorio tarasco (en línea punteada) sobre un mapa del actual territorio del estado de Michoacán.

como tarascos pero nos parece que no hay caso, ya que tales indicadores no necesariamente implican la presencia de los tarascos, es decir, desde nuestro punto de vista, la definición de los tarascos en términos de su cultura material, no es del todo satisfactoria; este es el tema del siguiente apartado.

## Capítulo 2.

### Diferencias entre los tarascos y los tarascos-uacúsecha.

#### Los tarascos como grupo social en el registro arqueológico.

Como decíamos en la primera parte de este trabajo, la forma de generación y apropiación de la cultura de un grupo, está mediada por la situación de cada individuo o grupo de individuos dentro del tejido social general. De tal manera que en cada grupo social puede haber manifestaciones diferentes de una misma cultura. Esto se contrapone a la idea, muy extendida por cierto, aunque probablemente con sentido sintético, de tratar a un grupo en particular como un bloque único.

Lo anterior ha sucedido con los tarascos que, como vimos, se les ha definido tradicionalmente de acuerdo con el cúmulo de conocimientos que de ellos se tenía hacia mediados del siglo XX; sin embargo, a pesar de que ha habido avances en la investigación sobre los aspectos culturales del grupo, aún no se les comprende de forma cabal y difícilmente se les podría diferenciar de otros, si consideramos algunos indicadores de la definición con la que se los ha distinguido. Así pues, veremos en seguida que los elementos de esta caracterización no se ajustan para definir propiamente al grupo tarasco o, de manera alternativa, se han confundido los rasgos de un subgrupo en particular de la sociedad tarasca, con rasgos que deberían corresponder al grupo en general.

Sin embargo, antes de entrar en esta materia, es necesario hacer una aclaración sobre los tarascos. De la *Relación de Michoacán* podemos definir la existencia de diversos grupos, o mejor dicho subgrupos, que conformarían niveles sociales

diferentes de la sociedad, entre ellos podemos distinguir a los tarascos-uacúsecha, que constituyeron el grupo de élite que controlaba el poder político en los inicios del siglo XVI, y a los tarascos, sin otro calificativo que formaba el grueso de la población. Ahondaremos adelante en este tema, viendo además que, en cierta forma, en el mismo nivel que el de los tarascos-uacúsecha se podrían encontrar otros linajes. Por lo pronto es indispensable esta nota para un mejor entendimiento de lo que se expone abajo.

De las definiciones que más permearon en la arqueología para identificar lo tarasco es la de Rubín de la Borbolla, quien, como vimos arriba, anotó ocho características esenciales de la cultura tarasca. De acuerdo con los datos de que disponemos a la fecha, trataremos de cuestionar la pertinencia de dichos rasgos con el propósito de establecer con mayor precisión cuáles corresponden a la sociedad tarasca y, discriminando esta información, veremos que algunos de los mismos nos llevan más bien a caracterizar los que son exclusivos de los tarascos-uacúsecha.

Comenzaremos por aquellos elementos que aun cuando se han localizado en Michoacán, no son los más apropiados para establecer la cultura arqueológica de los tarascos y de los tarascos-uacúsecha; posteriormente veremos los que, según nuestra concepción, suponen una mayor definición entre los diferentes grupos que habitaron el territorio del estado tarasco, y entre los tarascos mismos, así como los tarascos-uacúsecha, en particular.

#### *La metalurgia entre los tarascos.*

Es bien sabida la codicia de los conquistadores españoles por la obtención de las riquezas metálicas en todo el territorio que formaría la Nueva España. En el caso de Michoacán, hay referencias muy precisas acerca de la búsqueda de tales

bienes. La *Relación de Michoacán*, por ejemplo, enfatiza la búsqueda de oro y plata en los almacenes que se tenían en diversos poblados del lago de Pátzcuaro

Tenía pues el cazonci, de sus antepasados mucho oro e plata en joyas de rodela y brazaletes y medias lunas y bezotes y orejeras que tenía para sus fiestas y areitos. E inquiriose de los que lo guardaban, qué tanta cantidad sería y dellos dijeron y otros aún no han dicho: Tenía en su casa cuarenta arcas, veinte de oro y veinte de plata que llamaban chuperi, dedicado para las fiestas de sus dioses. Mucha cosa debía ser. Tenía así mismo joyas suyas en su casa, en otra parte llamada Yhéchenyremba, en gran cantidad. Tenía así mismo, en una isla de la laguna llamada Apúpato, diez arcas de plata fina en rodela, en cada arca doscientas rodela y mitras para los cativos que sacrificaban (*RM*, 2000: 671).

Cita, asimismo, otros lugares donde habían más arcas con tesoros metálicos además de plumas ricas y otros objetos preciados por los indios, estos son Xanecho, Pacandan y Urandeny, así como Uruapa, Çacapu, Naranjan, Cumanchen y Vaniqueo.

Por otra parte, en la lámina XXIX de la *Relación de Michoacán* se observa a unos personajes sentados frente a un brasero, uno aviva el fuego mediante un artefacto y ante ambos se encuentra un par de objetos pintados en color amarillo, que quizás representen sendas orejeras, así como un elemento ovalado con otro circular en medio, tratando de mostrar cierto volumen, seguramente representa un mortero (el yunque y la muela) donde se molía el mineral (figura 6).

Asimismo, entre los oficiales de las diferentes ocupaciones, el cazonci tenía un tesorero mayor que guardaba toda la plata y el oro con que hacían fiesta a sus dioses, a su vez, éste tenía auxiliares que llevaban cuenta de las joyas "...que eran rodela de plata y mitras, brazaletes de plata, guirnalda de oro y así otras joyas"



Figura 6.  
Plateros del cazonci. Sección de la  
Lámina XXIX de la *Relación de  
Michoacán* (RM, 2000).

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

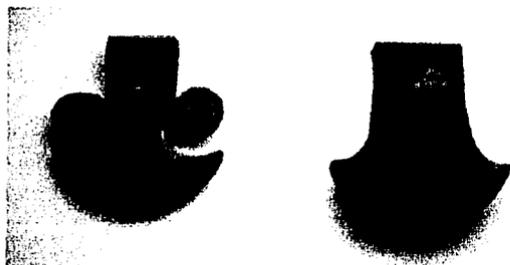


Figura 7.  
"Pinzas-depiladoras"  
procedentes de  
Michoacán. Museo  
Nacional de Antropología.

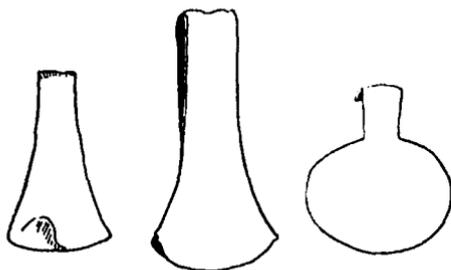


Figura 8.  
"Pinzas-depiladoras"  
procedentes de Chíncha, Perú.  
(Tomado de Hosler, 1994).

(RM, 2000: 561). Adelante menciona el documento que los mercaderes del cazonci le buscaban oro, plumajes y piedras, adquiriéndolos mediante el rescate.

La existencia de gran cantidad de objetos de metal también es confirmada en otros documentos. Benedict Warren (1977) cita varias cantidades de platos de plata, rodela de plata, diademas de plata, rodela de oro y platos de oro que fueron entregados a Nuño de Guzmán para que éste liberara al cazonci, quien era su prisionero en la ciudad de México en 1531.

Probablemente nunca sabremos la exactitud y la veracidad de estos relatos, sin embargo, podemos observar la existencia de objetos metálicos entre los tarascos, empero los datos arqueológicos que a la fecha disponemos no ayudan a verificar lo señalado; antes bien ofrecen elementos para discutir lo que cuenta la *Relación de Michoacán* y hacer otras propuestas.

Sería un tanto ingenuo suponer que esta riqueza en oro y plata se terminó como consecuencia de las reiteradas exigencias de metales de los españoles. Entre los objetos arqueológicos que llegaron a nuestros días, apenas se cuenta con algunos pocos artefactos de oro y plata que son resguardados por los diferentes museos de arqueología del país. Destacan entre ellos, collares, anillos, bezotes y pendientes, que ponen de manifiesto una muy refinada técnica de elaboración, así como pulseras, orejeras, discos y diademas de oro laminado. Sin embargo, el acervo no es tan amplio como para ver en él diferencias sustanciales de los tarascos con otros grupos mesoamericanos<sup>1</sup>, es decir, al no presentar particularidad alguna en las técnicas utilizadas, en el estilo, ni en los motivos que se representaron, estos elementos no identifican a los tarascos prehispánicos del siglo XVI.

---

<sup>1</sup> Son varios los grupos mesoamericanos que tienen metales entre sus características culturales, entre ellos encontramos a los mixtecos, zapotecos, totonacos, mayas y mexicas.

A pesar de que se encuentran magníficos artefactos en oro y plata, producto de los orfebres de la región, habría que sopesar lo que mencionan Torres y Franco (1996, 105):

Los objetos marcadores de rango de los pueblos anteriores al establecimiento del señorío tarasco son de origen sudamericano y persisten aún después de que la sociedad se vuelve más complicada

Esto nos conduce a suponer que estos artefactos y su función fueron una especie de préstamo cultural que adoptaron los tarascos-uacúsecha cuando llegaron al poder o en el periodo de su instalación en el mismo. Es probable que estas joyas hayan sido finalmente hechas por los orfebres ligados directamente al cazonci si hacemos caso de la *Relación de Michoacán* cuando habla de los plateros del gobernante tarasco; no obstante, parece que no fueron creados por ellos y los podemos encontrar en otros grupos sociales, particularmente en Sudamérica.

Otro metal que también fue muy utilizado y que, de acuerdo con la gran cantidad de objetos encontrados, tendría una muy amplia difusión y relevancia entre los grupos que habitaron el actual territorio michoacano es el cobre. A él no fueron ajenos los tarascos. Sin embargo, pese a su presencia y abundancia, este producto tampoco es de origen tarasco.

Encontramos una relativa gran diversidad de objetos de cobre en los diferentes sitios arqueológicos de Michoacán, ya sean tarascos o no; incluso, hay artefactos de este metal, con formas similares en otros lugares de Mesoamérica y que pudieron tener un origen en las actuales tierras michoacanas (Hosler y Macfarlane, 1996), aunque no necesariamente tarasco.

González Crespo (1979) indica que los inicios de la industria del cobre en la zona del Bajo Balsas data de alrededor del 700 d.C. Por su parte Hosler (1999) propone esta misma fecha pero para el inicio de la industria en Mesoamérica. Sin embargo,

el origen de ésta debe encontrarse en Sudamérica ya que se cuenta con fechas tan tempranas como 1 500 a.C. y de allí debió difundirse a otras regiones de América, entre ellas, la de nuestro interés. Incluso, dice la autora, que la tecnología y las formas de los objetos se encuentran tanto en la región andina como en el occidente de México, aunque en la primera se presentan antes.

Este contacto entre las dos regiones parece ser confirmado en una carta que guarda el Archivo General de Indias en Sevilla, y fue publicada por Robert West (1961: 133), en la que Rodrigo de Albornoz se dirige al rey de España, diciéndole

y hay nuevas de indios que dicen que en el camino hay islas ricas de perlas y piedras, y siendo a la parte sur ha de haber según razón, oro en abundancia; y preguntado a los indios de aquella costa de Zacatula cómo saben que debe haber por allí islas, dicen que muchas veces oyeron a sus padres y abuelos que de cierto tiempo solían venir a aquella costa indios de ciertas islas hacia el sur que señalan, y que venían en unas grandes piraguas y les traían allí cosas gentiles de rescate y llevaban ellos otras de la tierra, y que algunas veces, cuando la mar andaba braba, que suelen haber grandes olas en aquella parte del sur más que en ninguna otra parte ninguna, se quedaban los que venían acá cinco o seis meses, hasta que venía el buen tiempo, e sosegaba la mar e se tornaban a ir

Para nuestro propósito, esta cita es ilustrativa ya que gentes del sur de Zacatula, sitio ubicado en la desembocadura del Río Balsas (Pulido, 2000), y que bien pudieron haber llegado de Colombia, Ecuador o Perú<sup>2</sup>, venían con frecuencia y debido a los continuos huracanes que se dejan sentir en esta región se quedaban

---

<sup>2</sup> Para reforzar este punto hay que tomar en consideración la observación de Müller (1979) en tanto que encontró semejanzas en las vasijas de cerámica de la región del Infiernillo, en Michoacán, con otras originarias de Chiapas, Guatemala y, probablemente, Ecuador; así como la de Cabrera (1986, 1989) que indica relaciones culturales observadas por medio de los tipos cerámicos que localizó en la zona de la presa La Villita, en Michoacán, con otros que implican una tradición costera del Pacífico, desde Colima hasta Guatemala y que muestran contactos con Bolivia, Colombia, Costa Rica y Nicaragua.

en la zona. En el curso de ese tiempo, en algún momento, pudieron enseñar a los naturales las técnicas de beneficio de los minerales y el trabajo del cobre<sup>3</sup>.

De hecho, las muy conocidas pinzas "depiladoras", como se les llama, y que son uno de los rasgos distintivos de los altos cargos del poder político tarasco, ya que las usaban sólo el cazonci, su gobernador y el sacerdote mayor, pueden ser una adquisición cultural proveniente de esa misma zona sudamericana (Hosler, *op. cit.*). Véanse las figuras 7 y 8.

Por otra parte, una de las diferencias que han sido mencionadas en cuanto al uso del cobre por los tarascos con respecto a otras sociedades mesoamericanas es que aquellos, además de agujas, anzuelos, aros y cascabeles, tenían herramientas de este metal, tales como coas, puntas de bastones plantadores, cinceles (véase Castro Leal, 1986).

Uno de los problemas en torno a la elaboración de objetos de cobre por los tarascos estriba en que la región lacustre de Michoacán, es decir, la región habitada por este grupo no es productora de este mineral, no cuenta con minas de cobre. Éstas se encuentran principalmente en la Tierra Caliente, una región que fue poco habitada por los tarascos, por una parte, y cuyos habitantes aprendieron a trabajar el mineral hacia el año 700 d.C., como ya apuntamos, es decir, por lo menos 700 años antes de que fuera conquistada por los aquellos, por la otra.

Así, en una publicación de documentos acerca de los yacimientos cupríferos conocidos en Michoacán para 1533, el *Legajo 1204*, Fintan B. Warren (1968) cita las minas de Cinagua, Cholomoco (también mencionado como Choromoco y Xurumuco), Guacana, Cocian o Cucian, Guayameo, Tacambaro y Turicato,

---

<sup>3</sup> Hay que considerar que la tecnología metalúrgica sudamericana precede con muchos años a la mesoamericana; de tal manera que se tienen en Ecuador evidencias de su presencia desde la fase La Tolita (500 a.C.-500 d.C.), hasta la fase Atacama (500-1460/90 d.C.), al norte de ese país, así como en el sitio Salango, en la costa central de Ecuador, desde la fase La Chorrera (1500 a.C.-500 d.C.) hasta la fase Manteño (800-1530 d.C.). Esta tecnología se extiende por otros sitios en todo el

Cuiyceo, Pungarabato, Coyuca, Tanxítaro, Tepalcatepec y Urapa, entre otros (figura 9).

Una de las más importantes era, al parecer, la de Churumuco que estaba directamente vinculada al cazonci, "...dicen que cogía allí mucho cobre el Cazonci y que se cogía en mucha cantidad..." (Warren, *op. cit.*, 42)

Entre las evidencias arqueológicas de la extracción, molido, fundición y otros procesos de trabajo relacionados con la metalurgia del cobre en la Tierra Caliente podemos mencionar la existencia de fogones para el fundido, cuya prueba es una gran concentración de cenizas en la que hay, además, algunas aglomeraciones de escoria de fundición, la presencia de crisoles, la abundancia de fragmentos de tubos cerámicos con orificio estrecho, que fueron utilizados como sopletes o avivadores del fuego de los braseros de fundición (Torres y Franco, *op. cit.*) y, desde luego, artefactos de dicho material. Asociado a esto se tienen los "ticuiches" (metates ápodos) que pudieron utilizarse en el molido de los minerales al igual que los morteros (figura 10).

Resulta sumamente interesante un sitio arqueológico, La Campana, localizado en las cercanías de Lombardía, en la Tierra Caliente de Michoacán, que consiste, además de varias estructuras arquitectónicas, en un cerro en cuyas piedras es muy fácil encontrar huecos a modo de morteros, junto con la presencia de los ticuiches. Ha sido interpretado como un asentamiento en donde se preparaba el mineral y se extraía el cobre (Grave, 1998)

Otros sitios importantes en la Tierra Caliente, por su asociación con el trabajo del metal y su cercanía a los yacimientos cupríferos son los que se han registrado con los nombres de Los Montones, que se localiza frente a la mina conocida como La Verde (Grave, *op. cit.*); Santo Domingo, en el que fueron encontrados *in situ*



Figura 9.

Ubicación de las principales minas de cobre en la Tierra Caliente de Michoacán; de izquierda a derecha: La Verde, San Isidro, Manga de Cuimbo, Inguarán, Bastán y Huetamo. El tamaño de los puntos significa la importancia de la mina. (Modificado a partir de Hosler, 1994)



TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 10.

Ticuiche (metate ápedo) procedente de Santo Domingo, en la Tierra Caliente de Michoacán.

agujas, aros, anzuelos, así como fogones y fragmentos de sopletes; y La Garita, con elementos semejantes a este último (Pulido, 2000). Todos ellos muestran alguna relevancia en el contexto de jerarquía de los sitios de su propia región. Todos ellos tienen características culturales diferentes a las tarascas y que los emparentan más bien con los terracalenteños (Grave y Pulido, 2000).

De elementos semejantes, asociados al trabajo del cobre, no tenemos noticia para el centro de Michoacán. Quizás el sitio más cercano al corazón político del Irechecua Tzintzuntzan relacionado con el trabajo de cobre sea Jicalan, población cercana a Uruapan, donde Grinberg (*apud* Torres y Franco, *op. cit.*) encontró los mismos rasgos descritos en el cuadrete correspondiente a Xiuquilan del *Lienzo de Jucutácató* además de fragmentos de escoria y un crecimiento diferencial de la vegetación, como si allí se hubieran realizado procesos de fundición durante un largo tiempo y hubieran afectado el suelo.

Sea como fuere, el uso del cobre no es un rasgo cultural propiamente tarasco. Si bien es cierto que éstos aprovecharon su existencia, parece que la industria siguió estando en manos de otros grupos que venían produciéndolo desde hacía ya tiempo; en tanto, su elaboración no estaba estrictamente intervenida por el cazonci. Es posible más bien que éste se contentara con una mina en particular, la de Churumuco, y que pidiera cobre cada vez que lo requería.

No significa esto que los tarascos no trabajaran este metal, incluso la presencia de orfebres en la *Relación de Michoacán* nos indica positivamente que sí se realizaba esta actividad. Lo que nosotros entendemos es que los tarascos, o más bien los tarascos-uacúsecha, retomaron esta industria y algunos de sus productos, los integraron a sus características culturales como objetos de prestigio social y como elementos de intercambio con otros grupos (cascabeles, discos, pinzas depiladoras, etcétera), pero la industria misma siguió existiendo entre los otros grupos que a la postre fueron sujetos del cazonci, aunque quizás estos ya no produjeron esos símbolos de diferenciación social, dedicándose a la elaboración

de agujas, anzuelos, aros, y otros artefactos más bien ligados a la producción primaria en sus diferentes aspectos.

No obstante, queremos recalcar que aun cuando los tarascos-uacúsecha hayan hecho uso del cobre, de la plata y del oro, así como de sus aleaciones, entre sí y con otros metales, como una de sus características, éstas ya existían en el actual territorio de Michoacán antes de la formación del estado tarasco y siguieron existiendo una vez conformado el mismo. Esta es la razón por la cual dudamos en determinar que la metalurgia sea un rasgo específicamente asociado a este pueblo y consideramos que es más cercano a los habitantes de la Tierra Caliente, sobre todo a las comunidades que poblaron las cercanías de los ríos El Marqués y Balsas.

#### *La escultura tarasca.*

¿De qué escultura tarasca hablamos? Si bajo este nombre consideramos a la que se ha localizado en uno solo de los sitios tarascos, Ihuatzio, una de las capitales de Irechecua Tzintzuntzan, tendremos una muestra muy minúscula. Si, por otra parte, tomamos en cuenta a las que se han localizado en el territorio del estado tarasco tendríamos tal diversidad de formas escultóricas que no podríamos señalar cuál corresponde a los tarascos. De cualquier manera son relativamente pocos los datos que de esta actividad plástica han llegado a nosotros de las épocas prehispánicas de Michoacán.

En las cercanías del área central tarasca está Tiristarán, una población en la actual jurisdicción municipal de Morelia. Allí se localizaron una serie de esculturas monolíticas asociadas a dos basamentos circulares y a tiestos correspondientes a los periodos Clásico y Postclásico (Corona Sánchez, 1970), por lo que las esculturas podrían provenir de cualquiera de ellos, es decir, podrían ser anteriores a la época tarasca, o bien, también podrían haber sido hechas durante la misma,

de acuerdo con los datos que tenemos no podemos ser concluyentes en este aspecto (figura 11).

Sin embargo, a decir del autor, los monolitos muestran más bien semejanzas formales con aquellas que se han localizado en los pueblos de Tamazula, Tuxpan y Zapotlán, poblaciones que se encuentran en el actual territorio de Jalisco, y que, no obstante, formaron parte del territorio tarasco de acuerdo con los documentos históricos. Ilustraciones de tales objetos se pueden ver en las publicaciones de Lumhotz (1986) y Williams (1992).

Las esculturas en cuestión fueron hechas sobre irregulares bloques de basalto vesicular, aparentemente en rocas en sí y no en fragmentos extraídos de alguna cantera. Muestran rasgos simples y esquemáticos, presentando la parte inferior sin labrado alguno a manera de espiga, lo cual indica que estuvieron clavadas en el suelo, como se comprobó con el hallazgo de dos esculturas *in situ* (Corona Sánchez, *op. cit.*). Estas tipo de escultura es parecidas a las que encontramos también en la Tierra Caliente, así como en otros lugares del occidente de México, como se puede observar en los dibujos publicados por Lumholtz (*op. cit.*) y sin que al momento tengamos mayores datos que nos indiquen conexiones al respecto; sin embargo, es claro que éstas no presentan el estilo de las localizadas en Ihuatzio, que han sido señaladas como la escultura tarasca (*vid infra*).

Otras piedras labradas han sido reportadas por Rubén Cabrera (1995), sin embargo, esta vez más que de esculturas se trata de diferentes implementos de carácter utilitario, entre los que se observan molcajetes y metates, así como algunas manos. Lo importante del caso es que, aunque fueron localizadas en uno de los pueblos de la Meseta Tarasca, en Carapan, su estilo no se corresponde con ninguna de las formas escultóricas de los tarascos, es decir, no guardan parecido con las esculturas de Ihuatzio.



Figura 11.  
Escultura *in situ*, Tiristarán. Véase lo esquemático y la espiga de la misma. (Tomado de Corona, 1970)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

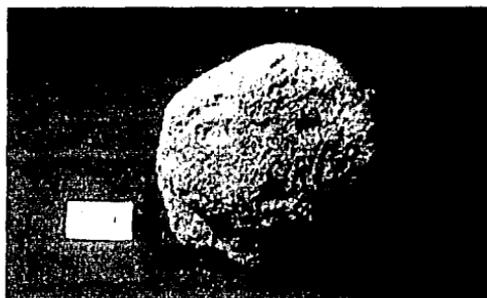


Figura 12.  
Escultura antropomorfa. Procede del sitio de Santo Domingo, en la Tierra Caliente de Michoacán.



Figura 13.  
Trono de basalto con forma de coyote. Localizado en Ihuatzio. Museo Michoacano.

Podría pensarse en una diferencia cronológica que explicara su discordancia; no obstante, el autor sugiere que pueden corresponder a los años 850 a 1500 d.C. (Cabrera, *op. cit.*), es decir, podrían haber sido elaboradas en el periodo que aquí nos interesa. Asimismo, indica que estos materiales son "...semejantes a otros de Centroamérica, representan una copia sencilla y esquemática de metates muy elaborados, sobre todo de algunas culturas de Panamá, Costa Rica y Guatemala, como la cultura Chiriquí..." (Cabrera, *op. cit.*: 75) y cuya idea y forma de elaboración pudo llegar a la región michoacana por la ruta marítima del Pacífico, particularmente vía Zacatula.

Nosotros localizamos algunas esculturas de piedra en uno de los sitios de Tierra Caliente (Santo Domingo), donde también se recuperaron unos pocos materiales cerámicos tarascos insertos en una serie de rasgos culturales muy diferentes a los de esa cultura (Grave y Pulido, 2000). Las esculturas eran antropomorfas pero muy distintas a las de Ihuatzio; estaban hechas en basalto y granito, sobre cantos rodados, pero la técnica de labrado era poco precisa, ya que antes que presentar rasgos definidos más bien se sugieren (figura 12); así, son representaciones ingenuas y esquemáticas de cabezas, cuerpos y medios cuerpos humanos (Pulido, 2000).

Otra de sus características es que varias de ellas presentaron una parte sin labrar, otra vez la presencia de espiga, semejantes a las ya vistas de Tlaxiá, que nos llevó a concluir que tales esculturas debían estar semienterradas de pie en algún lugar. Esto parece ser un rasgo común en la escultura del occidente de México, como se aprecia en el trabajo de Eduardo Williams (1992).

Por su parte Castro Leal (1986) presenta los dibujos de unas figurillas en piedra encontradas en Tzintzuntzan durante alguna de las temporadas de excavación. Tienen entre 3 y 7 cm de altura y apenas muestran algunos rasgos estilizados de los personajes que representan. Es difícil decir si pertenecen o no a la tradición

escultórica tarasca dado que su tamaño las hace incomparables a las que nos están sirviendo aquí como referencia de la escultura tarasca.

En su compendiosa publicación sobre la escultura prehispánica en piedra del occidente de México, Eduardo Williams (*op. cit.*), presenta algunas fotografías de las piezas que se han encontrado en el territorio michoacano; desafortunadamente no hay mención del lugar ni de las condiciones en que fueron realizados estos hallazgos, por lo que se carece de cronologías, tan sólo precisa las de Tíristarán que ya anotamos.

El resto de las esculturas provenientes de la región de nuestro interés son de formas muy variadas desde algunas de tallado ingenuo, como las que describimos del sitio Santo Domingo, hasta las de formas geométricas que se han identificado con los tarascos. Incluso se cuenta con algunos braseros muy semejantes a los que representan a Huehuetotl en el altiplano central, así como algunas otras esculturas que nos recuerdan a las mascararas de Tláloc de la misma región. Sin embargo el hecho de que estén descontextuadas hace muy difícil el manejo de los datos para nuestros propósitos.

En cambio, la escultura que podría asociarse a los tarascos, y quizás con mayor precisión a los tarascos-uacúsecha, ya que se encontraron en uno de sus asentamientos más importantes, Ihuatzio<sup>4</sup>, tiene características muy diferentes a las que hasta aquí hemos visto: son esculturas hechas en monolitos de basalto, y cuya particularidad es que sus rasgos están definidos por líneas que tienden a ser marcadamente rectas, con aristas muy notorias; esto hace que se aprecien como esculturas más geométricas que realistas (Cfr. Gendrop, 1987; Oliveros, 1976).

---

<sup>4</sup> Este hecho debe revestir algún significado, pero también debe ser considerado con cuidado, ya que varias de las esculturas representan coyotes y pueden referir el nombre mismo del sitio. Es probable quizás que estos hallazgos tengan que ver con que se haya sostenido la idea de que Ihuatzio fue la capital religiosa del Irchecua Tzintzuntzan en contraposición con las otras dos ciudades representativas del poder uacúsecha, Tzintzuntzan y Pátzcuaro. No obstante, es muy

Williams (*op. cit.*) presenta once esculturas de manufactura similar, de ellas, cuatro son troncos-coyote (figura 13), cuatro coyotes antropomorfos, representados de pie, y tres son esculturas conocidas como Chac-moll. De todas ellas solo sabemos que tres proceden del sitio mencionado arriba (Bonavit, 1908), en tanto que el autor menciona que algunas otras fueron localizadas en Tzintzuntzan, pero no ofrece mayores datos. De cualquier manera apunta

De los estilos escultóricos descritos (...) uno es de particular interés, porque puede asignársele una filiación étnica, al menos tentativamente, ya que varios ejemplos del estilo 'D' han sido encontrados en sitios como Ihuatzio y Tzintzuntzan, Michoacán, los cuales estuvieron habitados por los tarascos o purhépechas. De hecho, se podría decir que este es el único ejemplo en el Occidente de México de un 'estilo oficial' comparable al de los mexicas o de cualquier otro estado en el Nuevo Mundo, para el que tengamos evidencia de un estilo 'imperial' bien definido que representaba los ideales de la clase dominante y era ocasionalmente impuesto sobre otros grupos étnicos (Williams, *op. cit.*: 45).

Consideramos muy aventurado sostener lo anterior, ya que si bien este estilo escultórico se repite en unos pocos ejemplares, once para ser exactos, a nuestro juicio, siguen siendo muy pocos elementos para definirlos como el "estilo imperial", más aún cuando no se los encuentra fuera de Ihuatzio y, probablemente, Tzintzuntzan; de aquí que no haya sido impuesto a los grupos conquistados quienes, al parecer, tenían sus propias manifestaciones escultóricas que no les fueron modificadas, como se vio arriba.

Así pues, esta escasez de elementos de escultura claramente asociados a los tarascos nos lleva a dudar de la pertinencia del tipo escultórico como uno de los rasgos propios de la sociedad tarasca, si acaso, como se dijo, se pudiera tratar de

---

poco lo que se ha estudiado tanto del propio asentamiento como de la escultura por lo que no atinamos a establecer esta relación.

una manifestación ligada estrechamente a la élite dominante de los tarascos, a los tarascos-uacúsecha, o puede ser una manifestación absolutamente local, emblemática de un lugar; sin embargo, nos faltan datos para asegurar lo anterior y hasta no disponer de ellos no creemos conveniente considerarla como uno de los elementos definitorios de los tarascos, aunque su presencia apunta, como ya dijimos, a considerarlo como un elemento cultural de los tarascos-uacúsecha, aunque con carácter dudoso por lo restringido de su localización.

*La existencia de pipas de barro de formas características.*

Un primer problema que vemos en esta descripción es lo ambiguo de la misma, tendríamos toda la posibilidad de preguntar cuáles son esas formas características y no encontraremos respuesta, al menos en Rubín de la Borbolla. En relación a este tipo de materiales Castro Leal, Díaz y García (1989: 247) indican que

Las pipas en barro fueron muy abundantes desde épocas anteriores al imperio tarasco. Sus formas son muy diversas ya que tanto el recipiente en el que se colocaba el tabaco, y el tubo pueden representar elementos geométricos, humanos animales y alargarse o reducirse, adquirir soportes o estar sin ellos

Lo anterior significa que si no encontramos estas pipas en sitios tarascos o en asociación directa con otros elementos de indudable filiación tarasca difícilmente podríamos saber si corresponden a este grupo, ya que, como lo mencionan las autoras, se las encuentra desde muchos años antes de la formación del estado tarasco y no sólo en Michoacán.

De esto último Muriel Porter (1948) nos ofrece un amplio estudio. Nos indica que la costumbre de fumar fue muy extendida en todo el continente americano, localizándose principalmente en los actuales territorios de Estados Unidos y

México, así como en diversos puntos de Sudamérica; aunque hay que decir que si bien se fumaba en pipa, a veces se acostumbraba el puro.

En su estudio podemos ver que el uso de pipas se encuentra entre las culturas de los indios Pueblo (Anazazi y Mogollón, localizados en Arizona y Nuevo México), las del sureste estadounidense (valles de los ríos Mississippi y Ohio); así como en el Gran Chaco y en el norte de Argentina, en Venezuela, Colombia, las Guayanas, Chile y Paraguay, además de algunos grupos culturales de Centroamérica y el Caribe, así como en algunas sociedades mesoamericanas, desde luego.

Al hacer una clasificación de las formas de las pipas concluye que hay tres tipos básicos (tubular, tubular-angular y angular) así como nueve subtipos, de los cuales encuentra ocho en Michoacán aunque no en exclusividad pues los localiza también en el Valle de México, la Huasteca, La Quemada, Tula, Chichén Itza y Sinaloa. Indica además que

En Michoacán, hallamos pipas en varias partes, pudiéndose dividir los hallazgos en dos grupos: Apatzingán, y la región del Lago de Pátzcuaro. Todas las pipas, fuera de las de Apatzingán, se parecen y son, sin duda del mismo complejo. Podemos afirmar entonces que las numerosas pipas de Apatzingán representan otro desarrollo y evolución contemporáneas con las del Lago de Pátzcuaro y han de estar relacionadas indirecta o directamente con las del Lago.

En general las pipas de Michoacán casi siempre son más o menos macizas, del tipo angular, y presentan una decoración esculpida, modelada. Con frecuencia tienen soportes cónicos como las de los periodos recientes de Culiacán (Porter, 1948: 203).

Podemos desprender de lo anterior que las pipas tienen una gran extensión geográfica y quizás cronológica. En el caso de Michoacán, las encontramos en lugares que fueron habitados por los tarascos, pero también en otros sitios que si

bien llegaron a ser parte del territorio controlado por los tarascos, su población básicamente no compartía rasgos culturales con ellos y, sin embargo, presentan ejemplares de pipas similares a los que se han localizado en el área central del grupo tarasco.

Volviendo al escrito señalado de Castro-Leal, Díaz y García; las autoras insertan una fotografía de cuatro pipas de barro que señalan como tarascas. La más sencilla tiene el mango corto y la cazoleta de paredes gruesas con sólo una protuberancia perforada al frente que servía seguramente para ser colgada de un hilo. Otra tiene un grueso mango decorado en su mayor parte de incisiones a manera de escamas y la cazoleta se observa corrugada a base de un mayor e irregular volumen en el barro. Una tercera tiene un mango adornado con aplicaciones que representan plumas de ave, así como un adorno con la representación de cabeza de ave y un remate que se desprende de la cazoleta hacia el frente en forma de cola de ave; la cazoleta misma es de paredes finas, cortas y muy abiertas. La última de ellas tiene un largo mango sencillo, casi recto, una cazoleta más o menos larga, esbelta y de paredes finas, tiene también dos soportes en la base de la cazoleta; está pintada en blanco traslúcido (figura 14).

Esta última es más parecida a las que se encuentran en la lámina II de la *Relación de Michoacán* que fueron usadas únicamente por los caciques, como se observa en el propio documento, y por otros personajes de alta jerarquía ya que, aunque no presentan sus nombres como aquellos, visten tan ricamente como ellos (figura 15).

Seller (2000) reproduce en uno de sus dibujos una lámina de la *Crónica de la Provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán de la regular observancia de N. P. S. Francisco*, en ella se ve el momento de hacer justicia entre los tarascos y a cuatro señores sentados fumando sendas pipas esquemáticamente iguales a la última que se mencionó arriba. No obstante, también presenta un dibujo de otras pipas "michoacanas" de las cuales dos se

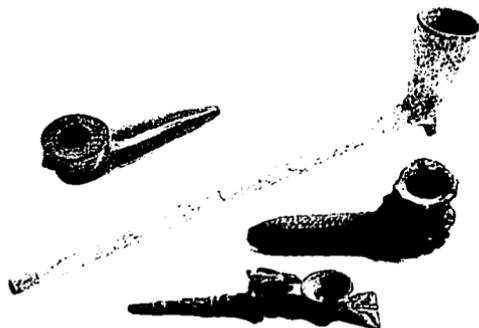


Figura 14.  
Pipas con diferentes diseños,  
procedentes de Michoacán.  
(Tomado de Castro-Leal *et al.*,  
1989)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Figura 15.  
Lámina II de la *Relación de Michoacán*. Nótese las pipas que  
fuman el cazonci (probablemente), el sacerdote mayor y los  
caciques. (RM, 2000)

parecen a la descrita en segundo término y la otra a la primera. Además anota que las pipas de barro "...Se caracterizan por sus formas, ásperas superficies, líneas onduladas puestas sobre ella, etcétera; se encontraron también ejemplares lisos, finamente pulidos" (Seller, *op. cit.*: 199).

Apunta, asimismo

Parece que en el Michuacán antiguo se extendió, mucho más que en México, la costumbre de fumar y de emplear tabaco. Y, de la misma manera que en ésta última nación, eran sobre todo las personas distinguidas quienes rendían culto a tal costumbre (*Idem*).

Lo anterior es importante ya que si es cierto, como parece serlo a partir del dibujo de la *Relación de Michoacán*, la costumbre más bien corresponde a un nivel social de los diferentes grupos que la tenían y no, en el caso de los tarascos, al grupo en su conjunto. Por tanto, las pipas serían más bien indicadoras de *status* social antes que rasgos distintivos de un grupo étnico. Por otro lado es un elemento que, dado que existe en sociedades no tarascas, aún no podemos definir cuáles son las pipas tarascas y cuáles las que pertenecen a otros grupos sociales, para llegar a este grado de conocimiento sería necesario contar con más estudios sobre el particular.

Ya desde mediados de la década de 1940, Isabel Kelly había encontrado una significativa cantidad de fragmentos de pipas en sus excavaciones en la región de Apatzingán, la gran mayoría pertenecientes a la fase Chila, es decir, al periodo Postclásico. Sus formas son simples y sin adornos, cubiertas con un ligero baño que va de blanco a gris; con la cazoleta relativamente alta y mango cilíndrico y delgado y, a veces, con dos pequeños soportes en la base de la cazoleta. Su tamaño varía de 32.5 a 47 cm (Kelly, 1947). Esta descripción y los dibujos que presenta la autora corresponden a las que se encuentran dibujadas en la *Relación de Michoacán*, como ya lo dijimos.

Además, apunta la autora que apareció otra pipa de 32 cm de largo con mago plano y cazoleta un tanto más robusta y con una protuberancia perforada en su frente. Dice que Rubín de la Borbolla establece que este tipo apareció primeramente en Tzintzuntzan, en épocas tardías (Kelly, *op. cit.*, 102).

Hacia 1941 Hugo Moedano publicó su análisis de materiales arqueológicos obtenidos en la tercera temporada de excavaciones en Tzintzuntzan. En él hizo un recuento de sus resultados, indicando que los tiestos, generalmente, no tienen decoración o que ésta es esporádica y de un sólo color, en tanto que la decoración esgrafiada es más común y se encuentra en todos los tipos de pipas.

Presenta seis tipos de pipas, agrupadas según las características que observó; así, las hay desde las más sencillas hasta las que presentan figurillas antropomorfas y zoomorfas anexadas a las cazoletas. Entre ellas se pueden ver las descritas arriba, así como otras de formas caprichosas que representan caracoles, pericos, patos, cráneos humanos, como también a la figura humana.

Un estudio más sobre materiales de Tzintzuntzan, entre ellos las pipas, aunque esta vez de los colectados en la superficie, es el que efectuó Pollard (1993). Ella indica como una de sus conclusiones que la variabilidad de estos artefactos en cuanto a la forma y la decoración es muy grande y no se pudieron establecer correlaciones entre ellos y las vasijas y sus diseños decorativos<sup>5</sup>.

Así, presenta un pequeño catálogo de las pipas obtenidas de sus trabajos de superficie que muestran cazoletas sencillas o con aplicaciones de bandas, así como un corrugado en la base de la misma, algunas tienen pequeños soportes. Las secciones de los mangos son circulares, ovaladas, helicoidales; a veces

<sup>5</sup> "...These ware units have not been correlated with the vessel form and decorative motifs (...) An attempt was made to correlate the assignable fragments, but preliminary results indicated the variability of form and decoration within wares to be as great as that between wares..." (Pollard, 1993, 217).

presentan dibujos esgrafiados o diseños hechos a bases de muescas o punciones; las boquillas son ovaladas o planas (figura 16).

Con todo, los fragmentos de pipas encontrados en dicho asentamiento son relativamente escasos, aunque en los lugares con actividad religiosa estos fragmentos comprenden un 27 % de la cerámica colectada (Pollard, 1993: 39).

En el sitio de Tierra Caliente que denominamos Santo Domingo, encontramos también algunos fragmentos de pipas que dividimos, considerando la parte de que se tratara, en pipas de cazoleta sencilla y de cazoletas con decoración, pipas de mango de sección subrectangular, elíptica y circular (Pulido, 2000).

Las cazoletas sencillas presentaron paredes muy delgadas y finas, rectas, pulidas y, en un solo caso, esgrafiada con motivos lineales en zig zag. Entre las que tenían cazoletas decoradas, se presentó una semejante a la primeramente descrita en el caso de Castro Leal, Díaz y García (*vid supra*), otra tiene una protuberancia anexa sin forma definida, y otra más, tiene una cenefa grabada después de la cocción con una línea zigzagueante y una protuberancia perforada.

En cuanto a los mangos, los de sección circular, que fueron la mayoría y se localizaron en un inusual gran número (57 fragmentos de cuerpos y 10 boquillas), tenemos el problema de que más que a pipas podrían corresponder a fragmentos de sopletes o avivadores del fuego de los procesos de elaboración de piezas de cobre; dado que ambos artefactos (pipas y sopletes) presentan secciones similares.

En resumen, hay que considerar que la costumbre de fumar tabaco en pipas es un rasgo común a gran cantidad de pueblos prehispánicos, ubicados, como vimos en una buena parte del continente americano; así pues, en el occidente de México, sobresalen el norte de Sinaloa, el norte de Nayarit y, desde luego Michoacán. El hecho de que las pipas que se encuentran en este último tengan una gran

70-A

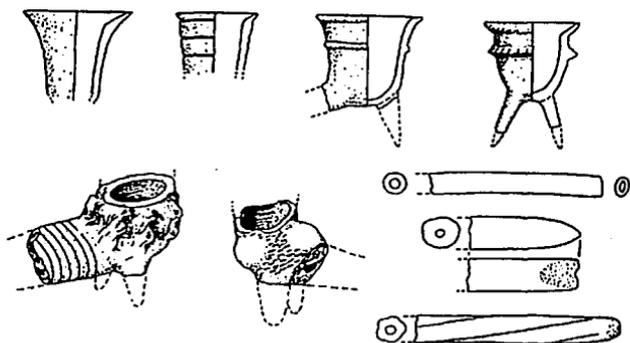


Figura 16.  
Cazoletas, soportes y boquillas de algunas pipas localizadas  
en Tzintzuntzan. (Tomado de Pollard, 1993)

diversidad y correspondan a épocas distintas nos lleva a pensar que no son estos elementos uno de los indicadores más confiables para definir lo tarasco, ya que se les localiza en asentamientos no tarascos y pueden ser anteriores a la llegada y expansión de éstos y de su estado, por un lado, en tanto que también pueden ser indicadores de diferenciación social más que un rasgo común a toda la sociedad, por el otro, o bien, pueden estar relacionados con una actividad específica, la religiosa.

*El jade escaso y el trabajo de la obsidiana y del cristal de roca.*

Es cierto que el jade es muy escaso en Michoacán prehispánico si lo comparamos con el que procede de otras áreas de Mesoamérica, pero si se le ha encontrado, sobre todo en elementos de ornato corporal asociado a entierros de élite, y también muestra un cierto grado de dominio técnico del trabajo de esta piedra. Sin embargo, esta escasez es compartida por las otras subregiones del occidente de México, donde habitaron otros grupos no tarascos, anteriores y contemporáneos a ellos, por lo que este aspecto no puede ser tomado como un elemento propiamente definitorio de lo tarasco.

Por otro lado, no abundaremos mucho sobre esta parte de la caracterización del grupo debido a que se trata más bien de juicios subjetivos, en los términos en que está planteado, como un excelente trabajo hecho con "gran destreza manual". Esto es cierto, pero no es menos cierto en el caso de otros pueblos mesoamericanos, así los zapotecos como los mexicas, para no decir más y hablar sólo de los contemporáneos de los tarascos.

En las vitrinas del Museo Nacional de Antropología, en las del Museo Michoacano y en las del Museo del Estado de Michoacán, se pueden ver piezas de gran belleza tanto en obsidiana, como en cristal de roca, cuya manufactura evidencia una depurada técnica de tallado y pulimento, así como desarrollados conceptos de

la estética, entre los tarascos. Sin embargo, esto mismo lo podemos considerar para las piezas hechas por otros grupos sociales, no hay más que ver las vitrinas de las colecciones mexicas y de los otros grupos de los diferentes museos del país.

Empero, también habría que reflexionar que los mejores objetos de estos materiales, los más finamente terminados son, generalmente, objetos de ornato personal, así en un pueblo como en otro del ámbito mesoamericano, para no hablar de otras regiones, y esto significa también que estamos tratando de elementos de distinción y jerarquía social y no de lo que usa el común de la gente, es decir, nos referimos a orejeras, bezotes, narigueras, puntas de proyectil cuya elaboración difícilmente podría llevarnos a suponer que fueron utilitarias, entre muchos otros artefactos.

Así pues, y dada la característica de que estos elementos son piezas únicas y, por lo mismo, escasos, no podemos utilizarlos más que como una prueba de su presencia entre los tarascos pero no como un elemento distintivo de los mismos frente a otros grupos, en el entendido, además, que son rasgos que determinan las jerarquías sociales y no objetos culturales que pudieran extenderse al grupo en general.

#### *La práctica de la cremación postenterramiento.*

Si por cremación postenterramiento entendemos el hecho de que una vez muerto y enterrado el individuo es exhumado para luego incinerarlo, creemos que no es del todo acertado considerar que ésta era una práctica funeraria tarasca ya que, por ejemplo, el propio cazonci era enterrado una vez que había sido incinerado; así lo indica la *Relación de Michoacán* en el capítulo titulado “*Cómo muría el cazonci y las cirimonias con que le enterraban*”, luego de que aderezaban el cuerpo:

Y poníanse en procesión todos los señores de la provincia y gran número de gente y así le llevaban hasta el patio de los qués grandes, donde ya habían puesto una gran hacina de leña seca, concertada una sobre otra, de rajas de pino. Y dábanle cuatro vueltas al derredor de aquel lugar donde le habían de quemar, tañendo sus trompetas, y después poníanle encima de aquella leña, así como le traían y tornaban aquellos sus parientes a cantar su cantar, y ponían fuego al derredor y ardía toda aquella leña, y luego achocaban con porras toda aquella gente, que los habían emborrachado primero. Y enterrábanlos detrás del qu de Curicaberí, a las espaldas, con todas aquellas joyas que llevaban, de tres en tres, y de cuatro en cuatro; y como amanecía estaba ya quemado el cazonci hecho ceniza. Y mientras se quemaba, estaban allí todos aquellos señores que habían venido con él; y atizaban el fuego. Y juntaban toda aquella ceniza, donde había caído el cuerpo quemado y algunos hoscitos, si habían quedado, y todo el oro que estaba derretido y plata. Y llevábanlo a la entrada de la casa de los papas y echábanlo en una manta y hacían un bulto de mantas con todas aquellas cenizas y oro y plata derretido, y ponían a aquel bulto una máscara de turquesas y sus orejeras de oro y su tranzado de pluma, y un gran plumaje de muchas plumas verdes muy ricas, en la cabeza, y sus brazaletes de oro y sus collares de turquesas, y unas conchas del mar y una rodela de oro a las espaldas, y poníanle al lado sus arco y flechas y su cuero de tigre en la muñeca, y sus cotaras de cuero y cascabeles de oro en las piernas. Y hacían, al pie de cu de Curicaberí, al principio de las gradas, debajo, una sepultura de más de dos brazas y media en ancho, algo honda, y cercábanla de petates nuevos por dentro, y en el suelo, y ponían allí una cama de madera dentro, y tomaban aquellas cenizas, con aquel bulto así compuesto, un sacerdote de los que llevaban los dioses a cuestras, y poníansele a las espaldas, y así le llevaban a la sepultura donde, antes que le pusiesen, habían cercado aquel lugar de rodela de oro y plata, por de dentro, y a los rincones ponían muchas flechas, y ponían allí muchas

ollas y jarros y vino y comida y metían allí una tinaja, donde aquel sacerdote ponía aquel bulto, dentro de la tinaja, encima [de] la cama de madera, que mirase hacia adentro. Y ponían allí encima de la tinaja y cama muchas mantas, echaban allí pet[ac]as y muchos plumajes, con que él bailaba, y rodela de oro y placta y otras muchas cosas, y ponían unas vigas atravesadas encima de la sepultura y unas tablas y envarábanlo todo por encima. Y la otra gente que llevaban consigo, como los habían echado en sus sepulturas, echábanles tierra encima (*RM*, 2000, 626-628).

Vemos pues, en esta larga cita, que al cazonci lo incineraban dentro de un gran ritual y después juntaban sus cenizas, hacían un bulto mortuorio con ellas, lo adornaban y finalmente lo sepultaban al pie del templo de Curicaveri, dentro de una fosa hecha sobre la Gran Plataforma de Tzintzuntzan. También podemos apreciar que la gente que era sacrificada en estos actos fúnebres y que acompañarían al cazonci era enterrada más no cremada.

Rubín de la Borbolla en otro trabajo (1939) indica que la incineración fue común entre los tarascos y que esta práctica no estaba vinculada a algún estrato social determinado, ya que en Tzintzuntzan encontró una capa de huesos quemados que debieron corresponder al osario común del lugar.

Sin embargo, él mismo dice en ese artículo que el material óseo obtenido por Alfonso Caso en sus excavaciones de Zacapu muestra las formas de enterramiento que los tarascos practicaron. Así, encuentra entierros primarios en fosas rudimentarias excavadas en la tierra, entierros primarios múltiples, entierros secundarios múltiples, entierros fragmentarios y entierros primarios múltiples en ollas funerarias. Asimismo, indica que la costumbre de enterrar muertos en ollas funerarias es un rasgo común a varios grupos culturales de México; por su parte, la costumbre de enterrar muertos en tumbas es más bien rara en la zona tarasca.

Al efecto, Caso (1930) no menciona hallazgo alguno de entierro cremado ni en Potrero de la Isla, ni en el Potrero de la Aldea, ni en el Malpais, todos ellos sitios excavados en Zacapu. Esto nos puede llevar a dos consideraciones: que el rasgo mencionado por Rubín de la Borbolla no es tarasco o, bien que los sitios excavados por Caso no son tarascos y por tanto no correspondería buscar la cremación posterior al enterramiento en ellos. Añadiremos además que la práctica de la cremación antes del enterramiento es más común en muchas culturas de América, que no lo contrario.

Así, sobre otro de los sitios que han sido excavados en la región de la ciénega de Zacapu, Loma Alta, fue encontrado un importante complejo funerario, en las que se localizaron enterramientos primarios y secundarios así como gran cantidad de urnas con restos de incineración, cuyo análisis reveló que contenían huesos humanos y de animales (Pereira, 1996). Sin embargo, este asentamiento ha sido fechado entre los años 100 a.C. y 500 d. C., es decir, no es tarasco.

Por su parte, Arturo Romano (1974) indica que en diversos sitios de Michoacán la posición más común de los enterramientos es la sedente flexionada. En tanto que en Cojumatlán, Zacapu, Jacona, Apatzingán, Zinapécuaro y Tzintzuntzan se han localizado enterramientos directos individuales, así como enterramientos directos múltiples, además de indirectos en tumbas, fosas, ollas y en yácatas. Por otro lado, continúa diciendo, se han registrado algunos casos de incineración.

En su trabajo sobre la muerte en el occidente de México, Cabrero (1995) apunta que entre los pueblos que practicaron la cremación está el que hizo de Chupicuaro su lugar de enterramiento, es decir, estamos hablando de un grupo del Preclásico. Y aunque en Tzintzuntzan la cremación de los muertos es un hecho sistemático, la posición predominante de los enterramientos es la dorsal extendido –no cremado-, para los años 1200-1400 d.C.

En sitios más claramente asociados a los tarascos, aunque no necesaria ni estrictamente tarascos, se han encontrado algunos entierros en formas variadas junto a material cerámico tarasco, excepto cremados. Así, se registra esta asociación en la zona del la Presa del Infiernillo (Maldonado Cárdenas, 1980), en Urichu, en la cuenca de Pátzcuaro (Pollard, 1996), el sitio Lagunillas, cercano a Uruapan (Pulido, Cabrera y Grave, 1997) y en Santo Domingo (Pulido, 2000).

En suma, estos datos que presentamos sobre los tipos de enterramiento que se han identificado en el territorio de Michoacán, no coinciden con la idea de que la cremación posterior al enterramiento era una de las características culturales de los tarascos. Así, entre los entierros vemos formas muy diversas como las anotan Rubín de la Borbolla y Romano, pero son incomparablemente menores las menciones a los entierros incinerados, y en el caso en que hay un mayor número de los mismos, estos corresponden a una época lejanamente anterior a los tarascos. Por otro lado, si bien entre éstos existe la práctica de incinerar a los muertos, antes de enterrarlos, también existen otras formas de inhumar los restos humanos, por lo que consideramos que este elemento es uno de los menos útiles para identificar a los tarascos.

Hasta aquí hemos visto seis rasgos que, según nuestro criterio, no son realmente significativos para distinguir a los tarascos de otros grupos prehispánicos, ya sea que fuesen contemporáneos o no a ellos. En ocasiones son datos que aunque presentes, se refieren a características que pueden ser compartidas con otros grupos; a veces, se trata de rasgos no del todo definidos y que, por lo mismo, su tratamiento como elemento identificador resulta arduo; en otros casos son pocos los datos con los que se cuenta como para que puedan definir una característica cultural propia de un grupo humano.

En otras palabras, los rasgos culturales hasta aquí analizados, representan más bien algunos de los aspectos que compartieron diversos grupos de Mesoamérica e, inclusive, de América en su conjunto. Así, estaríamos presenciando en los

tarascos un grupo absolutamente mesoamericano y no un grupo marginal como habían sido interpretados los habitantes del occidente de México. No obstante, en el esfuerzo de identificar a los tarascos, diferenciándolos de los otros grupos mesoamericanos, dichos rasgos son poco significativos.

A continuación veremos los que pueden brindarnos una mejor expectativa para definir a los tarascos y, profundizando en ellos, observaremos que nos llevan a inferir diferencias al interior del mismo grupo; tales son la cerámica y las manifestaciones arquitectónicas.

### **Las características arqueológicas de los tarascos y de los tarascos-uacúsechas.**

#### *La cerámica de los tarascos como grupo étnico.*

Uno de los principios básicos de la arqueología es el que indica que toda actividad humana queda plasmada en el entorno geográfico que el hombre ha habitado en diferentes momentos; a estas huellas de las modificaciones que el hombre realizó, consciente o inconscientemente, los especialistas le llaman "registro arqueológico". Así, en términos generales, este registro reviste muy variadas formas y está constituido, entre otras cosas, por infinidad de artefactos producidos por el hombre, así como el medio en que se encuentran. El registro o contexto arqueológico, como también se le denomina, es pues el producto de la actividad del hombre en y sobre el medio que habitó.

En nuestro país, como en todos los demás, las modificaciones del paisaje producidas por el hombre no siempre son perceptibles; sin embargo, cuando sí lo son resultan en una gran fuente de conocimientos sobre el pasado prehispánico

de México. De tal manera, los arqueólogos estamos acostumbrados a trabajar y, por lo mismo, a buscar fragmentos de vasijas (o las vasijas mismas), residuos de viviendas (ya sean pisos, cimientos, u otras estructuras arquitectónicas más elaboradas), montañas con laderas modificadas en formas escalonadas, canalizaciones en el terreno, secuencias estratigráficas de suelos, y otros muchos rasgos que evidencian la actividad del hombre sobre su medio. Todo ello puede coincidir en un espacio determinado o sólo se podrían encontrar algunos de estos elementos, como más comúnmente ocurre.

La cerámica es uno de estos rasgos y casi todos los grupos mesoamericanos de todos los periodos la utilizaron y, entre ellos, los tarascos del Postclásico. Ella, por sí sola no nos dice nada, sin embargo, mediante su análisis y con las herramientas teóricas adecuadas se puede inferir de su estudio una serie de datos de inigualable riqueza atendiendo a las cualidades materiales de la propia cerámica que la hacen un elemento insustituible en la investigación arqueológica.

Aunque hemos tratado en las páginas anteriores algunos aspectos de este material y su uso para caracterizar al grupo que aquí nos ocupa, abundaremos en las cualidades de los materiales cerámicos más comunes<sup>6</sup> y que, por tanto, como decíamos, son la base para la elaboración de hipótesis sobre los procesos históricos que los arqueólogos investigamos.

Como Noguera (1975: 9) expresa sobre la cerámica

este material no sufre cambios ni deformaciones ni se altera demasiado, por lo que se conserva intacto, y prácticamente en iguales condiciones que

<sup>6</sup> Los arqueólogos habitualmente llamamos "cerámica" a los objetos de arcilla cocida que fueron usados en la preparación, almacenamiento y consumo de alimentos así como funciones derivadas de esto. No se descarta desde luego el hecho de que existen figurillas elaboradas de este material, así como muchos otros artefactos gracias a las características plásticas y de resistencia del mismo (pipas, orejeras, pesos de red, tabiques y maquetas, entre una gran variedad); sin embargo estos objetos son tratados en los análisis cerámicos en otros rubros incluyéndoseles, generalmente, bajo el término "miscelánea".

cuando fue fabricado. Gracias a su calidad y dureza, soporta enterramientos de años y siglos, sin perder ninguna de sus cualidades

Aunque los años, el clima, las cualidades de los suelos y la actividad humana reciente inciden negativamente en la permanencia de este tipo de artefactos, de cualquier forma es una de las fuentes de datos máspreciadas en los estudios a que nos referimos.

Lo anterior deriva de que cada grupo social ha tenido una manera propia de hacer cerámica de acuerdo a sus necesidades, a sus posibilidades técnicas y a las concepciones que de su mundo genera. Así, si existen las ollas en diferentes sociedades, estas vasijas no tienen necesariamente que guardar las mismas formas ni proporciones, antes bien, generalmente difieren en estos factores y más aún en lo que se refiere a la decoración en la que cada pueblo, o incluso, cada fracción de un pueblo, plasma su propia idiosincrasia.

Por esta razón se considera que cada sociedad se identifica, a nivel de la cerámica, con un conjunto de formas y de tradiciones decorativas de las mismas que les son propios y que las intrusiones de formas y decoraciones no característicos de aquellas que los identifica, pueden provenir de alguna influencia, de un préstamo cultural, de alguna intrusión de otro grupo, etcétera; aunque también podrían corresponder a nuevos conceptos que se generan en la sociedad. Para averiguar a qué podrían responder casos similares, se deben considerar varios aspectos, entre los que se encuentran la cantidad, la posición en el contexto y la permanencia de los rasgos que hacen a un espécimen diferente; aunque aquí más bien se refiere a un grupo de ellos que comparten rasgos comunes y que reciben la denominación de tipo cerámico.

Por tanto, mediante el estudio de la cerámica podemos inferir procesos de estabilidad o estancamiento social, de transición o de cambio, procesos de convergencias culturales o de incidencias de unos grupos en otros. Por otra parte,

se puede calcular el dominio técnico de la alfarería que los grupos tenían para realizar esta actividad, así como definir los procesos de producción de la misma. Su distribución nos puede señalar, por otro lado, el uso social que la misma tenía, las costumbres que en torno a ella se desarrollaban, entre otras posibilidades. No obstante, hay que recalcar que todas estas ideas surgidas del análisis cerámico deben contrastarse con las que se originan en otras fases de la propia investigación arqueológica y, preferentemente, si para ello hay datos, con los que se registran en diferentes fuentes históricas, así como con los resultados de observaciones de tipo etnológico. Es en este nivel que los datos de la cerámica dejan de ser mero conjunto enumerativo y clasificatorio de atributos para convertirse en auxiliares de explicaciones de procesos sociales.

Una primera gran división que se hace en los análisis cerámicos es la identificación de los tiestos que tienen mayor inversión de trabajo y que se les cataloga generalmente como cerámica suntuaria<sup>7</sup>, ya que comúnmente es asociada a usos particulares, ya sea de carácter religioso o de manejo exclusivo de gente de alto nivel social, por lo cual se espera siempre que esté presente en menor cantidad en el registro arqueológico y que esté ubicada en lugares menos frecuentes y menos frecuentados.

En contraposición está la cerámica doméstica o de uso diario y generalizado, que se asocia con la preparación, consumo y almacenamiento de alimentos, y que se encuentra, por lo general, en la mayor parte de los asentamientos arqueológicos. Esta cerámica es usualmente menos elaborada que la suntuaria y de acceso común para la mayor parte de los integrantes de una sociedad, incluidos los altos niveles sociales.

---

<sup>7</sup> El término suntuario, tal cual, está relacionado con un cierto nivel de lujo y es usado para distinguir la cerámica "lujosa" o, en todo caso, mejor realizada, de aquella burda o sencilla.

Los tarascos, como decíamos, usaban un gran número de vajillas cerámicas, que los arqueólogos hemos dividido en varios tipos cerámicos<sup>8</sup>, que los distinguían de otros pueblos contemporáneos. No obstante, poco se sabe de la cerámica doméstica, y se pretende un mayor conocimiento de la cerámica suntuaria, incluso es ésta la que se ha utilizado, en cierta medida, para identificar a los tarascos arqueológicos.

La insuficiente comprensión de la cerámica doméstica de los tarascos puede deberse a varios factores. En principio a una indiscutible escasez de cerámica en la superficie de los sitios arqueológicos de las tierras altas de Michoacán, que impide la profundización en los análisis debido a las pocas muestras que se pueden obtener; esto mismo ocurre, aunque en menor medida con la presencia de tuestos en el resto del suelo de los asentamientos arqueológicos (Cfr. Rubín de la Borbolla, 1939; Moedano, 1941; Castro Leal, 1986, Cabrera, 1986).

De tal forma que los primeros estudios cerámicos en la región no separaron los materiales de uno y otro grupo, sino que sólo se dedicaron a hacer una clasificación de los mismos de acuerdo a diferentes criterios como color y textura de las pasta, o el acabado de la superficie. Así, por ejemplo, Rubín de la Borbolla (*op. cit.*) hizo una clasificación provisional de la cerámica que obtuvo en la temporada II de Tzintzuntzan, llevada a cabo hacia 1937-38, y la dividió en once tipos: a) Café amarillento de textura fina, sin arena; b) Amarillo fino, textura fina, sin arena; c) Rojo ladrillo, textura sedimentaria, sin arena; d) Café amarillo, algo arenoso; e) Café amarillo, arenoso; f) Rojo ladrillo, textura fina; g) Café con arena de cuarzo blanco; h) Café con cuarzo blanco y arena negra con lava; i) Café arenoso blanco con cuarzo; j) Negro arenoso; y k) Gris con arena negra de lava.

---

<sup>8</sup> Generalmente se define "tipo cerámico" a las vasijas que presentan un mismo conjunto de atributos que las caracterizan, entre los que se encuentran las cualidades de la materia prima (la textura de la pasta, su grosor, su forma de cocción, entre otros), el acabado de la superficie (burdo, pulimentado, bruñido, etcétera), la decoración (el esgrafiado o el inciso, la pintura, los colores, sus diseños y motivos, en fin), la forma genérica de las vasijas (su cuerpo, su borde, sus labios, sus soportes, entre otros).

Menciona el autor que no pudo hacer una clasificación por formas, aunque en general, hay tres tipos distintos: a) ollas globulares con borde volteado, de barro café de textura sedimentaria, con superficie lisa o con *slip*, sin pintura; b) Vasijas de borde derecho sin pintura, del tipo ladrillo arenoso; y c) Cajetes de borde derecho, patas cónicas, con o sin decoración negativa, de tipo sedimentario fino.

Por su parte, Hugo Moedano (*op. cit.*), trabajó los materiales de Tzintzuntzan de la tercera temporada, que le permitieron tan sólo una clasificación preliminar. Los dividió en varios grupos de acuerdo con su textura, la presencia o no de pintura, así como otras características: a) Barro ocre (con dos variantes); b) Barro café (con tres variedades); c) Rojo (con tonalidades que van del rojo indio al naranja); d) Pintada a dos colores (blanco sobre rojo); e) Rojo blanco (con separación clara de los colores); f) Rojo sobre blanco; g) Rojo y blanco sobre el color natural del barro; h) Rojo y blanco sobre un *slip* rojo pálido; i) Blanco escaso; j) Policromo (rojo, blanco y negro), en el cual el dibujo alcanzó su más alto desarrollo, con motivos zoomorfos, insectos con exageradas antenas, estrellas y animales mitológicos no identificados; k) Al fresco, con predominancia del color blanco, muy deleznable y huidizo; y l) Cerámica alada de barro toscó.

Las formas que el autor identificó son variadas, hay ollas ovoidales de cuellos volteados y diversos perfiles, con fondo profundo; ollas grandes de cuellos pequeños, esféricas y con silueta compuesta; cajetes rectos, de bordes volteados o sencillos; cajetes hondos de paredes divergentes y bordes sencillos; cajetes pequeños de paredes convexas; cazuelas o cajetes grandes; pequeños cajetes tripodes; patojos; discos hechos sobre tepalcates; canicas; figurillas y pipas.

En su compendio sobre la cerámica arqueológica de Mesoamérica, Eduardo Noguera (1975) indica que la cerámica de la zona lacustre de Pátzcuaro se puede dividir en tres grupos: a) la que presenta decoración en rojo sobre fondo blanco; b) la que presenta decoración blanca sobre fondo rojo y que, además, presenta decoración al negativo muchas veces; y c) la que tiene decoración en policromía

(rojo, negro y anaranjado). El primero de estos es el menos numeroso, en tanto que el segundo se presenta en mayor cantidad y tiene mayor variabilidad de ornamentación; el último tiene los diseños de ornato en los colores señalados sobre el anaranjado del barro. Es característico de Tzintzuntzan el hallazgo de vasijas miniatura trípodes que se utilizaban para sostener el huso. Y aunque se encuentran gran cantidad de figurillas con representaciones humanas, todas ellas corresponden a momentos recientes, probablemente del contacto con los españoles, ya que manifiestan tipos europeos.

No es sino hasta 1977, en una publicación de Helen Pollard, que comienza a hablarse en la literatura arqueológica sobre Michoacán de la correspondencia de los tipos cerámicos con los diferentes niveles sociales. En ella, al intentar analizar la conformación y distribución del uso del suelo en Tzintzuntzan, por medio del análisis de los materiales arqueológicos localizados en superficie, entre ellos, desde luego, la cerámica, detectó cuatro zonas residenciales que interpreta apoyándose en las ilustraciones de la *Relación de Michoacán*.

Así, en la zona i localizó material cerámico burdo, con formas de jarras y cajetes, que en general son monocromos o bicromos, y con pocos motivos decorativos, así como formas simples de pipas. Estos elementos los encuentra ilustrados en la lámina que en la *Relación de Michoacán* se llama "*De la manera en que se casaba la gente baja*" (figura 17), que muestra ollas de labios evertidos y paredes convexas, pero no presenta formas elaboradas. De tal manera que clasificó las áreas donde encuentra tal cerámica, asociada a otros elementos, como zonas de residencia de gente de bajo *status* social.

La zona ii, en la que localizó los mismos elementos que en la anterior pero además, encuentra, en cuanto a la cerámica, formas inusuales de vasijas con baños rosas, blancos o grises, decorados en policromía y con motivos también inusuales. Catalogó a ésta como el área de residencia del cazonci y su familia, ya que estos materiales están ilustrados en la lámina del capítulo que el propio código



Figura 17.  
Lámina XXXVIII de la *Relación de Michoacán*: "De la manera que se casaba la gente baja". (RM, 2000)



Figura 18.  
Lámina XXXVII de la *Relación de Michoacán*: "De la manera que se casaban los señores". (RM, 2000)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

llama "*De la manera que se casaban los señores*" (figura 18). Adicionalmente a estas cerámicas, que se ubican cerca de las yácatas del sitio y su distribución es restringida, encontró fragmentos de orejeras y bezotes, elementos asociables a altos niveles sociales, así como pipas y fragmentos de artefactos de obsidiana verde y roja<sup>9</sup>.

Una tercera zona que contiene algunos de los elementos, pero no todos, de la cerámica que se encuentra en la zona ii es reputada como de residencia del brazo de menor *status* de la clase alta. En ella se encontró, por ejemplo, poca o nula presencia de formas miniaturas, en tanto que los artefactos de obsidiana roja o verde son raros o están ausentes.

La última zona corresponde a un probable barrio de gente de origen étnico diferente, ya que fueron localizados tiestos de cerámica del tipo Querenda Ware, que ha sido encontrada en algunos puntos fronterizos del territorio tarasco, como son Taximaroa (Cd. Hidalgo), Zitácuaro -ambos en Michoacán- y Cerro del Chivo, en las proximidades de Acámbaro.

Por su parte Marcia Castro Leal (*op. cit.*) analizó los restos cerámicos obtenidos de las excavaciones de la VIII temporada en Tzintzuntzan y los clasificó en dos grandes grupos: cerámica doméstica y cerámica suntuaria. La primera se integra únicamente por dos tipos: a) Burdo con engobe, sin pulir, de color naranja y con formas de ollas y cajetes; b) Doméstico con engobe pulido, de color café a rojo, y cuyas formas características son las de ollas. Indica además que este último es de aparición temprana en el occidente de México y perdura hasta la llegada de los españoles.

---

<sup>9</sup> Debemos aclarar que la obsidiana más común en la zona central de Michoacán es la gris, cuyos yacimientos más cercanos se encuentran en el propio Eje Neovolcánico Transverso, tanto en las localidades de Zinapécuaro-Ucareo como en Zináparo-Cerro Prieto. La obsidiana verde debió ser importada ya sea de la región de Magdalena-Tequila, Jalisco, o de la Sierra de las Navajas, en Hidalgo; en tanto que la obsidiana roja, que es de las menos comunes, pudo provenir también de

La cerámica suntuaria, por su parte, fue dividida en los grupos siguientes, haciendo la aclaración que de sus notas tomamos algunos señalamientos que nos parece interesante rescatar en este trabajo y considerando, además, que todos los tipos se hallaron en Tzintzuntzan: a) Negro pulido, que ha sido localizado en otros lugares de Michocán (Zacapu y Zamora), así como varios puntos del estado de Guerrero; b) Rojo pulido, que se presenta también en Chupicuaro, Zamora, el Alto Lerma, Colima y en la cuenca del Río Tepalcatepec; c) Rojo pulido con decoración al negativo, con escasa presencia; d) Rojo sobre anaranjado, que muestra pintura al negativo; e) Blanco sobre café; f) Blanco sobre rojo, de reducida distribución en el occidente de México (Guerrero, Michoacán, Zacatecas, Durango, Nayarit y Jalisco), es asociada por Lister al "imperio tarasco"; g) Rojo sobre blanco, que se localiza en varias partes de Michoacán y del estado de México, aunque en Tzintzuntzan no es abundante; h) Blanco sobre rojo sobre café, también se localiza en Apatzingan (Liano policromo) y en el área del Tepalcatepec con fechas tardías, así como en Tamazula-Zapollán-Tuxpan (Autlán policromo), e; i) Policromo, con decoración al negativo, aparece desde épocas tempranas en el occidente (Chupicuaro) y aunque no se encuentra en el periodo Clásico, se presenta nuevamente desde el año 800 d.C. en las tierras altas de Michoacán; de él se derivaría el policromo tarasco, según Lister, y podría verse en toda la extensión del territorio tarasco (Catro Leal, *op. cit.*).

Por otro lado, Rubén Cabrera (1996) expone los resultados de los análisis que se hicieron sobre la cerámica de la temporada X de Tzintzuntzan, llevada a cabo entre 1977 y 1978, en la yácata 3 del sitio. Divide primero al material en tres grupos: cerámica suntuaria o funeraria, doméstica o burda y de importación o foránea, y luego los agrupa en cuatro familias (cerámicas negras, cerámicas rojas, cerámicas cafés y cerámicas naranjas), con varios grupos y tipos cada una de ellas. Profundiza su análisis sobre los materiales cerámicos suntuarios de los cuales hace estudios petrográficos y, aunque indica que es un estudio preliminar,

---

los yacimientos de Magdalena-Tequila. En todo caso, estas últimas debieron ser de difícil y controlada adquisición dentro del territorio del estado tarasco.

podemos decir que la materia prima con la que éstos fueron elaborados procede de algún lugar de la Meseta Tarasca o, con más precisión, de las cercanías de Pátzcuaro.

Como puede observarse, es común que cada investigador lleve a cabo su propia clasificación cerámica y le dé nombres característicos particulares a cada tipo cerámico. Esto genera, en principio, una enorme lista de tipos que difícilmente se conjugarían para realizar un trabajo de comparación; éste tendría que hacerse con la interminable y tediosa lista de atributos de cada tipo cerámico. Sin embargo, esto no es garantía de un acercamiento más objetivo ya que el criterio y las capacidades físicas de los investigadores intervienen en el análisis de innegable manera. Por ejemplo, el tamaño del grano con el que está hecha la pasta de algún tipo puede variar de acuerdo con la observación y los rangos que el investigador determine y así podría diferir entre fino, medio o grueso; esto mismo sucede con los colores, cuya definición está condicionada a la interpretación cromática del investigador, incluso cuando hay tabla Munsel de colores de suelos<sup>10</sup> de por medio. Esta situación se antoja menos problemática en tanto se estandaricen los estudios cerámicos mediante el empleo consuetudinario de técnicas de medición, las cuales hacen más costosos los estudios, desde luego.

Volviendo a los análisis antes mencionados, observamos que a pesar que los últimos investigadores citados, hacen la separación de los materiales domésticos de los suntuarios, los trabajos más detallados se exponen sobre estos últimos. Esto se debe, en gran medida, a que se han encontrado pocas diferencias entre los tiestos domésticos de una y otra época, de una y otra región de Michoacán. Así, como vimos, hay tiestos que se comienzan a usar desde etapas tempranas del poblamiento del occidente y se los encuentra todavía hasta el momento de la llegada de los españoles. Incluso, muchas de las tradiciones cerámicas actuales

---

<sup>10</sup> La tabla o carta de colores Munsel, es una guía de colores con los que se puede contrastar la cerámica dado que se trata de los rangos cromáticos más comunes de los suelos del planeta y en tanto que la cerámica procede de materiales minerales (así la pasta como los colores), la carta se convierte en un necesario auxiliar en su análisis.

de los diferentes pueblos alfareros de Michoacán, datan de hace muchos años y no es improbable que sus orígenes sean prehispánicos.

En la actualidad hay en el estado de Michoacán, particularmente en la llamada Meseta tarasca -parte de la Sierra del Centro-, una gran cantidad de pueblos que se dedican a la elaboración de vasijas y objetos de arcilla, como industrias locales; en todos estos productos se pueden apreciar colores similares en las pastas ya que los diferentes bancos de materiales arcillosos corresponden a una misma zona geofísica y a un tiempo geológico similar. Así, si no fuese por los acabados de cada tipo cerámico actual, y a veces por las formas, difícilmente podríamos decir que tal o cual material proviene de un pueblo en particular.

Esto mismo sucede con los materiales prehispánicos que no podemos definir más que como domésticos; tan sólo atinamos a determinar algunos cuantos atributos como el color de la pasta, su grosor, los desgrasantes usados, el acabado que muestran en la superficie, si tienen o no un baño final (engobe o *slip*), así como su forma. De tal manera, es sintomático que tales tipos queden englobados en grandes apartados como "vajillas", "grupos" o "familias". Sin embargo, hay una estrecha correlación entre estos materiales domésticos, sus acabados y ciertas formas que, según se estima, corresponden a eventos diarios de preparación y almacenamiento de alimentos como lo hemos señalado, es decir, lo cotidianamente hecho en el ámbito doméstico.

Así, contamos un total de dieciséis láminas en la *Relación de Michoacán* con claras imágenes de cerámica, la mayor parte de ellas muestran vasijas de uso diario y común, de tal manera encontramos ollas de diferentes tamaños y formas, platos, vasos, sahumadores, una especie de patojo y probables cuencos. Entre los usos que se les dan a éstas están las mencionadas de preparación y contención de alimentos y se las ve asociadas a actividades que realizan tanto gente común como los grupos de estratos superiores. Así, las encontramos dibujadas en las

láminas VI, XIII, XVI, XVIII, XX, XXI, XXIV, XXVIII, XXXI, XXXIV, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XLI, XLII y XLIV.

Sus formas y los tipos concordarían con lo que Pollard (1977) plantea acerca de la distribución de la cerámica doméstica en Tzintzuntzan, que la encuentra diseminada por todo el asentamiento, incluyendo los diferentes conjuntos residenciales, sean que hayan correspondido a la gente baja o a los señores y principales. Esto significa que en cualquier lugar de Tzintzuntzan se manipulaban alimentos, ya sea preparándolos, almacenándolos o consumiéndolos.

En el Museo Michoacano se resguardan dos vasijas obtenidas de la quinta temporada de excavaciones en este lugar. Se trata de una olla globular y de un cajete; ambos son monocromos (rojo y café, respectivamente) y sus acabados de superficie son muy diferentes a las vasijas policromas o monocromas pulidas o bruñidas. En estos ejemplos la superficie es alisada y su elaboración, en comparación con las otras, es un tanto burda. Nos inclinamos a pensar que pueden ser parte del ajuar de uso diario, una muestra de la cerámica tarasca doméstica, aunque, evidentemente, demasiado escasa (figuras 19 y 20).

Por otro lado, los tipos suntuarios presentan también algunas formas coincidentes con los tipos anteriores, pero tienen diferencias con ellos que a todas luces los distinguen. En general las pastas son más delgadas, sus acabados más finos, sus diseños más elaborados y, en muchas ocasiones se muestran decorados. No siempre tienen una función ritual; muchas de las veces son de carácter utilitario, pero su elaboración y la inversión de tiempo que se requirió para hacerlos, nos lleva a considerar que son cerámicas de uso especial, ya sea en el entorno doméstico o en otros ambientes. Aunque estos tipos no necesariamente lo tienen todos los integrantes de un mismo conjunto social, antes bien, su presencia es restringida.



Figura 19.  
Olla de tipo doméstico.  
Localizada en Tzintzuntzan.  
Museo Michoacano.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Figura 20.  
Detalle de la Lámina XXXVIII de la *Relación de Michoacán*.  
Nótese la semejanza con la vasija de la figura anterior. (RM,  
2000)

Como se vio arriba, en el contexto arqueológico del territorio tarasco casi nunca se encuentran los mismos tipos cerámicos, ni sus cantidades son similares en las diversas localidades. El examen de la cantidad y calidad, de la presencia y ausencia de tales elementos nos llevan a distinguir los niveles sociales de los integrantes de los asentamientos, mediante la inferencia y conjuntamente con otros indicadores arqueológicos, como su localización, su asociación a enterramientos o a estructuras. Para lo anterior nos basamos en aquellos elementos cerámicos que nos pueden revelar mayor información que la que nos da el material doméstico, de aquí que los análisis se hagan más minuciosos sobre estos tiestos.

Desafortunadamente para la región de Michoacán de nuestro estudio hay pocos materiales cerámicos que se puedan anclar en sus contextos sociales. Con el auxilio de las láminas de la *Relación de Michoacán* consideramos que podemos diferenciar los materiales. Hay que decir que sobre este punto y con idéntica estrategia se cuentan los trabajos de Castro Leal (1986) y Pollard (*op. cit.*), aunque nosotros trataremos de profundizar en ello de acuerdo con los objetivos de este trabajo.

#### *La cerámica de los tarascos-uacúsecha.*

Dos son las láminas de la *Relación de Michoacán* que vinculan directamente cierto tipo de cerámica con los integrantes de alto *status* social. No son los únicos dibujos de vasijas cerámicas, como vimos, pero estas representaciones gráficas pueden ser clave para entender el papel de los objetos de barro en la sociedad tarasca. Se trata de las láminas numeradas como XXXVII y XLIIV que ilustran los capítulos que se refieren a “*De la manera en que se casaban los señores*” y “*De cuando los españoles llegaron a Michoacán*”.

En el primero de estos casos se observa el ajuar con que se dota al matrimonio recién celebrado entre un par de integrantes de los altos estratos sociales. Se ven dos pilas de platos, un conjunto de ollas sencillas y, separadas de estos elementos, un conjunto de vasijas que denotan la forma de ollas con asa de estribo y vertedera tubular, semejantes a las que se han definido en términos generales como cerámica policroma tarasca (figura 21).

En la segunda de estas láminas observamos a varios cargadores que salen de los aposentos del cazonci llevando en sus espaldas un conjunto de objetos que probablemente pertenecen al gobernante; para nuestro propósito deseamos destacar el que porta una carga de ollas semejantes a las anteriormente mencionadas. Estas vasijas no aparecen en ninguna otra parte del documento (figura 22).

Así, en el registro arqueológico, como ya vimos, Pollard encontró fragmentos de estas vasijas asociadas a lo que interpretó como los lugares de residencia del más alto nivel social, es decir, al cazonci y su familia ya que, además, contaba con otros materiales suntuarios cuyo origen no es el territorio tarasco. En términos arqueológicos estas vasijas son policromas, bicromas o monocromas bruñidas en rojo y en negro y, en todos los casos, muestran una técnica de manufactura muy elaborada con un alto grado de dominio sobre la misma y de una fineza notable, sobre todo en el acabado. Están decoradas con pintura roja, negra, naranja, blanca, café y crema; sin embargo, una de sus características más sobresalientes es el uso de la pintura al negativo (figura 23).

Los motivos decorativos son muy variados y muchas veces incomprensibles a nuestro entender. No obstante, podemos distinguir rombos, cruces, triángulos, líneas onduladas o quebradas, círculos concéntricos, espirales, dobles espirales, series de puntos alineados y de rayas paralelas, grecas, algunas representaciones de animales, entre otros más. Destaca un motivo más o menos recurrente: la



Figura 21.  
Detalle de la Lámina XXXVII  
de la *Relación de Michoacán*.  
Obsérvense los tipos de  
vasijas, especialmente los de  
la élite, a la izquierda.  
(RM, 2000)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 22.  
Detalle de la Lámina XLIV  
de la *Relación de  
Michoacán*. Cargador que  
sale de la casa del cazonci.  
Véanse las vasijas de élite  
que porta.  
(RM, 2000)



representación de un personaje con las piernas y brazos doblados y aspados semejando una rana (figura 24).

Las formas características de este tipo de vasijas también son muy variadas y muchas de ellas de muy particular estilo. Así, tenemos desde cajetes sencillos y trípodes, hasta ollas con asas de canasta o de estribo, con vertederas de tubo y boca relativamente pequeña, ollas de cuerpos ovoidales aplanados con largo cuello y boca estrecha y vertedera tubular, ollas de cuerpos extraños, por ejemplo, con picos, o dobles cavidades simétricas, ollas con cuerpos que asemejan cantimploras, vasijas de cuerpos zoomorfos -particularmente aves-, etcétera. Entre los elementos que se repiten con frecuencia se encuentran las bocas estrechas y las vertederas tubulares, así como los desmesurados soportes de los cajetes que, en general, son huecos, cilíndricos, campaniformes o "patas de araña"; muchas ocasiones el propio recipiente de los cajetes es más pequeño que el conjunto de los soportes (figura 25). Algunas de estas formas, así como la decoración, se repiten en las vasijas miniaturas con que cuentan los diferentes acervos arqueológicos<sup>11</sup>.

En contextos arqueológicos este tipo de vasijas aparecen asociados a zonas de culto, por una parte, y a enterramientos, por la otra, aunque en ocasiones estas pueden conjugarse. Cronológicamente se sitúan hacia el periodo Postclásico tardío, es decir 1350-1525 d.C. (Pollard, 1996: 134), lo cual pudiera significar que aparecen antes de la expansión del estado tarasco, que comienza hacia mediados del siglo XV (Pollard, 1993), pero su ulterior asociación con las yácatas, como veremos adelante, hace que las situemos más bien hacia los años finales de ese periodo.

---

<sup>11</sup> Es común observar similitudes entre algunas de estas vasijas y las que caracterizan a otras culturas más o menos lejanas y anteriores a los tarascos; nos referimos, sobre todo, a las localizadas en Perú y Bolivia, representadas por los estilos Chavín, Cupisnique, Paracas, Salinar y Moche, que han sido ubicadas entre los años 900 a.C. y 600 d.C. (Willey, 1971). No obstante, seguimos considerando que, aun cuando es una línea de investigación que no debe descartarse,

Figura 23.  
Olla policroma tarasco-uacúsecha.  
Museo Nacional de Antropología.



Figura 24.  
Cajete trípode policromo tarasco-  
uacúsecha. Obsérvese el motivo de  
hombre-rana. Procede de  
Tzintzuntzan. Museo Michoacano.



Figura 25.  
Cajete trípode  
policromo tarasco-  
uacúsecha. Museo  
Nacional de  
Antropología.



TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Este material arqueológico se encuentra disperso en una amplia zona de Michoacán, aunque con relativa escasez numérica, pero su posición particular dentro de los sitios y sus nexos con materiales de otros tipos, nos ayudan a señalarlo como uno de los rasgos de los sectores dirigentes de la sociedad tarasca. Como a continuación tratamos de evidenciar.

En la tercera temporada de excavaciones de Tzintzuntzan, Rubín de la Borbolla (1941) localizó una ofrenda que consistía, entre otros objetos, de dos vasijas del estilo que aquí estamos tratando, según la descripción del autor; debemos mencionar que, al parecer, esta ofrenda se hizo a la construcción misma de la yácata 5, ya que no se asoció a esqueleto alguno sino sólo al edificio.

Él mismo anota adelante que esta ofrenda corresponde a la última época constructiva de Tzintzuntzan; hecho que comprueba por la presencia de otros fragmentos idénticos en la superficie (aunque en reducido número, por lo cual no debe ser el único tipo cerámico de tal época), y por la colocación de la ofrenda al pie de la escalera de la última época de la yácata mencionada. Indica, además, que estas piezas "corresponden a un estilo desconocido en las cerámicas del Valle de México y entre las llamadas 'tarascas' procedentes de Chupicuaro y otras regiones de Guanajuato y Michoacán" (*Ibid.*: 19-20).

Luego, el mismo Rubín de la Borbolla, al exponer algunos resultados de la V temporada de excavaciones en el mismo asentamiento, realizada entre 1943 y 1944, menciona que encontró dos enterramientos hacia la unión de los cuerpos rectangular y circular de la misma yácata 5. Uno de ellos fue un entierro primario de nueve individuos de sexo masculino que no presentó vasijas cerámicas aunque sí pipas, orejeras y bezotes de obsidiana y numerosos objetos de metal (oro, plata y cobre). El otro enterramiento se trataba de una inhumación secundaria múltiple (cinco individuos, probablemente) de sexo femenino; que "se caracteriza por la

---

siguen siendo pocos los datos disponibles para proponer una relación más estrecha entre esta zona y la del interés de nuestro trabajo.

abundancia de cerámica policroma de la época más reciente de la cultura tarasca de la región del Lago de Pátzcuaro" (Rúbín de la Borbolla, 1944: 130).

De la décima temporada de excavaciones en Tzintzuntzan, llevada a cabo en los años 1977-78 se obtuvieron algunas piezas cerámicas procedentes de los costados de la sección circular de la yácata 3. Además de la clasificación que ya vimos, Rubén Cabrera (1996) muestra varias gráficas en las que se pueden observar vasijas con las caprichosas formas que los tarascos-uacúsecha acostumbraban, muchas de ellas bruñidas en monocromía (negro o rojo), así como de los tipos Rojo sobre rojo, Blanco sobre rojo, Rojo sobre blanco y Rojo policromo (rojo, blanco y negro). Son frecuentes las formas que presentan asas de estribo y vertederas tubulares en todos estos tipos (figuras 26 y 27).

Por otro lado, Pollard ha hecho excavaciones en el sitio de Urichu, en la ribera poniente del Lago de Pátzcuaro. Entre los datos de gran significancia en cuanto al desarrollo y evolución del estado tarasco encontró varias zonas de enterramiento de las que destaca el Area 1, de la cual recuperó 38 piezas que "...han permitido la definición de la cultura material de la élite de este centro administrativo cuando estuvo bajo el control del estado centralizado." (Pollard, 1996: 133).

En tanto, en el Area 5, en donde localizó una yácata como las dedicadas a Curicaueri, aunque de pequeñas dimensiones, encontró una tumba que fue utilizada en diferentes épocas, desde el periodo Clásico tardío hasta el Postclásico tardío, es decir, desde 500 hasta 1525 d.C. En los niveles estratigráficos superiores, localizó elementos cerámicos y líticos asociados "...con la élite de la religión estatal tarasca, como se conoció esta en la capital durante el periodo Protohistórico..." (Pollard, *op. cit.*: 134). Debajo de ellos aparecieron otros niveles estratigráficos que fueron fechados entre 500 y 1000 d.C. y que contenían objetos que "...han permitido la definición de la cultura material de la élite para los periodos Clásico y Epiclásico" (Pollard, *loc. cit.*). Así, concluye la autora que

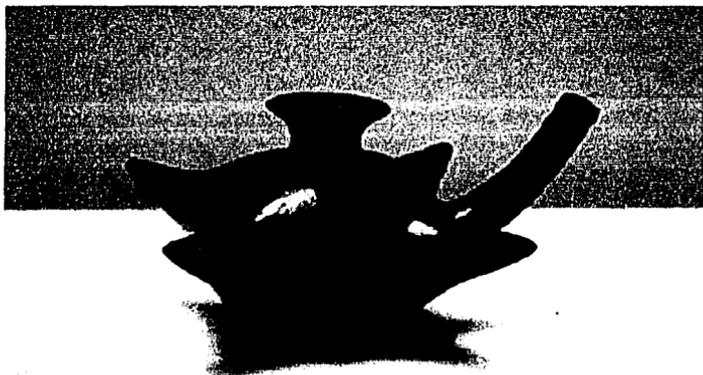


Figura 26.  
Vasija monócroma tarasco-uacúsecha. Procede de Tzintzuntzan.  
Museo Michoacano.



TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 27.  
Olla monócroma tarasco-uacúsecha,  
con asa de estribo y vertedera tubular.  
Procede de Tzintzuntzan. Museo  
Michoacano.

Los restos materiales indican tanto continuidad como cambio durante el surgimiento del Estado; los tipos cerámicos básicos, incluyendo dos lozas distintivas, se encuentran a lo largo de la secuencia. Sin embargo, los policromos complejos, frecuentemente en formas inusitadas, son bastante distintivos para el Clásico/Epiclásico y el periodo posterior al surgimiento del Estado; en ambos periodos aparecen principalmente en asociación élite/ritual. Lo anterior sugiere que la producción cerámica, que se cree fue primariamente local, no cambió fundamentalmente con la formación del estado. Sin embargo, toda una gama de ofrendas asociadas con miembros de la élite cambió considerablemente. (Pollard, *loc. cit.*)

Escuetos son los datos que se tienen sobre la cerámica localizada en el área de la Presa del Infiernillo; sin embargo, vemos en la publicación sobre la misma de Florencia Müller (1979) un dibujo de una vasija de forma similar a las encontradas en las tierras altas de Michoacán, es decir, una olla de cuerpo elíptico con cuello largo y estrecho, de boca angosta, asa puente y vertedera tubular. Desafortunadamente no se tienen los colores de la misma y el dibujo de los motivos decorativos es muy impreciso; no obstante, se indica que corresponde al periodo Postclásico tardío y que fue localizada en el sitio B-11.

De la misma investigación se encuentran otras tres piezas dibujadas en la publicación de Maldonado Cárdenas (1980) que son útiles en nuestro estudio. Se trata de un cajete procedente del sitio B-44 que acompañaba como ofrenda al entierro 37; otro cajete más, localizado en el mismo sitio, en la unidad I y marcado como elemento 2; y una olla elíptica como la descrita en el párrafo anterior pero que en lugar de asa "puente", parece que tenía asa de estribo, aunque ésta fue localizada en el sitio B-11 (figura 28).

Del primero, el autor indica que es un cajete trípode, de pasta fina, con soportes cilíndricos, huecos, de sonaja, con engobe uniforme en el interior y en el exterior. Presenta policromía en rojo, blanco y negro, con motivos decorativos geométricos

95-A

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

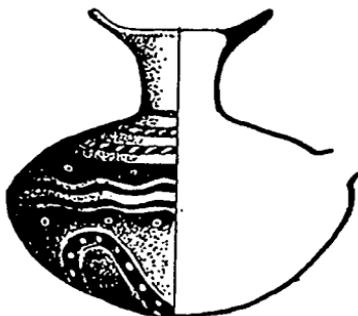
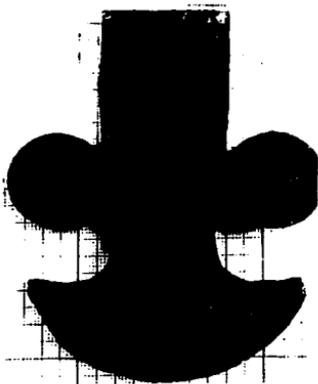


Figura 28.  
Olla de tipo policromo  
tarasco-uacúsecha.  
Localizada en el sitio B-  
11, en la región de El  
Infiernillo. (Tomada de  
Maldonado, 1980)

Figura 29.  
"Pinzas-depiladoras" de  
metal (cobre?). Proceden  
del sitio arqueológico de  
Huandacareo. (Tomado de  
Macias, 1990)



rectos y curvos, así como puntos. Es cerámica de la última época de Tzintzuntzan (Maldonado Cárdenas , *op. cit.*: 137). De las otras dos vasijas no encontramos más datos que los propios dibujos. De ellos podríamos decir que el segundo cajete también es trípode, de soportes cilíndricos y huecos y su decoración parece tarasca, aunque también podría corresponder a la que se usaba por el grupo cultural predominante en la Tierra Caliente de Michoacán (Grave y Pulido, 2000), así que no estamos en condiciones de decir si es o no tarasco. En tanto, la olla restante, tiene todo el aspecto de ser de uno de los tipos policromos tarascos.

La existencia de estos materiales cerámicos lleva a Maldonado Cárdenas a plantear que en los sitios B-11 y B-44 se tienen una presencia plena de los tarascos en algunos sitios de los márgenes de los ríos Balsas y Tepalcatepec (Maldonado Cárdenas, *op. cit.*).

En Copándaro, población situada en la ribera sur del Lago de Cuitzeo, se realizó un rescate en el que se hicieron varios pozos estratigráficos dado que se habían recuperado algunos fragmentos de cerámica en una zanja para introducir tubos de drenaje en el poblado. En el pozo 3 fue localizado un enterramiento primario con dos individuos, de los cuales uno presentó un bezote de obsidiana y oro en la mandíbula y unas pinzas de cobre. Tenía, asimismo, dos cajetes trípodes con soportes trapezoidales y otra vasija semiglobular con doble vertedera y asa puente, entre otros objetos. Estas vasijas estaban pintadas en rojo y negro sobre blanco, con pintura al negativo, la primera, y en blanco y rojo, la segunda (Macías y Cuevas, 1982). Estos materiales evidencian, de acuerdo con la ilustración que se encuentra en el informe referido, un absoluto estilo tarasco-uacúsecha. Su asociación con el individuo que porta el bezote, no deja lugar a dudas de que se trataba de un emisario del estado tarasco. Desafortunadamente, debido a la naturaleza del hallazgo y de los trabajos de recuperación, no se cuenta con mayores datos sobre la posición de los individuos dentro del contexto arqueológico del probable asentamiento prehispánico.

Elementos de inconfundible tipo policromo tarasco-uacúsecha, fueron encontrados también en Huandacareo, un sitio monumental hacia el noroeste del Lago de Cuitzeo. Así, Angelina Macías indica

“Entre los tipos y las formas cerámicas encontramos numerosos ejemplos de rasgos tarascos como los cajetes policromo con negativo, trípodes con enormes soportes trapezoidales sonaja, ollas globulares o de silueta compuesta, con asa de estribo y doble vertedera, cajetes miniatura y abundancia de pipas...” (Macías, 1989: 531).

Entre las ilustraciones que presenta se observan dos cajetes trípodes, como lo indica en el extracto que transcribimos y una olla elíptica con asa de estribo, boca sobre lo más alto de ésta, y vertedera tubular. Estas vasijas muestran los diseños decorativos que aquí estamos tratando. Sin embargo, la olla nos parece de mayor simpleza por lo que podría no ser propiamente tarasca, pudiendo ser una reproducción; no obstante, a juzgar por los materiales gráficos los cajetes son totalmente tarascos. No huelga señalar que, además, fueron localizados otros elementos asociables a los tarascos-uacúsecha como unas pinzas-depiladoras (figura 29) y una pipa de barro semejante a las que se han encontrado en Tzintzuntzan.

Es un dato de gran relevancia el que estos materiales hayan sido recuperados en contextos ceremoniales. De tal manera que la olla fue obtenida de un enterramiento secundario en la Plataforma 2. En tanto que uno de los cajetes fue recuperado de lo que la autora llama una tumba de tiro ubicada en la Plataforma este y que contenía dos enterramientos, uno primario y otro secundario, acompañados de 61 objetos entre los que se encontraba el señalado cajete (Macías, *op. cit.*).

Todavía es más clara la alusión a la existencia de artefactos de origen tarasco-uacúsecha en Huandacareo en el libro que sobre el sitio publicó la misma autora

en 1990. Allí se pueden ver además de los ya dichos, otras ollas con asa de estribo, con vertederas tubulares, con policromía o en un solo color pero con acabado bruñido; algunas formas raras como una olla con forma de cantimplora con hombros, también con asa de estribo y vertedera tubular en monocromo bruñido; ollas elípticas con cuerpo de silueta compuesta, asa de estribo, boca sobre ésta y vertederas tubulares; hay una olla semiglobular en la que no se aprecian ni vertederas ni asas, sin embargo parece que tiene un decorado como el que nos ocupa; asimismo, se presenta otros dos cajetes trípodes, con los soportes trapezoidales, uno de ellos los tiene con terminaciones con muescas, así como otro cajete miniatura trípode zoomorfo. A nuestro juicio, todas estas vasijas tienen un estilo tarasco-uacúsecha o, en todo caso, algunas tratan de copiarlo. Hay otras vasijas también de formas caprichosas pero con un estilo decorativo muy distante del tarasco.

No coincidimos con la autora en que el sitio sea tarasco (Macías, 1990; 1996), sin embargo, estamos de acuerdo con ella en que éstos coexistieron en el lugar con otros antiguos pobladores (Macías, 1989), a los cuales seguramente conquistaron, como lo indican la *Relación de Michoacán* y la *Relación Geográfica de Cuiseo de la Laguna*, dejando a un gobernador o cacique relacionado directamente con los tarascos-uacúsecha.

Por nuestra parte, en las cercanías de Uruapan, y más precisamente en las vecindades de Zirimicuaro, en el sitio que denominamos Lagunillas, localizamos un cajete trípode de manufactura tarasca-uacúsecha, que fue recuperado dentro de una olla funeraria que contenía los restos de un infante y que se ubicaba en un lugar principal del asentamiento: entre la yácata del lugar y una plataforma de escasa altura pero con un sistema constructivo que evidenciaba su función administrativa o habitacional de alto nivel social, ya que además, es probable que haya tenido una especie de pórtico o salas techadas, a juzgar por los arranques de columnas que fueron encontrados en la superficie de la estructura (Pulido, Cabrera y Grave, 1997).

La vasija muestra un acabado fino y decoración en policromía (rojo, blanco y negro) y en negativo (figura 30). Los diseños decorativos del interior del cajete están divididos en secciones y destaca un personaje estilizado y geométrico, semejante al que describe Rubín de la Borbolla, como vimos arriba.

La ubicación particular del enterramiento y su asociación con una vasija de estilo tarasco-uacúsecha indican que el personaje probablemente fue uno de los integrantes (un hijo, desde luego) de la clase dirigente del sitio, emparentado seguramente con la élite del poder del Irechecua Tzintzuntzan.

Asimismo, fue encontrado otro cajete trípode de aparente estilo tarasco, aunque de elaboración más burda. Éste fue localizado en uno de los cuerpos inferiores de la yácata, hacia la parte posterior del cuerpo rectangular y se interpretó como una ofrenda a la construcción del basamento. No obstante, de presentar rasgos decorativos tarascos-uacúsecha, es probable que, de acuerdo con la técnica de manufactura se trate sólo de una simulación del estilo oficial del estado tarasco (*Ibid.*).

En Santo Domingo, uno de los sitios más importantes de la Tierra Caliente de Michoacán, también encontramos otro cajete trípode de excelente manufactura y cuya apariencia remite de inmediato al tipo de cerámica de los tarascos-uacúsecha; es decir, se trata de un cajete de fino acabado, decorado en colores rojo, blanco y negro y con negativo (figura 31). Entre los diseños que presenta, que también se repiten en secciones, se encuentra el personaje estilizado del que ya hemos hablado. Aunque este motivo parece ser recurrente, no nos atrevemos a decir que tiene un significado propio ya que no tenemos datos que lo asocien a otros elementos para hacer una propuesta en este sentido. De cualquier manera, parece ser uno de los diseños propios de este tipo de vasijas.

Figura 30.  
Cajete trípode policromo  
tarasco-uacúsecha.  
Procede del sitio  
arqueológico Lagunillas,  
en la sierra del centro de  
Michoacán.

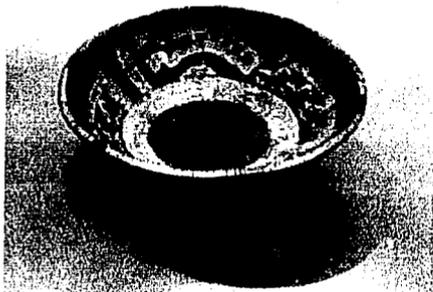


Figura 31.  
Cajete trípode policromo  
tarasco-uacúsecha. Procede del  
sitio arqueológico Santo  
Domingo, en la Tierra Caliente  
de Michoacán.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 32.  
Figurillas  
antropomorfas.  
Proceden del sitio  
arqueológico Santo  
Domingo.



Este cajete se encontró como ofrenda de un personaje adulto, probablemente femenino, que además tenía otros elementos que no eran estrictamente tarascos, o por lo menos no tarascos-uacúsecha; estos eran un par de ollas monocromas (una negra y otra café) de silueta mixta, dos cántaros de mediano tamaño en color rojo, tres figurillas planas, de un estilo muy particular (figura 32), así como unos cuantos malacates (Pulido, 2000). Estaba enterrado bajo los cimientos de una casa que se ubicaba en las cercanías de una serie de basamentos piramidales probablemente<sup>12</sup> y más cercano aún de un recinto para el juego de pelota. Es decir, la ofrenda y la ubicación nos sugieren que el individuo inhumado era de alto *status* social y, por el hallazgo del cajete, estrechamente relacionado con los tarascos-uacúsecha.

En síntesis, los datos que han sido expuestos nos llevan a considerar que la cerámica propia de los tarascos-uacúsecha es la que se muestra en las láminas XXXVII y XLIV de la *Relación de Michoacán* y que aparece, como vimos, en varios lugares que formaron parte del territorio tarasco. Arqueológicamente se distingue como una cerámica de fino acabado (pulido o bruñido) que puede ser monocroma, bicroma o policroma. Esta última se muestra preferentemente en colores rojo, blanco, negro, naranja, rosa y crema, y muy frecuentemente presenta decoración con la técnica al negativo. Estos colores y formas de decoración no solo se encuentran en las ollas o jarras con asa de estribo, de canasta y de puente y con vertederas tubulares, sino que se extiende a otras formas muy variadas, entre las cuales se encuentran los cajetes trípodes, que son más o menos comunes. No obstante, las formas, un tanto excéntricas entre las mesoamericanas, son también características y comunes en el ámbito geográfico del estado tarasco.

De la destreza técnica que acusa esta cerámica, observable en las formas y los acabados, inferimos un alto grado de dominio del proceso de producción de la misma. Su decoración (la pintura y los diseños) sugiere un conocimiento profundo

---

<sup>12</sup> Desafortunadamente los montículos se observaban como una gran pila amorfa de piedras basálticas sin acomodo alguno; no obstante, la cantidad y disposición de las mismas no dejaban dudas de que se trataba de los restos, muy alterados, de edificaciones de carácter ceremonial.

de esta fase y de su significación. Por tanto nos parece probable que esta cerámica haya sido elaborada por un grupo altamente especializado en su manufactura y, de acuerdo con su distribución, es posible también que ese grupo haya estado directamente controlado por el poder central.

Podemos tomar en este sentido, el hecho de que la arcilla con que fueron elaboradas las cerámicas localizadas en Tzintzuntzan por Cabrera, como se vio arriba, provengan de bancos de materiales localizados en la meseta tarasca; esto puede significar que la cerámica que identificaría a los tarascos-uacúsecha era hecha en las cercanías de la capital del estado, o en ella misma, con materias primas que tenían a su alcance y que pudieron estar bajo su control absoluto. De allí que los objetos cerámicos de la élite del poder guarden gran homogeneidad en las características de elaboración.

#### *La arquitectura tarasca y la arquitectura de los tarascos-uacúsecha.*

La segunda característica que puede ayudarnos a definir lo tarasco, por una parte, y lo tarasco-uacúsecha, por otra, es la arquitectura monumental, particularmente la que se refiere a los basamentos de los templos y de otras edificaciones de semejante envergadura ya que de la arquitectura doméstica contamos con muy escasas evidencias en lo que respecta a los altos niveles sociales y casi nula para los bajos estratos sociales. Analizaremos en seguida los datos que sobre este aspecto hemos localizado para llegar a nuestra propuesta sobre el tema.

La arquitectura doméstica de los tarascos.

En la *Relación de Michoacán* tenemos evidencias pictográficas del tipo de edificios que utilizaban los tarascos, tanto de basamentos como de construcciones domésticas. De estas últimas el documento presenta cierta diversidad en cuanto a

la forma, las hay desde construcciones sencillas hasta algunas relativamente más elaboradas.

Las casas sencillas, generalmente, son representadas sólo con paredes lisas con una puerta en medio y un techo de paja o zacate; éste varía en cuanto a la forma, aunque quizás estas diferencias se deban a la perspectiva con las que se les dibujo, así, hay techos cónicos sencillos, en forma de trapecios y campaniformes. A veces las puertas muestran jambas que recuerdan las columnas de madera labrada, como ahora se las usa en las características trojes de la región de la Meseta Tarasca. Estos tipos de construcciones se observan en varias láminas, por ejemplo, en las que ilustran los capítulos *"De la manera que se casaba la gente baja"* y *"Cómo destruían o combatían los pueblos"* (figura 33). Esta asociación con gente de bajo nivel social, con el grueso de la población nos lleva a considerarlas como la casa común.

En contraposición a ella también podemos ver en el mismo documento otra casa que se representa más compleja, aunque muchas veces se pinta de manera esquemática pues en diversas láminas se observan los sucesos que tienen lugar en su interior. Este tipo de construcción es como la que presenta la lámina XXVIII donde se ve, como en el caso anterior, un edificio de paredes lisas y sencillas, con la puerta en medio y un techo, probablemente de paja o zacate, de forma cónica, pero además, aquí se observa claramente una especie de dintel entre las paredes y el techo y, lo más significativo es que está unida a una prolongación a manera de porche, con una columna hacia el centro del mismo y otro lienzo de pared hacia el final, así como un techo del mismo material, en parte, y con otro elemento que no alcanzamos a definir sobre el exterior del caballete (figura 34).

Hay láminas que presentan variaciones a este tipo de edificación, así, vemos que el anexo es más sencillo, mostrándose sólo como un cobertizo con techo de paja, a veces presenta otros adornos muy colorido, pero casi siempre está asociado a un personaje que se representa sentado en un banco, como la lámina señalada



Figura 33.  
Representación de casas  
comunes en la Lámina  
XXXII de la *Relación de  
Michoacán*. (RM, 2000)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

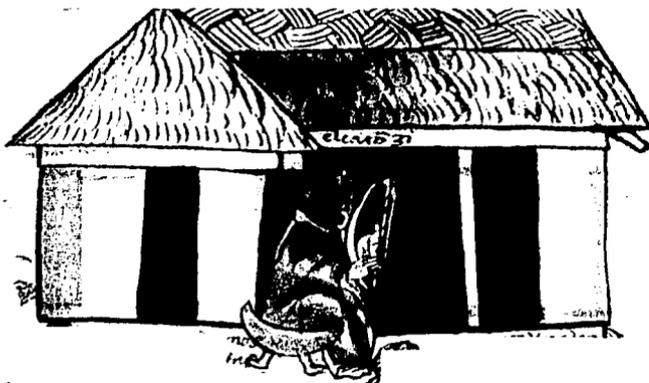


Figura 34.  
Dibujo de la casa del cazonci; obsérvese el agregado localizado a la  
derecha de la casa. Lámina XXVIII de la *Relación de Michoacán*. (RM,  
2000)

que se encuentra frente a ella, y que en este caso es el cazonci. De la misma manera se presenta a Tariácuri como a Caricaten, señor de Jarácuaro y enemigo de aquel, incluso a éste se le dibuja dentro del porche, como muchas otras representaciones del propio Tariácuri. Así pues, consideramos que este es el espacio doméstico<sup>13</sup> asociado a los gobernantes, pero también cumplía funciones administrativas ya que en varias pinturas se aprecia al gobernante conferenciando allí.

Hay otros edificios domésticos menos representados en las láminas, como son una troje de base cónica truncada e invertida, cuerpo cilíndrico y techo cónico de paja o zacate; así como un par de raras construcciones que parecen ser de paja de forma semiesférica y con puerta en forma de arco. Parecen más bien representaciones marginales.

Desafortunadamente en el registro arqueológico no se cuenta con construcciones de ninguno de los tipos señalados; tan sólo se pueden ver los cimientos de piedras de algunas casas y estos son de muy variada forma, aunque son pocos los datos que se tienen de ellos. En particular conocemos los que se han conservado en los sitios Tócuaro-Nocutzepo, Jujucato y Lagunillas, que describiremos con más detalle adelante; baste aquí indicar que había cimientos circulares y rectangulares, todos hechos de piedras basálticas sin cementante o con lodo como consolidante, que a veces tenían hasta 40 cm de altura, aunque por su ubicación, en las cercanías de las estructuras mayores de los sitios, debieron ser habitadas por gente de cierto status social.

Por otro lado, debemos señalar que no contamos con datos suficientes para definir la función de otras construcciones de supuesto carácter administrativo-ceremonial, a pesar de que han sido excavados. Nos referimos al Edificio B de Tzintzuntzan,

---

<sup>13</sup> La lámina IX, del capítulo "*Cómo Tariácuri sintió mucho cómo no le guardaba lealtad su mujer y cómo se casó con otra por consejo de una su lla*", nos da pie a suponer que además de administrativo este edificio tenía uso habitacional, ya que dentro de él se ve a la mujer de Tariácuri siéndole infiel con dos hombres de Yzilparámucu, pueblo enemigo de Tariácuri.

en el que hay varios cuartos alrededor de una especie de patio con cortos corredores, con desagüe y otros elementos arquitectónicos (figura 35), por una parte, y por otra al conocido como "el palacio" del sitio de El Palacio de San Antonio Carupo, que es una estructura cuadrangular de altos y gruesos muros de piedra laja sin cementante, en cuyo interior se observan cuatro columnas de idéntica construcción.

Por lo que toca a las construcciones habitacionales tarascas de la gente común, es probable que hayan sufrido el mismo deterioro que ocurre con las correspondientes a otros grupos mesoamericanos, es decir, por haber sido elaboradas con materiales deleznable han desaparecido a raíz del paso del tiempo por el desgaste de los mismos por causas naturales y por la acción de actividades ulteriores, como es el caso de la agricultura, quedando en el lugar en que debieron situarse objetos como los que fueron analizados en el apartado anterior.

#### La arquitectura monumental tarasca.

Tenemos mayores evidencias de los edificios monumentales tarascos, aunque en la *Relación de Michoacán* son menos las ilustraciones sobre los mismos. Allí sólo aparecen como construcciones cónico-truncadas, con líneas horizontales que evidencian distintos cuerpos y con escalera al centro. En la parte superior tienen una construcción semejante a las domésticas de carácter simple. Pueden ser las representaciones esquematizadas de los templos. En sólo una de ellas, que corresponde a la lámina XLII, se representa un templo recubierto de piedras cuadrangulares (janamús); por lo demás el edificio es idéntico a los otros.

Como ya lo hemos mencionado, Eduardo Noguera (1942) propuso una caracterización de las edificaciones tarascas arqueológicas. Apuntó que éstas fueron hechas con base en el uso de lajas cortadas superpuestas en capas

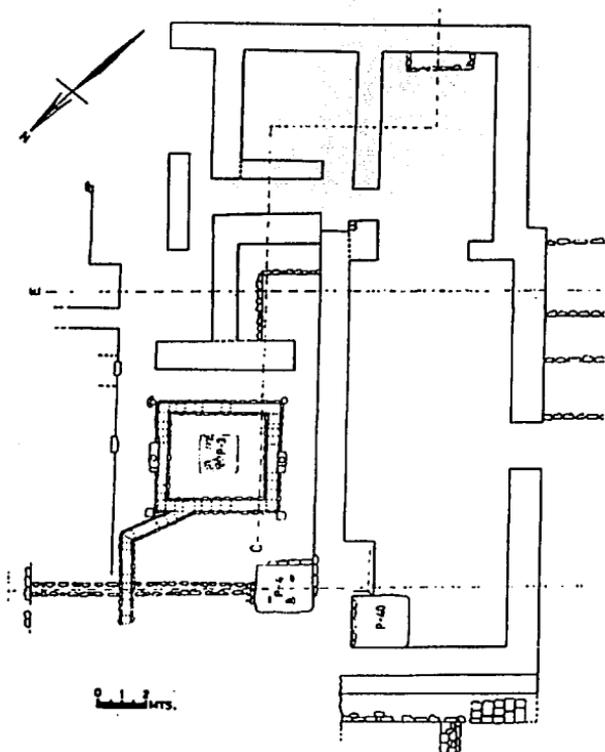


Figura 35.  
Plano general del Edificio B de Tzintzuntzan, conocido  
como El Palacio. (Tomado de Castro-Leal, 1986)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

alternadas y con una ligera masa de lodo como cementante; presentan cuerpos de unos 95 cm de altura y con 23 cm ancho; están recubiertos con piedras cortadas y pulidas, llamadas "janamu", y cuya planta puede ser rectangular o en forma de "T"; a estos monumentos les llama "yácatas".

En el citado trabajo de Rubin de la Borbolla presentado en la IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, se hace una caracterización más amplia de los tarascos, como ya se vio, entre otras ideas expone que su arquitectura es piramidal, de planta rectangular, rectangular-circular, o simultáneamente se utilizan ambas formas; es posible observar plataformas comunes para varias estructuras, de las cuales forman un primer cuerpo; las construcciones carecen de mortero.

Estas propuestas son retomadas por otros autores en trabajos recientes, así, Paul Gendrop en la edición de 1987 de su *Arte prehispánico en Mesoamérica* indica acerca de las yácatas

La arquitectura tarasca, al igual que la escultura en piedra, muestra un aspecto un tanto primitivo y rudo, como podemos verlo en lhuatzio y Tzintzuntzan cuyo núcleo, hecho de lajas simplemente acomodadas a *hueso*, se recubre con grandes piedras ajustadas y unidas entre sí con argamasa. Estas construcciones conocidas bajo el nombre tarasco de *yácatas*, van desde la sencilla forma de sección rectangular, hasta aquella típica de silueta que combina elementos circulares y rectangulares, con una escalinata en la parte más ancha y una choza circular haciendo las veces de templo encima de la parte troncocónica. Compuestas por cuerpos en fuerte talud y ligeramente escalonados, usualmente agrupadas muy cerca una de la otra sobre grandes basamentos o plataformas artificiales, las *yácatas* presentan sin duda una silueta muy peculiar (Gendrop, 1987: 208-210).

Asimismo, Marcia Castro Leal en una de sus publicaciones sobre los tarascos retoma algunos de estos conceptos y señala otros que aquí conviene mencionar, por ejemplo, el que la escalinata que da acceso a la parte superior de las yácatas, donde se encontraba el templo, se situaba sobre el cuerpo rectangular (Castro Leal, 1986:50); que el núcleo de las estructuras lo forman simples amontonamientos de piedra sin tierra y que alrededor de estas pilas se levantan muros de contención hechos de lajas colocadas a hueso y que entre muro y muro hay espacios de poco más de un metro<sup>14</sup>.

Hace una breve síntesis de los templos de planta redonda que se habían registrado para ese entonces en Mesoamérica llegando a la conclusión de que no obstante la amplia distribución de éstos, las yácatas tarascas son cualitativamente diferentes a los otros edificios que combinan formas rectangulares y circulares, dado que en las tarascas la sección de planta rectangular es de mayores dimensiones que la circular (*Ibid.*: 60). Señala, además

¿En qué momento se comienza a construir en Michoacán este tipo de edificios? No lo sabemos con exactitud, no tenemos suficiente información arqueológica para saber si las subestructuras de Tzintzuntzan tuvieron la misma forma que los edificios que se encuentran en la superficie. Lo que sí podemos afirmar es que este tipo de arquitectura fue edificada por los tarascos, y se le encuentra en los sitios en donde este grupo llegó a imponer, aunque sea relativamente, su poder político (*Ibidem*: 63).

Lo que nosotros hemos visto es que las características de los edificios monumentales de los tarascos, como conjunto social, se apegan a lo que se ha descrito en cuanto al núcleo de construcción, esto es, un centro compuesto por un simple apilamiento de piedras, muchas de la veces sin cementante alguno. Estos núcleos estaban delimitados y reforzados por muros escalonados y sobrepuestos,

---

<sup>14</sup> Dice la autora que Jorge Acosta los interpreta como muros de contención pero que, en realidad, responden a diversas etapas constructivas del monumento (Castro Leal, 1986: 55)

hechos de lajas colocadas a hueso, con una pronunciada pendiente, de alto peralte y huella estrecha. Es común encontrar en las construcciones mayores, más de un muro, separados entre sí por cierta distancia y cuyo espacio está rellenado con piedras sin acomodo alguno<sup>15</sup> (Cfr. Castro Leal, *op. cit.*; Cárdenas, 1994; Pulido, Cabrera y Grave, 1997). Las dimensiones de altura y huella de los cuerpos así como de la separación de los muros entre sí, debe responder más bien al tamaño de las estructuras y no a una especie de standard de la construcción (figura 36).

La distribución de este tipo de arquitectura corresponde a lo que sería el territorio habitado por el grupo étnico tarasco, según lo muestran los resultados de algunos trabajos de campo que hemos realizado en proyectos de salvamento arqueológico a raíz de la construcción de las carreteras México-Guadalajara y Morelia-Lázaro Cárdenas (Pulido, Araiza y Grave, 1995, 1996; Pulido, Cabrera y Grave, 1997; Grave, 1998). Así, hacia el norte de Michoacán encontramos este tipo de arquitectura en los sitios localizados tanto en la ciénega de Zacapu como en la región contigua de la sierra del Zirate, al poniente de aquella. Desde luego no todos los sitios que se encuentran en esa zona presentan esta forma de construir, los hay edificados con las características que son más comunes en Mesoamérica: con fachadas de piedras careadas o piedra brasa acomodada, cuerpos sobrepuestos, con pendiente mediana y huella más o menos amplia. Inclusive, estas dos formas de construir coinciden en algunos sitios, aunque no necesariamente mezclados, entre ellos El Metate.

La presencia en esta zona de sitios con este tipo de arquitectura coincide con las referencias en la *Relación de Michoacán* en tanto el arribo de los tarascos a la región, aunque reiteramos que no sabemos hasta qué punto el relato corresponda a una historia verídica y desde dónde comienza a ser sólo un discurso de justificación. De cualquier manera, detectamos un límite que excluye la presencia

---

<sup>15</sup> Esta es una idea cuyas bases encontramos en diversas construcciones de algunos sitios localizados en la ribera del lago de Pátzcuaro que, de acuerdo con su tamaño, no habría necesidad de varios muros de este tipo.

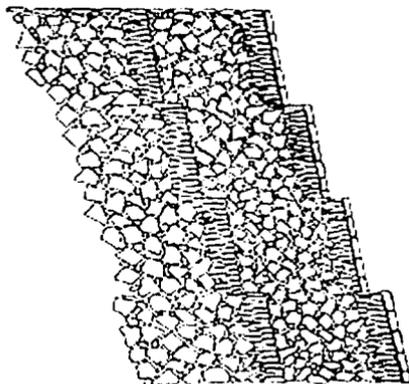


Figura 36.  
Corte esquemático del sistema constructivo de los edificios monumentales tarascos.



TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Figura 37.  
Una de las estructuras del sitio "El Palacio del rey Caltzontzin", en Zacapu. Nótese la conformación escalonada del edificio y la carencia de cementante.

de la forma de construir tarasca, éste se encuentra entre las formaciones orográficas de los cerros El Metate y Zináparo-Cerro Prieto.

Cercano a este límite se localiza el malpaís de Zacapu, en cuyas inmediaciones los investigadores del CEMCA han localizado gran cantidad de asentamientos arqueológicos correspondientes a diferentes épocas de ocupación. Entre ellos se registraron 58 edificios de forma cuadrangular procedentes de los años 1250 a 1450 d.C. (Michelet, 2000). Desafortunadamente para nosotros, el autor no indica cuál es el sistema constructivo de los mismos, lo cual nos impide hacer un análisis más detallado; sin embargo, es probable que compartan algunas de las características que describimos abajo para El Metate. Es importante, no obstante, la afirmación del autor cuando menciona que "...No hay ningún espécimen de las yácatas<sup>16</sup> con la forma, mal llamada, en T..." (*ibid*: 122).

Por nuestra parte, en una visita al sitio que según Caso (1930) se conocía como El Palacio del Rey Caltzontzin, en las vecindades de Zacapu, precisamente en el malpaís al que se refiere Michelet, encontramos que por lo menos uno de los montículos que forman la plaza central del sitio, presenta un sistema constructivo con base en la superposición de cuerpos, con más o menos altos peldaños y huella estrecha. Las piedras usadas son piedras comunes (piedra brasa), y aunque no pudimos apreciar claramente el consolidante que según Caso tienen, pudo haber existido, ya que las piedras no están puestas a hueso (figura 37).

También hacia esta zona, en las cercanías del poblado de San Antonio Carupo, se encuentra el sitio de El Palacio, que, de acuerdo con las descripciones del CEMCA

En la colina situada al oeste (Iomillo Los Llanitos), hay un grupo de cuatro estructuras agrupadas en torno a una plaza rectangular, alrededor de la que

---

<sup>16</sup> Es necesario decir que el autor no hace diferencia en cuanto al nombre de las estructuras arquitectónicas llamándoles yácatas a todos los edificios. Queremos recalcar que nosotros encontramos una distinción entre las formas de las estructuras, ya que éstas refieren profundas diferencias cronológicas y sociales como se verá adelante.

se observan también algunos montículos de lajas dispersos (Faugère-Kalfon, 1996: 39).

Sin embargo, el centro del sitio es un conjunto arquitectónico restaurado en 1981, y que cuenta, entre otros elementos distribuidos en una serie de terrazas contiguas, con una sala cuadrangular (30 m por lado, aproximadamente) de altas y gruesas paredes construidas con piedras lajas colocadas una sobre otra sin cementante ninguno; así como un recinto para la práctica del juego de pelota, con la forma de doble T, de características constructivas semejantes (figura 38).

Este sistema se repite en el sitio El Metate, ubicado en el lado sur del volcán de ese nombre. Este asentamiento tuvo dos etapas constructivas y, probablemente de ocupación: la sección sur está constituida por una serie de monumentos hechos con piedra brasa y con aglutinante de lodo que podrían corresponder a un momento anterior a la llegada de los tarascos a la región. En tanto, la sección norte presenta algunos montículos y otras estructuras de paredes altas y gruesas, con gradas; las primeras fueron hechas con piedras irregulares recubiertas de piedras lajas, en tanto que las segundas están hechas exclusivamente con este último material (figura 39). No se encuentra cementante visible en el sitio (Pulido, Araiza y Grave, 1995).

A este lugar los investigadores del CEMCA le asignan una cronología dudosa que corresponde a la fase Lupe, es decir el periodo Clásico tardío (600-900 d.C.). Sin embargo, otros sitios con idéntico sistema constructivo los sitúan con seguridad hacia los años de las fases Palacio (900-1200 d.C.) o Milpillas (1200-1500 d.C.). A nosotros estas últimas fechas nos parece las más adecuadas si comparamos la forma de construcción de estos sitios con de la Cuenca de Pátzcuaro que fueron habitados hacia el Postclásico tardío de acuerdo con los relatos históricos y con una fechas obtenida por métodos físicos<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Véase la siguiente nota a pie de página.



Figura 38.  
Estructura del sitio "El Palacio" de San Antonio Carupo, en el norte de Michoacán.



Figura 39.  
Una de las estructuras de lajas del sitio El Metate, en el norte de Michoacán.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Los alrededores del lago de Pátzcuaro guardan varios asentamientos con características constructivas similares, así como otros que tienen algunas evidencias de reocupación hacia los periodo Postclásico temprano y Postclásico tardío. Entre estos últimos se encuentra el sitio Las Trojes cuyo único rasgo de estas épocas es un muro de lajas adosado a la Estructura 1, que fue construida, como el resto del sitio, con piedra brasa y con lodo como cementante, por lo cual lo situamos hacia el Clásico tardío (Pulido, Cabrera y Grave, 1997).

Los otros asentamientos con estructuras de arquitectura monumental tarasca del periodo Postclásico temprano, son Tócuaro y El Banco de Arócutin II, así como probablemente Ihuatzio y Tzintzuntzan (al menos algunas de las edificaciones ceremoniales de estos sitios podrían haber sido construidas en este periodo). En todos ellos hay estructuras arquitectónicas que guardan grandes semejanzas. Esto es, edificios de planta cuadrada y/o rectangular que presentan cuerpos escalonados con reducida huella y con relativamente alto peralte. Asimismo, el sitio El Banco de Arócutin II presenta un par de altas paredes escalonadas, paralelas, que dejan entre sí un espacio abierto donde eventualmente se jugaría a la pelota (*Ibid.*).

Uno de los asentamientos más interesantes y significativos para este trabajo resulta ser el que se encuentra en las inmediaciones del poblado de Tócuaro, que al igual que otros sitios tarascos, se emplaza sobre un malpais, tratándose de un sitio con cierta complejidad. Está compuesto por terrazas que se construyeron con los materiales que ofrecía el propio pedregal, y en ellas se edificaron tanto unidades habitacionales como la zona ceremonial del lugar que se encuentra sobre lo más alto de la prominencia rocosa. Esta parte del asentamiento está rodeada por una gruesa muralla. Aquí todos los edificios son de piedras dispuestas a hueso y a continuación los describimos con algún detalle.

Sobre una gran plataforma rectangular se encuentran varias estructuras dispuestas en diversas direcciones originando una plaza: hacia el norte tenemos

una de planta rectangular (5 X 7 m), orientada E-W; hacia la esquina noreste de la misma se encuentra otra similar pero con orientación N-S; en el oeste de la plataforma se encuentran dos estructuras contiguas, separadas por un estrecho pasillo, mostrando la del norte una planta cuadrangular (5 m por lado, aproximadamente), en tanto que la del sur presenta una planta en forma de "T", con mayores dimensiones; hacia la parte sur de la gran plataforma se encuentra una elevación rectangular de no más de 40 cm de alto; en tanto que hacia el centro del espacio que cierran estas estructuras se encontraban dos pequeños adoratorios (*ibid.*). Véase las figuras 40 y 41.

Los edificios mayores superan los dos metros de altura, tienen cuerpos escalonados de huella estrecha y peralte desproporcionadamente alto. Por otro lado, entre los diversos cuartos observados hay de planta cuadrada y circular y se dispersan por todo el sitio, sin dejar de presentarse próximos a la zona de monumentos descrita. Cabe señalar que una de las estructuras del asentamiento se mostraba como una depresión alargada unida a otra yuxtapuesta y que, por tanto, parecía tener forma de una cancha para el juego de pelota (*ibid.*).

La zona en la que se concentran la mayor parte de los edificios piramidales señalados, se ubica en lo más alto de la lengua del malpais más cercano al lago de Pátzcuaro (denominada Itzira Ahuacuti) desde cuya ribera el acceso no resulta fácil, en tanto que los lados poniente y sur están protegidos por la muralla que decíamos y que alcanza los 2 m de altura y un espesor cercano al metro; fue construida con el mismo sistema que el resto de los monumentos. Presenta dos aperturas de escasa longitud que pudieron haber sido sendos accesos y en cuyo punto los muros se encuentran ligeramente desfasados, no encontrados, de tal manera que debía haber cierta restricción de entrada.

En el piso de la plaza fueron excavados diez esqueletos humanos de los que se obtuvo una muestra de colágeno que permitió su fechamiento mediante C<sub>14</sub>, dio

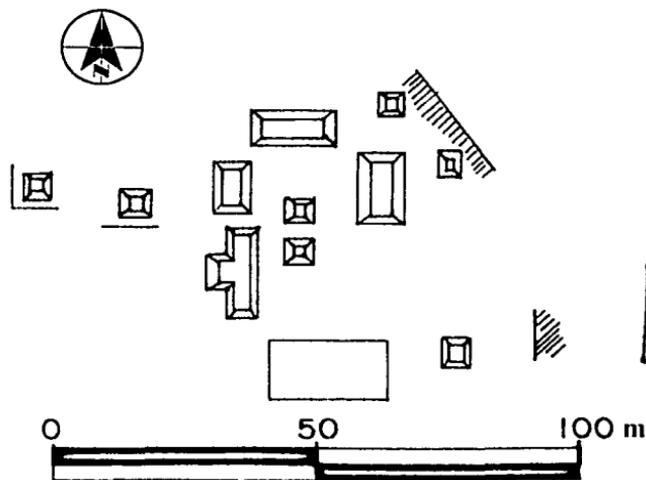


Figura 40.  
Plano de planta de  
la plaza central del  
sitio de Tócuaro, en  
la ribera poniente del  
lago de Pátzcuaro.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Figura 41.  
Una de las estructuras de la plaza central de sitio de Tócuaro.  
Véase el uso de lajas y piedras sin cementante.

como resultado, en fecha calibrada, 1410 d.C.<sup>18</sup> Esto podría significar que la construcción de la plaza es anterior a la formación del estado tarasco o, en todo caso, antecede a la integración de este lugar al propio estado; de cualquier manera, esto reforzaría la propuesta de Pollard (1996) en el sentido de la presencia de varios grupos tarascos autárquicos que controlaban diversas áreas de la cuenca de Pátzcuaro.

Es extraño, no obstante, que ninguno de estos dos lugares, Tócuaro y Arocutin) sean mencionados en la *Relación de Michoacán*, lo cual podría deberse a un olvido de los indios que contaron la historia, producto quizás del hecho de que para el tiempo en que se escribió, los sitios tenían una menor notoriedad en el complejo de los asentamientos lacustres; lo cierto es que ambos son asentamientos que cuentan con zonas ceremoniales de importancia en el ámbito de la propia región.

En Ihuatzio son claros los grandes basamentos monumentales que se encuentran en lo que se ha llamado la Plaza de Armas. Son dos edificaciones rectangulares con características semejantes a las ya mencionadas en los párrafos inmediatos y están situadas en una posición prominente en el sitio, frente a una gran explanada limitada por dos anchos, largos y altos muros también escalonados; incluso, parecen tener mayor relevancia que las tres yácatas que se encuentran al sur de aquellas y que son conocidas localmente como "las tres Marías".

Por su parte, Tzintzuntzan es un sitio aún mal comprendido, a pesar de un muy buen trabajo de superficie (Pollard, 1977) y de las varias temporadas de excavaciones en el lugar, que se han enfocado básicamente a las estructuras principales, es decir, la Gran Plataforma, las cinco yácatas, el Palacio y otros edificios encerrados en los límites de lo que hoy es la zona arqueológica.

---

<sup>18</sup> En el fechamiento de que disponemos y que fue realizado por el equipo de la Dra. Helen Pollard, se establece la fecha por análisis convencional de radiocarbón de 560+/-60 a.p., ésta ya calibrada nos indica el rango de 1 295 a 1 450 d.C., en tanto que la intercepción de la fecha de radiocarbón

No obstante, hay otros muchos elementos dispersos, lo mismo bajo parte del asentamiento actual que hacia las faldas y puerto de los cerros Yarahuato y Tariaqueri. Así, en un breve recorrido observamos algunos alineamientos de piedra en superficie formando las paredes de extensas terrazas con que se allanó la pendiente de los cerros, así como probables cuartos.

En cuanto a otras dos estructuras arquitectónicas reportadas por Gali (1946) que se encuentran al sureste de la Gran Plataforma y, por tanto, en una posición topográficamente más elevada que las cinco yácatas, comparten algunas de las características de construcción de éstas, y se pueden observar a pesar de que se ven muy alteradas por el paso del tiempo y por los saqueos.

Se trata de dos montículos de considerables dimensiones, con unos 4 m de altura, hechos con piedra brasa en su núcleo, sin argamasa aparente, entre las cuales se aprecia todavía una considerable cantidad de piedras lajas. Desafortunadamente, su estado alterado hace poco comprensibles los cuerpos y su conformación, aunque en una pequeña porción de cuerpo que aún queda, se puede ver la estrecha huella y su estructuración mediante el uso de lajas. Su forma general parece ser cuadrilátera, más bien rectangular, aunque lo que sí es claro es que no tienen la forma de yácatas (figura 42).

En suma, en el sitio también existen estructuras de planta cuadrangular en una posición secundaria con respecto a las estructuras que forman el conjunto principal del asentamiento. No sabemos nada con respecto a su cronología y a su significación en cuanto al desarrollo del asentamiento, pero parece ser que de cualquier manera tienen el sello constructivo de los tarascos. Esto podría significar que el asentamiento hacia esta parte fue anterior a la conformación del estado

---

con la curva de calibración nos refiere el año de 1 410 d.C. Aprovechamos este espacio para agradecerle a la Dra. Pollard su auxilio en este particular.

tarasco, pero no hay mayores datos para asegurar nada; quedaría tan sólo como hipótesis para trabajos posteriores.

Esta zona central tarasca podría ser extendida hacia las inmediaciones del Lago de Zirahuén, donde se encuentra un interesante asentamiento con características monumentales también en las cercanías del poblado de Jujucato. Por un lado presenta una serie de cuartos construidos sobre un malpais y protegidos por una probable muralla, por otro, muestra una zona ceremonial en la que destaca el conjunto constituido por dos basamentos piramidales, uno en forma de "T" y otro con la forma característica de la yácata. Entre ambos, que se localizan enfrentados, hay una plaza abierta con un adoratorio que se sitúa alineado con el centro de la estructura "T". Estos edificios son altos, mayores a 4 m de altura y están construidos, como el resto de los que se encuentran en el asentamiento, con piedras dispuestas a hueso, con cierta profusión de lajas de basalto (Pulido, Cabrera y Grave, 1997). Véase las figuras 43 y 44.

Es probable que en las cercanías de estas construcciones, aunque al pie de la loma se encontrara otra yácata, sin embargo, el deplorable estado de conservación que guardaba nos impidió hacer un levantamiento apropiado, ya que la estructura fue cercenada por un camino vecinal, así como por la construcción de un corral de piedra y, para colmo, era un depósito de basura.

Llama la atención que en este sitio (Los Encantos de Jujucato) se hayan observado algunos pocos tiestos de cerámica policroma tarasca-uacúsecha en las cercanías del conjunto monumental, es decir, en la plaza donde se encuentran la estructura "T", la yácata y el adoratorio, pero quizás sea más significativo el hecho de que el adoratorio guarde una relación más estrecha con el primero de estos edificios que con la yácata. De aquí que hayamos interpretado que la estructura "T" y el adoratorio fueron construidos en un mismo tiempo, en tanto que la yácata fue erigida en otro distinto, y probablemente posterior, ya que los primeros muestran cierta alineación (el altar se encuentra en línea recta del centro de la

Figura 42.  
Detalle de una de  
las estructuras  
rectangulares de  
Tzintzuntzan.  
Véase el tamaño  
de la huella de uno  
de los cuerpos  
restantes.



Figura 43.  
Planta de la zona  
ceremonial del sitio  
arqueológico Los  
Encantos de Jujucato,  
en las cercanías del  
lago de Zirahuén. De  
izquierda a deracha:  
la yácata, el altar y la  
Estructura "T".

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 44.  
Vista general de la  
Estructura "T" del sitio  
Los Encantos de  
Jujucato.



estructura "T") en tanto que la yácata se encuentra desfasada de estos aunque, como decíamos, enfrentada con la estructura "T".

Hemos encontrado también algunas reminiscencias de la manera de construir mediante el uso de lajas sobrepuestas y sin cementante en algunos otros lugares del territorio que perteneció al estado tarasco. Así, como se mencionó, en las cercanías de Pátzcuaro, se encuentra el sitio Las Trojes, cuya construcción original data del Clásico tardío, por lo menos, pero que también fue ocupado a lo largo del período Postclásico, durante el cual se anexó a uno de los basamentos principales un muro hecho de la manera ya comentada (Pulido, Cabrera y Grave, 1997).

En las cercanías de Taretan, fue excavado parte del sitio Las Iglesias en donde se observó en mismo caso. En tanto que en el sitio El Huicumo, en las proximidades de Lombardía, se encontró un edificio, ubicado en lo alto de una loma, construido también con este sistema (Grave, 1998). No obstante, sus nexos con el desarrollo del estado tarasco sólo serán definidos hasta que contemos con mayores investigaciones en tales sitios.

#### Las yácatas y los tarascos-uacúsecha.

Es claro que las así llamadas yácatas son los edificios que se localizan como las estructuras arquitectónicas principales sobre la Gran Plataforma de Tzintzuntzan (figura 45), pero también las encontramos en otros lugares importantes del estado tarasco. De tal manera las podemos observar en Ihuatzio, como ya dijimos, aunque, a nuestro modo de ver, en una posición secundaria con respecto a los basamentos cuadrangulares.

Desafortunadamente en Pátzcuaro, la otra capital del estado tarasco, los vestigios de los edificios más importantes son muy fragmentarios y no se observa más que

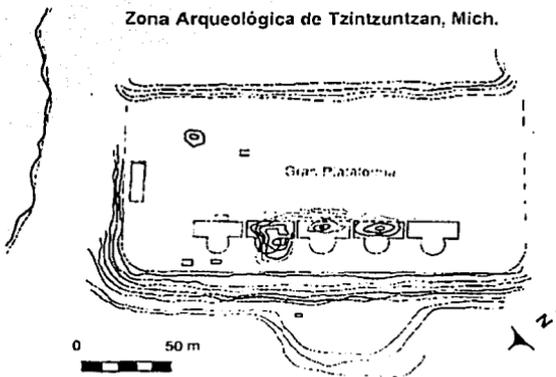
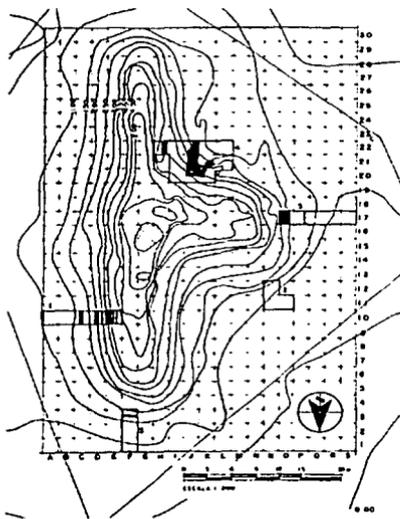


Figura 45.  
Plano general de la zona arqueológica de Tzintzuntzan. Sobre la Gran Plataforma las cinco yácatas, como los edificios principales.



TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 46.  
Plano topográfico de la yácata del sitio Lagunillas, en las cercanías de Uruapan.

el frente de una plataforma o de la sección rectangular de una yácata, por lo que no podríamos decir con certeza que allí también existieron semejantes monumentos. De cualquier manera, en otros lugares también se encuentran yácatas, tal es el caso, como se mencionó de la pequeña estructura que fue localizada en Urichu con estas características. Pero no sólo en la Cuenca de Pátzcuaro las podemos observar.

Un sitio que también tiene una yácata es Teremendo, ubicado en el municipio de Morelia y que es mencionado en la *Relación de Michoacán* como uno de los pueblos conquistados por los tarascos en una de sus primeras campañas de guerra fuera de la cuenca de Pátzcuaro. A decir de la encargada de la excavación, Estela Peña (n.d.), la Estructura A o "iglesia vieja" como se le conoce en la localidad es "...una estructura formada de un cuerpo rectangular, un cuerpo circular y una tercera forma intermedia que liga a las dos primeras." (Peña, *ibid.*: 6) siendo similar en forma a las de Tzintzuntzan. El sistema constructivo consiste en "...un núcleo de piedra bola , el forjado lo forman muros de apoyo hechos con laja superpuesta; y el acabado consiste en losas de tezontle, algunas de ellas con grabados..." (Peña, *loc. cit.*). Habría que decir que en las fotografías que ilustran este trabajo, se aprecian piedras brasas, más que cantos rodados. Por otro lado, las mismas ilustraciones muestran que los cuerpos de la estructura son bajos, aunque sus huellas son estrechas.

Como dijimos en la segunda parte de esta tesis, la autora ubica el sitio hacia los años 800-1200 d.C. con base en el análisis cerámico (Peña, 19983); sin embargo, consideramos que la última fecha debería ser más reciente, ya que las yácatas, como se verá, son de construcción más tardía. Por otro lado, el hecho de que la población haya sido conquistada por los tarascos implica su existencia anterior a la expansión tarasca que Pollard (1993) propone a partir de 1460 d.C.

En el sitio Los Encantos de Jujucato, existe una yácata frente a una estructura "T", con características similares, en cuanto a la forma y algunas particularidades de

la construcción, a las que se ven en Tzintzuntzan, ya que si bien presenta su diseño de planta igual y los cuerpos escalonados tienen peralte alto y huella estrecha, sus dimensiones son menores que las que presentan los edificios de la capital tarasca; de igual forma, el sistema constructivo del núcleo es un simple apilamiento de piedras sin consolidante, pero la fachada o la parte interna de la misma, es de piedra careada, no exactamente de lajas, aunque las hay en alguna cantidad.

Por su parte, el sitio Lagunillas, entre los actuales poblados de Zirimicuario y Ziracuaretiro, ya cercanos a Uruapan, como se vio, presenta, entre otras características, una yácata de 6 m de altura, con una sección rectangular y una parte circular unidas por un pasillo de corta longitud (figura 46). Asimismo, el sitio tiene otros sectores, algunos de ellos de carácter administrativo (una plataforma baja frente a la yácata) y otros con función habitacional que probablemente representen cierta diferenciación social.

La yácata fue construida también, mediante la estructuración de cuerpos de alto peralte y estrecha huella, con el uso de gran cantidad de lajas, aunque no exclusivamente. En este caso, que fue excavado, se observó lo que podría ser un muro de refuerzo de la construcción o bien una etapa constructiva previa a su última época -aunque esto lo consideramos menos probable- (Pulido, Cabrera y Grave, *op. cit.*). Como se mencionó, al excavar una de las esquinas de esta unión se localizó un cajete de características tarasco-uacúsecha, o imitación de las mismas, colocado como ofrenda a la edificación; en tanto que al realizar un pozo estratigráfico ubicado entre la yácata y la plataforma, fue localizada una olla funeraria con restos de huesos quemados y otro cajete trípode de indiscutible diseño tarasco-uacúsecha (figura 30) y probablemente elaborado en la Cuenca de Pátzcuaro (Pulido, Lam y Ayala, en prensa).

Aun cuando muchos otros autores argumentan la existencia de yácatas en las distintas áreas que han investigado (Goggin, 1943; Osborne, 1943; Zepeda, 1988),

es probable que los edificios no sean como los que en este trabajo tomamos como tales, sino que hayan utilizado el término como se hace comúnmente en Michoacán, llamándole así a cualquier amontonamiento de piedras, ya que sus descripciones no se ajustan a lo que nosotros buscamos. No obstante, hay algunos otros datos que aun cuando sus descripciones no son muy precisas, existen evidencias de que se trata de yácatas, semejantes a las que se encuentran en el conjunto principal de Tzintzuntzan.

Entre estos últimos tenemos el relato de Carl Lumholtz (1986) de la existencia de un templo de características similares a los levantados por los tarascos-uacúsecha hacia el extremo poniente de la meseta tarasca, en las estribaciones del Pico de Tancítaro, cerca del antiguo poblado de Parangaricutiro. Inclusive, presenta un dibujo en perspectiva del edificio, que se observa en todo idéntico a los de la capital tarasca (figura 47).

En las cercanías de Salamanca, Guanajuato, fue localizado un sitio arqueológico con varias estructuras entre las que se encuentra una de estilo semejante a las de Tzintzuntzan que, aunque forma parte del conjunto principal del asentamiento, está ubicada un tanto fuera del núcleo central, desarmonizándolo. El sistema constructivo del sitio es de núcleos de piedra bola y arcilla, con exteriores de lajas acomodadas, trabajadas sólo en su cara externa (Contreras, 1985):

En general, los edificios que constituyen el asentamiento de 'Cerro Gordo' no se deben considerar en su totalidad como formaciones arquitectónicas de la Fase Tarasca, pero sí es posible proponer que el asentamiento fue reocupado y agrandado para la época de la presencia tarasca en el estado de Guanajuato (Contreras, *op. cit.*: 125)

Helen Pollard menciona la existencia de una yácata en lo que denominó el Area 5 de Urichu, un sitio en la ribera poniente del lago de Pátzcuaro, indicando que se trata de una estructura en versión pequeña de la "...característica plataforma

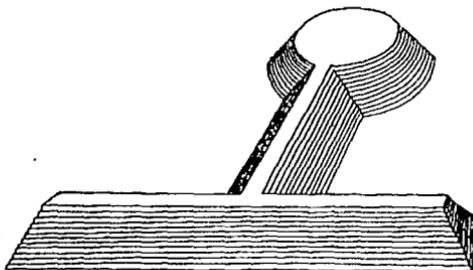
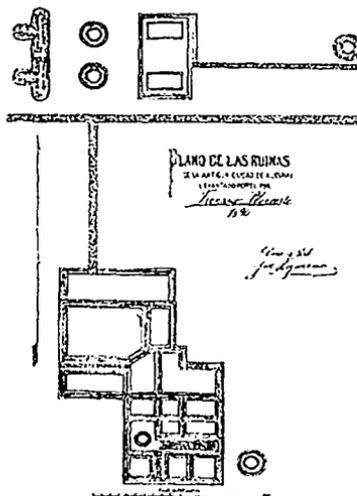


Figura 47.  
Yácata en las cercanías de Parangaricutiro,  
según Carl Lumholtz (1886).

Figura 48.  
Plano del sitio  
arqueológico de  
Jacona en 1890,  
según Plancarte.  
Obsérvese hacia el  
ángulo superior  
izquierdo los edificios  
semejantes a las  
yácatas. (Tomado de  
Williams, 1993)



TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

ceremonial dedicada al dios tutelar de los tarascos..." (Pollard, 1995: 41). En efecto, en el dibujo de planta que presenta de la mencionada área se dibuja punteada una estructura que se observa semejante a las de la Gran Plataforma de Tzintzuntzan.

Eduardo Williams (1993) publicó un plano que Francisco Plancarte levantó en 1890 de las ruinas de Jacona. En él se observan, entre otras estructuras, un par de edificios en forma de T, aunque con los tres extremos de las tres ramificaciones redondeados. Podría tratarse de yácatas, y aparecer como se dibujan a causa del poco cuidado al hacerlo; ya que para la época en la que fue realizado debió ser más importante el hecho de registrar el asentamiento que no sus características precisas. Sin embargo, también es posible que los edificios dibujados hayan tenido otra forma y el autor las interpretó como las vemos en la gráfica. No obstante, el dato no lo tomamos como del todo confiable (figura 48).

Una de las áreas más alejadas del centro tarasco donde se ha localizado arquitectura correspondiente a este grupo, y particularmente de los tarascos-uacúsecha, es la que fue estudiada en la confluencia de los ríos Balsas y Tepalcatepec, cerca de la cortina de la presa Adolfo López Mateos o de El Infiernillo. Desafortunadamente estos vestigios los conocemos solamente por una fotografía publicada por Chadwick en 1971 (figura 49), así como por el dibujo en planta del mismo edificio (figura 50) y de otros que formaban el asentamiento arqueológico B-11 (La Cofradía), incluido en el trabajo de González Crespo (1979). El sitio quedó finalmente cubierto por las aguas de la presa.

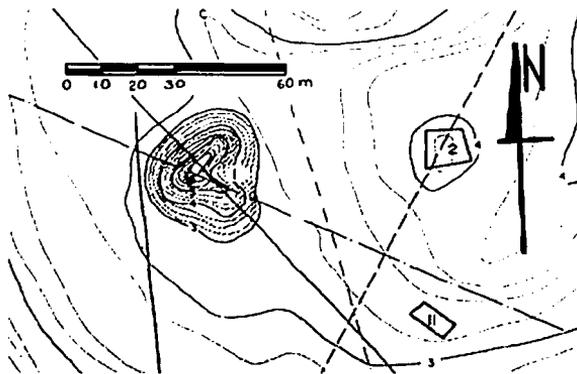
En la mencionada fotografía se observa en primer plano la parte circular de un edificio excavado y en un plano posterior una sección de paredes rectas; esto corresponde al levantamiento topográfico del mismo edificio de la publicación mencionada. En ambos gráficos se aprecia una yácata de estilo tarascos-uacúsecha. Recordemos además, como se vio en la sección previa de este



Figura 49.  
Vista parcial de la  
yácata del sitio B-  
11, en la región  
del Infiernillo, en la  
Tierra Caliente de  
Michoacán.  
(Tomado de  
Chadwick, 1971)

TESTIS CON  
FALLA DE ORIGEN

Figura 50.  
Planta de la  
yácata del sitio  
B-11. (Tomado  
de González  
Crespo, 1979)



trabajo, que en este asentamiento se ha encontrado cerámica de esta misma filiación cultural.

En resumen, a pesar de la extensión del territorio dominado por los tarascos o Irechecua Tzintzuntzan, son relativamente escasas las construcciones que arqueológicamente se conocen como yácatas y, en general, éstas no se localizan solas en ningún sitio, antes bien, donde existen, están asociadas a otras estructuras piramidales o de otros tipos, aunque sí se encuentran en los lugares prominentes de los asentamientos.

Por otro lado, nos parece que el uso de las lajas en los edificios no representa por sí mismo el sistema constructivo tarasco; si bien es cierto que hay una tendencia en este sentido, parece ser que ésta se supedita a la disponibilidad de materiales en cada localidad. Así podemos ver algunos sitios, incluso de la propia cuenca de Pátzcuaro, en los que sus edificios fueron construidos con piedra brasa careada predominantemente, a la vez que el uso secundario de piedras laja.

Así pues, es nuestra idea que las construcciones realizadas por los tarascos, tomándolos aquí como conjunto social, tienen las características que ya han sido mencionadas para el grupo, es decir, apilamientos de piedras como núcleo de las estructuras sin presencia importante de aglutinantes, recubrimientos de piedras dispuestas en cuerpos escalonados, con desproporcionado alzado en relación con la huella y con fuerte pendiente. Estos edificios fueron hechos con lajas o con piedra brasa careada y, probablemente, con un último recubrimiento de piedras completamente labradas.

No sabemos si esto último corresponde sólo a uno de los rasgos de Tzintzuntzan, Ihuatzio y Pátzcuaro, donde se aprecian los janamus o xanamu, a partir de su jerarquía de capitales del estado tarasco, lo cierto es que en otros asentamientos no se los encuentra, esto puede deberse a que originalmente no los tenían, o a que se perdieron en el transcurso de los tiempos a consecuencia de su extracción

para su uso en edificaciones recientes. Tampoco sabemos si sobre estas piedras labradas fue sobrepuesto algún tipo de aplanado, enlucido o cualquier otro acabado más fino; sin embargo, nos inclinamos a creer que no lo había, tanto porque en los dibujos de los templos indígenas de la *Relación de Michoacán* se aprecian las piedras de los edificios, como porque en Tzintzuntzan, por ejemplo, existen en los janamus una buena cantidad de grabados que si hubieran sido recubiertos no tendríamos explicación alguna de su presencia. Adicionalmente, en el registro arqueológico no se tienen instrumentos propios para el pulimento de paredes y pisos, como se encuentran en Teotihuacan o Tenochtitlan, por ejemplo.

La formas que, como grupo social, los tarascos dieron a sus templos, junto con lo ya mencionado, fueron cuadradas, rectangulares, en forma de "T" y con la característica forma de las yácatas que encontramos en Tzintzuntzan como el lugar más importante del estado tarasco (figura 51). Sin embargo, esta última forma está asociada a los tarascos-uacúsecha que, a la vez que comparte la forma de construir de los tarascos, como tarascos mismos que son, se diferencia del resto de los grupos tarascos mediante el uso exclusivo de esta particular forma de los templos dedicados a su dios tutelar, Curicaueri (Pollard, 1993). Es importante señalar que no solo se trata de la conjunción de sus secciones circular y rectangular, sino que también es característica la presencia del corto pasillo que las une, de otra manera se corre el riesgo de confundirlas con otros templos circulares dispersos en varios puntos de Mesoamérica, productos de otras culturas distintas de los tarascos.

La presencia de yácatas en varios lugares del territorio del estado tarasco (figura 52), aunque en escasa cantidad, la relevancia de los sitios que las tienen dentro de sus respectivos contextos regionales, así como su presencia en las tres capitales del estado, conjuntamente con la probable cronología de estos monumentos y su asociación con la cerámica tarasca-uacúsecha, nos conducen a sustentar la idea expuesta: la presencia arqueológica de los tarascos-uacúsecha

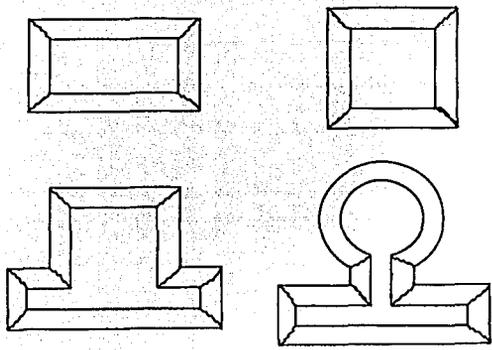


Figura 51.  
Plantas de los  
basamentos  
tarascos:  
rectangular,  
cuadrada,  
Estructura "T" y  
yácata. Está  
última es,  
específicamente,  
tarasco-  
uacúsecha.

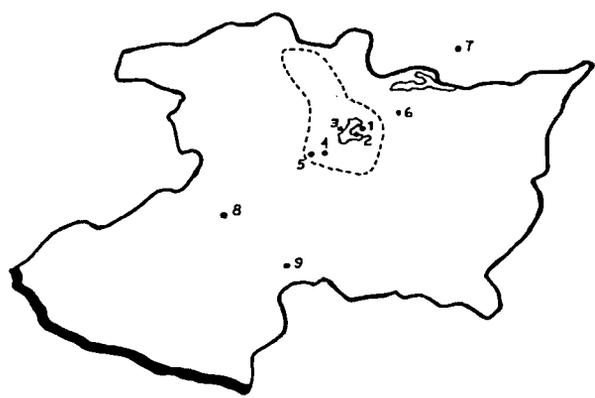


Figura 52.  
Distribución de las yácatas en el antiguo territorio tarasco:  
1. Tzintzuntzan; 2. Ihuatzio; 3. Urichu; 4. Jujucato; 5.  
Lagunillas; 6. Teremendo; 7. Salvatierra; 8.  
Parangaricutiro.; 9. B-11 (La Cofradía). La zona punteada  
representa la concentración de arquitectura tarasca.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

es notable particularmente en la presencia de la cerámica policroma tarasca, como se vio atrás, así como en la presencia de las yácatas.

### Capítulo 3.

#### Grupos sociales entre los tarascos.

De acuerdo con la información que hemos visto, la sociedad tarasca estaba dividida en grupos marcadamente diferentes, que se reconocían entre ellos como distintos, y que en la *Relación de Michoacán* encontramos mencionados genéricamente como "la gente baja" frente a los otros grupos de otros niveles sociales. Entendemos que estos grupos formaron clases sociales, como trataremos de demostrar en seguida.

#### De cómo entendemos 'clase social'.

En distintos ámbitos es común el señalamiento, muchas veces estigmatizado y derivado de causas diferentes, de que llamarle 'clase social' a estos grupos distintos que conformaron las diversas sociedades mesoamericanas es un craso error. Este argumento deriva del hecho de que el término se vincula a un desarrollo social totalmente ajeno a la historia mesoamericana hasta los inicios del siglo XVI, ubicándolo en el surgimiento del capitalismo y del cual es un concepto concomitante.

Se nos ha argumentado que esta manera de interpretar las sociedades mesoamericanas se hace con una visión occidentalizada de la historia. Tenemos que aceptar que esto es cierto, pero que no por ello deja de tener carácter menos

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

científico ni riguroso<sup>1</sup>. Desde nuestro punto de vista se trata de conocer, de interpretar para nosotros, para nuestros contemporáneos, los procesos sociales pasados.

Pongamos un ejemplo: ¿qué representan los términos *irecha*, *Itatoani* o *basilei*?, los cuales ni siquiera se pronunciaron o escribieron originalmente de esta manera. Para entender el significado de estos términos el primer paso es traducirlos a lo que nosotros conocemos y, el siguiente, más importante para nuestro objetivo, es definir su significado. Así, podríamos llegar a la conclusión de que podrían significar 'señor', 'el que habla', y 'príncipe', respectivamente. Sin embargo, esto no es suficiente, pues sabemos que en sus respectivos contextos tienen una significación que rebasa el mero nombre, y es esta relación la que se debe buscar.

De tal manera que para comprender cabalmente ese significado tenemos que usar nuestros conocimientos, tanto del en que vivimos, como de los mundos que hemos estudiado; de modo que aunque las mencionadas palabras tienen significados distintos, se refieren a algo similar que nos es familiar, así hayan sido creadas y usadas en diferentes ámbitos sociales y de tiempo: todas ellas nos hablan de la encarnación del poder político en una persona: la del gobernante.

Nuestra idea es que el estudio de los fenómenos sociales y sus particularidades debe comprenderse dentro de sus propios ámbitos de desarrollo, pero no podemos quedarnos allí si lo que pretendemos es entenderlos para nosotros; así, tratándolos con el más estricto apego a su realidad, es imprescindible traerlos a la nuestra, comprenderlos ahora, con las herramientas del conocimiento actual. No podemos quedarnos en el pasado mismo, como oficio tenemos la obligación de interpretar la historia.

---

<sup>1</sup> Véanse las argumentaciones que en torno al papel y finalidades de la historia presentan Carlos Pereyra, Luis Villoro, José Joaquín Blanco y Adolfo Gilly, en el libro *Historia, ¿para qué?*, entre otros.

Es cierto que en muchas ocasiones esta búsqueda del pasado se hace de forma tan mecánica que genera limitantes al pensamiento y a las posibilidades de interpretación. Estas limitaciones dependen en buena parte del entorno académico, pero también la personalidad del investigador es responsable de dejarse llevar o no por las mismas. Los inconvenientes o las ventajas de las posiciones teóricas frente al objeto de estudio se plasman en los resultados de la investigación. La contrastación de lo estudiado y la interpretación que el investigador hace, serán más o menos plausibles de acuerdo al potencial explicativo de la teoría y al manejo que se tenga de la misma, lo cual resultará en un enfoque eficaz o no de la manera de ver y conocer ese objeto (Gándara, 1992).

Seguramente algunos colegas no estarán de acuerdo en la utilización del término "clase social" que los lleva a pensar de manera inmedatista al ideario marxista que, desde su visión, ha sido agotado y probadamente ineficiente. Nosotros no concordamos con ello, antes bien, consideramos que la definición que los clásicos del marxismo sobre el concepto, particularmente la de Lenin, es una de las más explícitas descripciones del propio concepto. Y en la validez del término no tiene nada que ver la caída del "socialismo real", ya que justamente lo que nos ha enseñado el devenir del antiguo bloque socialista es que puede haber una disociación entre la teoría y la puesta en práctica de la misma, lo cual no implica necesariamente la descalificación de aquella; esto no quiere decir que no se deban reconocer los problemas inherentes a la propia teoría.

En su discurso denominado *Una gran iniciativa*, Lenin (1979: 228) indicó que

Las clases sociales son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en el sistema de producción históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que en su mayor parte las leyes refrendan y formalizan), por el papel que desempeñan en la organización

social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo de percibir y la proporción en que perciben la parte de la riqueza social de que disponen

No obstante la claridad de esta conceptualización, se le ha visto como poco funcional en términos prácticos, esto es, no es capaz de librar las críticas que continuamente recibe acerca de cómo observar en la realidad sus diferentes aspectos, sobre todo si la involucramos en el contexto de las ciencias históricas o antropológicas, particularmente la arqueología. Preguntas tan sencillas y tan absurdas como ¿cómo observamos la organización social del trabajo en los restos materiales? son válidas y, sin embargo, son difíciles de contestar directamente a partir de ese planteamiento. Empero, los que utilizan ese argumento, u otros de corte similar, se olvidan de que en arqueología uno de los caminos más socorridos y absolutamente imprescindibles para lograr entender los procesos sociales a través de los tepalcates y las piedras es el de la inferencia (véase Bate, 1977 y 1998, así como Gándara, *op. cit.*; Watson, LeBlanc y Redman, 1974; Chang, 1976; Binford, 1988; entre otros).

Hay otras definiciones alternas, como la que nos ofrece Morton Fried (1979) sobre los estratos sociales. Ésta ha sido más aceptada en los campos académicos de las ciencias antropológicas estadounidense y mexicano, principalmente. Propone el autor el término de 'sociedades estratificadas', y éstas están formadas por grupos de hombres que tienen un acceso diferenciado a los recursos de la sociedad de acuerdo con la posición que ocupan en el tejido social. Ni esta propuesta, ni otra ninguna, descartan el hecho de tener que usar la inferencia a partir del propio registro arqueológico, para llegar a grados de interpretación de los materiales estudiados. Así que consideramos que no hay un mecanismo automático que nos indique cuál es la ruta a seguir para buscar la interpretación correcta. Este camino, como ya anotamos, derivará de la estructura teórica que el investigador considere suficientemente capaz de contestar sus preguntas (Gándara, 1988).

Entre los términos clase social y estrato social no observamos divergencia alguna, sin embargo, es común que se nos quiera acusar de trabajar con términos diferentes y excluyentes entre sí, a lo que nosotros contestaríamos que en este caso, si bien los términos son distintos, sus conceptos son lo mismo. La supuesta diferencia deriva probablemente de los contextos y de las mentalidades que cada autor debía considerar para explicar su trabajo de acuerdo a la situación social particular en la que vivía. Así, el término de estratos sociales para nosotros no significa más que una manera distinta de llamar a los bloques sociales que tienen un diferente lugar en la producción y un diferenciado acceso a la riqueza que la misma genera, esto no es otra cosa que lo que mencionaba Lenin, incluso, en la definición de éste hay otros elementos que Fried no contempla.

Quizás la justificación del uso del mencionado término puede darla el contexto del terrorismo macartista en que vivía la sociedad estadounidense a mitad del siglo XX, y que sus antropólogos también sufrieron. Por otra parte, Fried en su texto empata explícitamente el proceso de aparición del estado con el de la aparición de los estratos sociales, esto es, se trata del mismo proceso del surgimiento del estado como parte del proceso del desarrollo de las clases sociales<sup>2</sup>. Asimismo, en la argumentación del autor sobre los estratos sociales no hay crítica alguna, ni descalificación, ni contraposición, del término clase social, es sólo otra manera de llamar a los grupos que conforman una sociedad dividida en su interior.

Sea como fuere, se utilice cualquiera de estas dos definiciones u otras similares, debemos considerar también las relaciones que se establecen al interior de los grupos; quizás sea éste uno de los puntos claves en la comprensión los conjuntos sociales y su integración. Esto es, no sólo debemos aclarar cuál es la relación de una clase social con respecto a la tenencia de la tierra o de otros medios de producción, cuál es su situación de acuerdo a los estatutos legales de la sociedad

---

<sup>2</sup> Así pues, aún cuando haya denominaciones diferentes, se trata del mismo proceso social y factible de ser estudiado desde la óptica de las diferentes teorías que traten sobre el tema (Cfr. Gándara, 1988)

en cuestión, sino que debemos comprender cómo se relacionan entre sí los distintos grupos que comprenden un conjunto social entero.

Muchas ocasiones, como en el caso de los tarascos, no hay datos suficientes para observar la conciencia de cada clase social, pero sí encontramos elementos que nos llevan a comprender el papel de una de ellas, la que más se interesaba por la continuidad del *status quo*, es decir la clase que se beneficia de las otras. A partir de allí debemos dilucidar la existencia de otros niveles sociales y su función dentro de la trama social, así como las relaciones que se establecen entre todos estos bloques.

No obstante lo anterior, nuestro empeño fundamental no consiste en profundizar sobre el nombre que deben tener esos grupos que conformaron la sociedad tarasca, el objetivo es, como ya se dijo, su identificación en el contexto arqueológico y la explicación de la diversidad del mismo a partir de la fragmentación de la sociedad en clases sociales, como aquí se les llama.

### **Las clases sociales en la sociedad tarasca.**

Encontramos pues, en la sociedad tarasca de principios del siglo XVI, grupos de personas que jugaban papeles muy distintos dentro de la generación de la riqueza social, es decir, de la producción, y cuya participación en el producto de la misma era también distinta, encontrándose además sancionada por las costumbres y las reglas que se establecieron en la sociedad. Estos grupos sociales se articularon de manera tal que cada uno tenía un papel particular en el contexto de la sociedad tarasca, como a continuación vemos.

En un estudio al respecto, García Alcaraz (1976) divide a la sociedad tarasca en dos grupos básicos a los que llama 'clase dominante' y 'clase dominada'. A su vez, a la primera de éstas la encuentra dividida en varios niveles: el *cazonci* o *yrecha*,

como máximo gobernante del yrechequa, representante en la tierra del dios tutelar de los tarascos (Curicauei)<sup>3</sup>; los achaecha (señores o principales, a su decir), que subdivide también en tres grupos (1, los funcionarios encargados de alguna rama en particular de la producción; 2, los encargados de la recolección del tributo y; 3, los caciques de las comunidades que, junto con los ocambecha, tenían sólo jurisdicción local); y los sacerdotes.

En tanto, continúa el autor, la clase dominada estaba integrada por varias esferas: comunidades de campesinos y pescadores, los esclavos y los cautivos, los artesanos y mercaderes y los purhêpecha (gente común) que labraban la tierra y servían en la guerra (García Alcaraz, 1976: 243).

Por su parte Ulises Beltrán (1994) divide la sociedad tarasca en dos grupos principales: "...el de la gente común y el de la 'nobleza', compuesta por dos familias emparentadas: la familia real y la nobleza" (*ibid.*:92). Profundiza sobre este segundo grupo olvidándose de la gente común. Indica que en la cima de la estructura social se encuentra el irecha y su corte y divide al resto de la nobleza en dos categorías: los servidores de la corte del irecha por un lado, y por el otro, a los administradores del sistema tributario.

Así, en la corte del irecha se encuentran los niveles superiores de los cargos otorgados por el propio irecha: el más alto es el del gobernador o angatácuri, le seguía el capitán general de las guerras; además estaban el sacerdote principal o petámuti, los cuatro señores que administraban cada una de las cuatro partes en que se dividía el territorio tarasco, así como el administrador general de los tributos, y los achaecha, cuya función no es clara más allá de servir de compañía del irecha; estaban también los guangariecha que eran los capitanes de los escuadrones de guerra, así como los caracha-capacha, que eran los gobernantes

<sup>3</sup> Quisiéramos aclarar que si bien el cazonci era el representante de Curicauei, este era más bien el dios tutelar de los tarascos-uacúsecha, ya que otras comunidades tenían sus propios dioses, como se puede leer en la *Relación de Michoacán*. En el proceso de generación del estado tarasco,

de cada pueblo, es decir, los caciques, como adelante los llama la *Relación de Michoacán*.

Fuera de la corte, sigue diciendo el autor, se encontraban los lugartenientes de los caracha-capacha, así como los ocambecha o recaudadores de tributo, que aunque no eran miembros de la alta nobleza tampoco formaban parte de la gente común. Por debajo de estos estratos superiores había también un grupo de gente encargada de administrar, procesar y redistribuir el producto del sistema tributario.

No coincidimos con el autor en el uso de términos europeos para designar a los diferentes integrantes de la sociedad tarasca, más aún cuando la *Relación de Michoacán* no es explícita en este sentido ni usa algunos de los términos empleados por Beltrán. De cualquier forma concordamos con él, así como con García Alcáraz, en que la división principal de la sociedad tarasca era en dos grandes grupos fundamentales que, de acuerdo con el documento referido, nosotros llamaremos los 'señores' o 'principales' y 'la gente baja'. Sin que esto quiera decir que se eliminen las diferencias que pudieran haber en cada uno de estos grupos.

Decíamos que en la *Relación de Michoacán* está más o menos bien representada la clase alta, en tanto que los bajos estratos de la sociedad prácticamente no aparecen en ella. Esto tiene desde luego una lógica interna pues se trata de un documento inclinado a justificar y legitimar la existencia del grupo dirigente y, particularmente, de aquel grupo que ostentaba el poder político: los uacúsecha.

Esto lo observa Pedro Viqueira quien, al hablar sobre los rituales de la muerte entre los tarascos prehispánicos, hace una descripción descarnada de la escasa participación de la gente baja en la historia oficial de los tarascos-uacúsecha, dice:

---

dominado por el mencionado linaje, va implícito el proceso de generación de una religión estatal en cuyo centro se encontraba el propio Curicaueiri (véase Pollard, 1993).

Poco es lo que nos dice la *Relación de Michoacán* sobre los estratos bajos, campesinos, pescadores, artesanos, que formaban la inmensa mayoría del pueblo tarasco, y por lo tanto no podemos saber con precisión cómo moría un hombre del común ni cómo reaccionaban a su muerte sus familiares y allegados. Estos estratos de la población del imperio tarasco aparecen como una masa informe que huye cuando amenaza la guerra, que intenta escapar de los sacrificios humanos, que se lamenta de los saqueos y destrucciones que padece, y que una vez sometida al control de un poder central paga sus tributos, va a luchar, resignada, en guerras que le son ajenas, y muere en abundancia en las batallas y en los sacrificios humanos, sin que nadie se preocupe por su muerte (Viqueira, 1981: 162).

Con todo, dentro de la propia *Relación de Michoacán* podemos observar algunos datos que nos son útiles para interpretar la existencia de una y otra clase social y, como decíamos, el papel que jugaron en la composición de la sociedad tarasca. Los que aquí enunciarnos vienen descritos básicamente en la tercera parte del documento, y tratan sobre las costumbres de contraer matrimonio y la forma en que se nombraban a los gobernantes de los pueblos conquistados.

Existen varios capítulos dedicados a describir las maneras de casarse, algunas veces sancionadas por el estado y otras no, aparentemente. Así, tenemos referencias de la forma en que se casaban los señores de alto rango social; por una parte lo observamos en la versión de la boda de don Pedro Cuiniaràngari, hermano adoptivo del último cazonci y gobernador de los indígenas tarascos una vez muerto el cazonci Tzintzicha Tangáxoan; mientras que por otro lado se relaciona la forma en que se casaban los señores, es decir la gente de alto status pero no exactamente la de los primeros puestos en la sociedad tarasca. También existen comentarios sobre la forma en que se casaban los integrantes de la clase baja, "gente baja" como le llama la *Relación de Michoacán*, así como "los que se casaban por amores", mencionando además otras formas como el hecho de casarse con una madre hasta esperar que la hija tenga edad suficiente para

desposarla, o la práctica de casarse con la cuñada cuando el hermano había muerto, etcétera.

De la lectura de la *Relación de Michoacán* desprendemos que la gente baja tenía mayor libertad para contraer matrimonio, pues era cuestión corriente que fuesen los padres de los contrayentes quienes concertaran la boda o fuesen los propios desposados los que cristalizaran la alianza cuando ya no había más remedio, dado que ya se habían "conocido", es decir, habían tenido relaciones amorosas.

Había rituales asociados con estos matrimonios que consistían en barrer el camino de la casa donde habitarían los recién casados; en ofrecer la dote y ajuares a los parientes de los novios; en que el novio cortara leña durante los días previos a la celebración de la boda; en que los padres prodigaran amonestaciones a uno y otro contrayente. En fin, dice la *Relación de Michoacán*:

Cuando se había de casar la gente baja, los parientes del que se había de casar hablaba con los padres y parientes de la mujer y ellos lo concertaban entre sí. Y a éstos, no iban los sacerdotes (*RM*, 2000: 617)

Esto último es muy significativo. Nosotros interpretamos que dicha "libertad" era en realidad más que eso, era una mostrada despreocupación por parte del estado del cómo se casaban los miembros de esta clase.

Es muy distinta la celebración de las bodas entre la gente de clase alta. Y aquí también había cierta diferencia en tanto el nivel al que se perteneciera. Así, decíamos, se aprecian dos capítulos referentes a esto: el referente a los señores en general y el que trata de los más altos peldaños sociales. Entre los señores, según dice la *Relación de Michoacán*, se concertaba la boda entre los padres de los futuros desposados y, una vez ataviada la novia era llevada a casa del novio, donde ya se tenía preparada la ceremonia y la fiesta, pero además, estaba allí un sacerdote, que era el que primero hacía uso de la palabra para amonestar a los

contrayentes; posteriormente lo mismo hacían los padres de los novios, y anota el mismo documento que el padre del novio decía:

muchas mercedes nos ha hecho nuestro hermano; plega a los dioses que sea así como se ha dicho y que nos oyédeses. Cómo, ¿yo no los amonestaré también a estos mis hijos? Ya nos ha dado nuestro hermano su hija, porque somos y tenemos nuestra cepa aquí, y aquí nos dejaron nuestros antepasados chichimecas (*ibid.*: 614)

La última parte de esta alocución deberemos tomarla en cuenta ya que podría significar la costumbre de conseguir esposa entre cierto o ciertos círculos; así, unos renglones abajo dice la *Relación de Michoacán*:

Esta manera tienen de casarse los señores entre sí, que se casaban siempre con sus parientas y tomaban mujeres de la cepa donde venían y no se mezclaban los linajes, como los judíos (*ibid.*: 614)

Incluso, entre los diálogos que tenían lugar durante la petición de mano, se puede leer que el padre de la novia respondía ante la pretensión: "...Días ha que tenía entención de dársela, porque soy de aquella familia y cepa y morador de aquel barrio, seas bien venido [...] sea como dicen; cómo ¿no tenemos allá nuestras sementeras?" (*ibid.*: 612).

Como vemos hay una marcada diferencia entre las costumbres de este segmento de la población y el de la gente baja en cuanto al matrimonio y los rituales ligados al mismo. El hecho de que entre los principales la boda fuera asistida por un sacerdote, representante del poder estatal, le confiere una mayor importancia, que nosotros traducimos en un mayor cuidado de los usos y el cumplimiento de las regulaciones que se establecen para la gente asociada al mismo poder, para la gente de mayor valor social en términos del estado.

Sin embargo, cuando se trataba de un personaje importante de la clase alta el matrimonio era determinado por el propio cazonci, entregando una de sus hijas o hermanas a un determinado señor que, ataviada con vestido nuevo, era conducida por un sacerdote, curitiecha, hasta la casa del mismo señor. Este sacerdote era quien primero hacía las amonestaciones comenzando así

he aquí esta señora que invía el rey; yo os la traigo. No riñáis, sed buenos casados, bañaos el uno al otro (*ibid.*: 609).

Adelante menciona la *Relación de Michoacán*:

Si eran otros principales más bajos, casábanse de esta manera. Estando emborrachándose el cazonci, decía: 'cásese fulano con tal mujer, porque tengo necesidad de su ayuda y esfuerzo'. Y dábanle su ajuar a aquella mujer y iban los sacerdotes a llevársela (*ibid.*: 611)

Hay que hacer hincapié en la diferencia que significa la presencia del sacerdote en el matrimonio. Reiteramos que en tanto la gente baja se casaba sin que fuera necesaria su intervención, en los matrimonios de la gente de alto nivel, sea cual fuese el grado de diferenciación social de estos, estaba presente el sacerdote; esto podría probar el esfuerzo del estado por velar por la constitución de las altas esferas sociales, es decir, de la gente que lo integraba, regulando de esta forma los matrimonios para sus propios fines políticos.

Esta reglamentación era también evidente en la conformación de los cuadros dirigentes del estado y sus dependencias y ramificaciones. Comenzando por la elección del propio cazonci y, desde luego, por el nombramiento de los diversos personajes del aparato y los caciques que gobernaban los pueblos.

El sucesor del cazonci era elegido por el cazonci en funciones. Toda vez que éste ya se sentía viejo, designaba a su sucesor, que podía ser uno de sus hijos y no

necesariamente el mayor, o algunos de sus sobrinos, como ocurrió en el caso de Hiripan y Tangáxoan, nombrados como futuros gobernantes por su tío Tariácuri, así como de su propio hijo menor Hiquingare, después de mandar matar a su primogénito, Curatame, que se emborrachaba en demasía. Inclusive, el nuevo cazonci comenzaba a ejercer algunas funciones aún cuando su antecesor vivía. Posteriormente, en la ceremonia de entronización del nuevo cazonci, se hacía una especie de ratificación del cargo en presencia de los integrantes de mayor jerarquía del estado.

El resto de los cargos eran asignados por el cazonci; algunos de ellos estaban reservados para los altos rangos de la clase alta, sobre todo aquellos que estaban más cercanos al propio cazonci, por ejemplo, el angatácuri (su gobernador), o el petámuti (sacerdote mayor). Pero no todos los oficios administrativos eran destinados a la clase alta. Vemos en las ilustraciones de la *Relación de Michoacán* que en realidad son pocos los dignatarios que portan bezote, símbolo de la pertenencia a los linajes de mayor relevancia social; así, observamos que los mayordomos y diputados sobre actividades particulares no tienen tal insignia de señorío, mucho menos los oficiales, como tampoco algunos de los diversos sacerdotes.

Una de las ventajas que representaba el ostentar tales cargos era que éstos se heredaban a familiares cercanos, hijos o hermanos, aunque siempre bajo la intervención del propio cazonci: "Todos estos oficios tenían por subcesión y herencia los que los tenían, que muerto uno quedaba en su lugar algún hijo suyo o hermano puestos por mano del cazonci" (*RM*, 2000: 562)

De la misma forma, los caciques, que eran los que gobernaban directamente los pueblos, eran puestos en sus cargos por el propio cazonci:

Tenia puestos por todos los pueblos caciques que ponía él de su mano y entendían en hacer leña para los qués, con la gente que tenía cada uno en su pueblo, y de ir con su gente de guerra a las conquistas (*ibid.*: 558)

y su cargo también era heredado, como lo menciona ampliamente el capítulo IX de la tercera parte, "*De la muerte de los caciques y cómo se ponían otros*", donde se puede leer:

Muriendo algún cacique en los pueblos de la provincia, venían sus hermanos y parientes a hacello saber al cazonci, y traíanle su bezote de oro y orejeras y brazaletes y collares de turquesas, que eran las insinias de señor [...] Y poníanle delante cinco o seis parientes suyos y hermanos del muerto, o de sus hijos o sobrinos, y decía el cazonci: '¿quién de estos será?. Decíanle al cazonci: 'señor tú lo has de mandar'. Y encomendaba aquel oficio al más discreto, el que tiene más tristezas consigo, según su manera de decir, que es el más experimentado y el que era más obediente (*ibid.*: 602)

El hecho de otorgarle los regalos señalados, las insignias de señor, significa el reconocimiento del rango social y político que ostentaba el agraciado desde ese momento. No creemos, sin embargo, que cualquier persona fuese merecedora de tal privilegio, sino sólo los nacidos en el seno de la clase alta, ya que en todo momento en que la *Relación de Michoacán* nombra a algún cacique siempre se le hace añadiendo el término de señor o principal, así se puede leer

Y repartieron los pueblos aquellos señores de los chichimecas y isleños. Estos principales siguientes tomaron asiento en: Carupu hucazio, Tiáchucuqua, Cháquaco, Zinguita, Tiúltani, Yzirimenga uaricha, Tauáchacu, Acume, Varicha tereco. Y los isleños en el pueblo de Hurapan. Otro principal llamado Cupáuaxanzi asentó en la Guacanan. Zapiuatamezaguenta asentó en Paracho; Chapata y Atiache hucáuati asentó en Chupingo

parápeo, que era valiente hombre. Utume y Catúquema en Chupingo parápeo. Y iban todos estos prencipales conquistando por su parte y conquistaron (*ibid.*: 524)

Incluso en las láminas que ilustran la *Relación de Michoacán* se observa el uso de los bezotes pero es notable que quienes los portan son siempre destacadas figuras de los cuadros que, según el contenido de los textos, son los personajes importantes de la sociedad tarasca. Hemos de aclarar que, por otro lado, este uso y función de los bezotes no es exclusivo de los señores que finalmente se apoderaron del poder político, los tarascos-uacúsecha, ya que en algunas figuras se aprecia a los señores de Itzparamucu (láminas IX y XX), así como a Cando, señor de Curinguaro (lámina XXVI), enemigos del mítico Tariácuri, con el bezote bajo el labio inferior (Cfr. Roskamp, 2000).

De tal forma, en la vigésima cuarta lámina, se puede ver al sacerdote mayor al momento de exponer la historia oficial, que es el mismo relato de la *Relación de Michoacán*, vestido con su indumentaria característica y portando un bezote al igual que los oyentes de primera fila, que están sentados sobre un banquillo o taburete y que también visten ropas que se distinguen del resto de los individuos pintados, quienes no usan tal elemento de distinción (figura 53).

Esto es más evidente en el árbol genealógico de los cazonci tarasco-uacúsecha (lámina XXVII); todos, desde el primer jefe reconocido del linaje, Thicátame, hasta el último de los cazonci, Tangaxoan II, son representados con su respectivo bezote. De hecho, los únicos dos personajes que aparecen en tal ilustración y que no tienen el referido elemento son Don Antonio y Don Francisco, hijos de Tangaxoan II. Quizás la explicación de la carencia del bezote en ellos es que eran niños cuando los españoles llegaron a Michoacán y no tuvieron tiempo de crecer



Figura 53.  
Lámina XXIV de la *Relación de Michoacán*. Véase el uso de bezotes en el sacerdote y los personajes de primera fila. (RM, 2000)

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Figura 54.  
Lámina XXVIII de la *Relación de Michoacán*. Se observa en ella al cazonci, su gobernador y los diputados sobre los diferentes oficios. (RM, 2000)

lo suficiente para que les fuese otorgado el accesorio; prueba de ello podría ser el que en la misma pintura se les ve ya vestidos a la usanza española<sup>4</sup>.

Pero así como es claro que los personajes de altos cargos políticos y niveles sociales usan estos bezotes (el cazonci, su gobernador, el sacerdote mayor, el capitán general, los caciques, de acuerdo a lo que refieren las pinturas del documento), no es tan cierto el nivel socio-político desde el cual dejan de portarlo. De tal manera, en la lámina XXVIII se ve al cazonci y su gobernador con el bezote, pero el resto de los personajes, que son los mayordomos de los oficios directamente vinculados con la casa gobernante, no traen tal insignia (figura 54). Tampoco lo portan aquellos diputados sobre los oficios que presenta la lámina XXIX.

Hay muchos otros elementos de distinción social, todos ellos hechos en materiales que provienen de diversas fuentes, algunas de las cuales permanecieron fuera del control de los tarascos y que presumiblemente llegaron a ellos por algún tipo de intercambio; éstos, de acuerdo con la cantidad encontrada en los registros arqueológicos, parece que se hicieron imprescindibles para marcar una profunda diferenciación social. De tal forma, en las colecciones arqueológicas se pueden observar pendientes, brazaletes, pulseras, collares, orejeras, y una gran cantidad de otros objetos hechos de oro, plata, obsidiana, turquesa, cristal de roca, entre otros. De aquí se infiere la capacidad del poder central para traerlos o para mandar a hacerlos, así como de disponer de ellos. En algunos casos se representan elementos relacionados con el linaje gobernante, por ejemplo, el magnífico pectoral de mosaiquillos de turquesa en forma de águila (figura 55).

---

<sup>4</sup> Nicolás León (1993c) apunta que los nombres de los hijos de Tangaxoan II se llamaron Don Antonio Uitziméngari Mendoza y Calzonzin, el primogénito, y Don Fernando. Sin embargo, en otro párrafo del mismo trabajo indica que los hijos del referido último cazonci fueron Don Antonio y Don Francisco. A nuestro parecer, así como lo anotado por Roskamp, el nombre correcto de este segundo hijo de Tangaxoan II es Francisco, así se puede leer en la lámina indicada.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

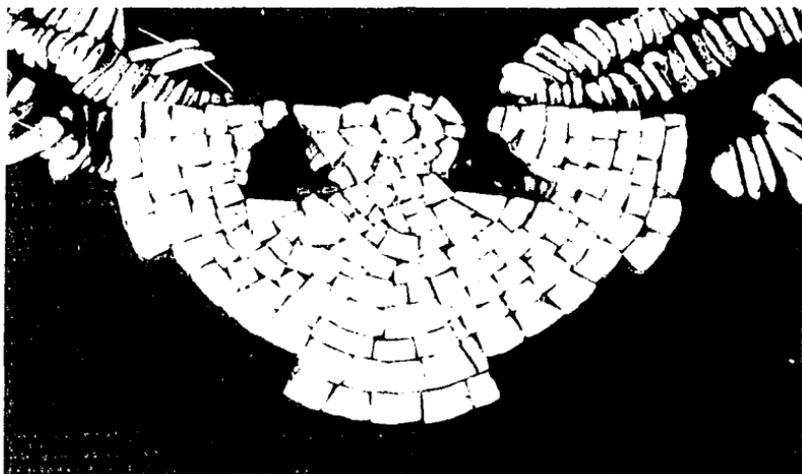


Figura 55.

Collar de mosaquillos de turquesa. Representa probablemente un águila, animal directamente asociado a los tarascos-uacúsecha. Procede de Tzintzuntzan. (Tomado de Pollard, 1994)

No queremos dejar de mencionar que, inclusive en la *Relación Geográfica de Ajuchitlán* se hace mención de la diferencia de vestimenta de acuerdo con el nivel social al que pertenecía el individuo. Así, indica

El habito y traje antiguo que dicen traian los señores y principales era unas ropas largas hasta los pies, tejidas de algodón, y muy galanas y de muchos colores, y, encima dellas, unas mantas hasta debajo de la rodilla, que les servían (y sirven hoy día) de capas; el cabello traian largo y tranzado. Los macehuales, que son gente plebeya, andaban desnudos y, algunos, con unas mantillas de las que digo sirven de capas (*Relación Geográfica de Ajuchitlán*, 1987: 37).

Sobre este mismo asunto nos dice la *Relación Geográfica de Cuiseo de la Laguna*, reforzando además la significación del uso del bezote

El habito que traian en general, era a modo de un costal encajado en el cuerpo, que les cubría hasta la rodilla, sin otra cosa alguna, sin manga ni cuello, ni calza ni sombrero. Traian cabellera y, cuando habían de pelear o trabajar, la entranzaban. No les era permitido traer otras vestiduras, si no era con licencia de su rey, y ésta la había algún hombre valiente, y al tal se la daba para que trajese manta rica, y rodela y arco, por la calle; y además, le daban una piedra preciosa que trujese colgada en el labio, para lo cual se lo horadaba. Y esto eran insignias de hombre de grandes méritos (*Relación Geográfica de Cuiseo de la Laguna*, 1987: 84).

Hemos visto, pues, que la sociedad tarasca estaba dividida en dos bloques, que bien podrían denominarse clases sociales. Una de ellas, la clase baja, formada por el grueso de la población, estaba bajo el control de la clase alta, más restringida en número de integrantes, pero ¿cómo se articulaban ambos sectores?. No hay que olvidar que es probable que dichas clases tuvieran divisiones internas, lo cual es más explícito en la clase alta, a partir de nuestra lectura de la *Relación de*

*Michoacán*, y de las relaciones geográficas del siglo XVI de la región, por tanto, la respuesta a la pregunta parece complicada, ya que tenemos pocos datos al respecto y no nos precisan los papeles de cada sector dentro del conjunto social; sin embargo, encontramos algunos indicadores que pueden auxiliarnos en este sentido, empero, debemos enfatizar que son producto de la visión de la clase alta, y más aún de los involucrados directamente con el control del estado.

En la *Relación de Michoacán* se hacen varias referencias sobre el por qué los señores gobiernan los pueblos y, en particular, por qué los tarascos-uacúsecha estaban destinados a regir la vida de los tarascos; todas son de corte ideológico. Hay observaciones sobre la mala conducta de algunos señores, hecho que les impedía gobernar; hay cuestionamientos sobre la ascendencia o la membresía a linajes de los gobernantes, que les hacía inaptos a los cargos; hay ofensas a los dioses que, obviamente, les alejaban de la posibilidad de ser señores de los pueblo.

Fueron los tarascos-uacúsecha los únicos miembros de la sociedad tarasca que hicieron lo que Curicaueri mandaba y, por tanto, fueron los destinados a gobernar y expandir los dominios de su numen tutelar, como lo afirma la mencionada fuente: "...mirad que muy altamente ha sido engendrado Curicaueri y con gran poder ha de conquistar la tierra..." (RM, 2000: 341). Por ello, para los tarascos-uacúsecha era importante cuidar de su dios, mantenerle las fogatas, hacerle sacrificios, oblaiones y otras ceremonias, librarle de sus enemigos, mantener en la tranquilidad su territorio. Estos esfuerzos daban como resultado el bienestar de la población que vivía con cierta estabilidad; a pesar de que uno de los mecanismos más socorridos para lograrla fuera la guerra y de que tenían que retribuirle a Curicaueri y a su representante en la tierra, el cazonci, con un tributo, como lo mencionan las relaciones geográficas y como abundaremos en el siguiente apartado.

De hecho, la *Relación de Michoacán* es explícita en cuanto a la función de los señores:

Y ayuntáronse todos los que habían quedado de los pueblos y dijoles Hirepan: "id, tomad vuestros pueblos, morá en ellos como de antes, torná a tomar vuestros árboles de frutas y vuestras tierras y sementeras. Basta. Ya nuestro dios Curícaueri ha usado de liberalidad y os lo torna. Traed leña para sus cúes y cavá sus sementeras para la guerra y estad a espaldas de sus escuadrones y acrecentá sus arcos y flechas y libradle cuando se viere en necesidad". Y todos respondieron que así lo harían y lloraban todas las viejas y viejos y muchachos [...] fuéronse todos a sus pueblos. Y no hacían asientos los pueblos, como no tenían regidores y cabezas, que se meneaban los pueblos y no estaban fijos, y de contino estaban temiendo y alterados. Y entraron en su consejo Hiripan y Tangáxoan y Hiquingaje y dijeron: "hagamos señores y caciques por los pueblos, que placera a los dioses que sosiegue la gente". Y fueron por todos los pueblos y hicieron caciques (RM, 2000: 523).

Desafortunadamente no tenemos noticia de ningún documento donde se deje ver el punto de vista de los dominados, ya que en la cita que aquí se muestra se los ve como necesitados de estabilidad social que los señores les garantizaron en el momento de sujetarlos. Debemos aclarar que lo transcrito corresponde al capítulo en el que Hiripan, Tangáxoan e Hiquingare, han llevado la guerra y conquistado ya un sinnúmero de lugares de lo que sería el territorio del estado tarasco, pero seguramente esos pueblos tenían asiento propio y gobernantes, por lo que cabría cuestionar la intención de los caudillos tarascos-uacúsecha; sin embargo, repetimos, no disponemos de otros datos que nos conduzcan a proponer las relaciones de articulación de las clases sociales que hemos descrito, de no ser las de tributación que ya mencionamos.

Así pues, la sociedad tarasca del momento de la conquista española había alcanzado un grado tal de división social que era patente en diferentes circunstancias y que se reflejaba en los diversos aspectos de la vida cotidiana. Es notable la actuación del estado en la preservación de esa división: en tanto que cuidaba con severas restricciones la conformación y el funcionamiento de la clase dirigente, la clase baja no le interesaba más que en sentido económico, político y militar. No obstante, los miembros de las diferentes clases sociales no tenían las mismas obligaciones ni gozaban de beneficios idénticos; estos dependían en buena medida de su nivel social, pero también de la forma de articulación y del papel orgánico que desempeñaron dentro del estado, como intentamos establecer en el capítulo siguiente.

## Capítulo 4.

### El Irechequa Tzintzuntzan. Su integración social y étnica.

Los tarascos-uacúsecha gobernaban sobre un extenso territorio y sobre una multitud de poblados, muchos de los cuales eran habitados por tarascos, como ellos mismos, pero otros más eran ocupados por gentes étnica y culturalmente diferentes a ellos. ¿Cómo era la relación de estos pueblos sojuzgados por el poder central con el estado tarasco? ¿cuál era su integración al mismo y qué papel jugaban en el contexto de los tarascos? Son dos cuestiones que trataremos de dilucidar en este apartado.

Entablando alianzas, realizando maniobras y argucias políticas, peleando y ganando las batallas a sus enemigos, esta fracción de los tarascos, llegó a dominar a sus rivales (comunidades tarascas y no tarascas). Llegó a imponer su recién conquistado poder, sobre los grupos que habitaban las riberas del Lago de Pátzcuaro y sus vecindades, para después comenzar sus campañas de expansión más allá de este ámbito y llegar a conformar el territorio que vimos en el segundo capítulo de este trabajo.

Pero así como una parte de esta vasta región estaba poblada por gente que hablaba su mismo idioma, había algunos hablantes de otras lenguas; incluso en el mismo corazón geopolítico de los tarascos, éstos se encontraron con hablantes de náhuatl. Así lo menciona la *Relación de Michoacán* cuando manifiesta que cerca de Pátzcuaro había un monte llamado Çacapu-hacuruçu "donde moran los naguatatos" (RM, 2000: 371).

Desafortunadamente el documento no es más explícito al respecto, incluso, estos nahuatlatos se confunden y se pierden en el resto de la narración, lo cual resulta obvio si entendemos que los advenedizos buscaron en principio raíces y nexos con la gente que encontraron con el objetivo de tener razones para poder ellos establecerse en el lugar. No obstante, parece que estos hablantes de náhuatl, permanecieron en sus comunidades aún hasta mediados del siglo XVI ya que, como argumenta Benedict Warren

Había también un grupo de indios hablantes de nahua que vivían en el área central de Michoacán alrededor del lago de Pátzcuaro. En 1556 Don Andrés, principal del pueblo de Ihuatzio, testificó que de los veintitrés barrios que estaban sujetos a Tzintzuntzan, cinco eran de 'nahuatlatos de la lengua mexicana'. Algunos testigos en 1573 se referían a estos nahuahablantes del área de Pátzcuaro como naguales o tecos. Hay algunas evidencias a favor de la tesis de que los tecos fueron los habitantes originales de esta región y que los tarascos que llegaron posteriormente se fundieron con ellos. Parece ser que fue entre ellos de donde el rey tarasco sacó sus intérpretes para sus tratos con los aztecas y después con los españoles. Algunos de estos nahuatlatos llegaron a ser muy influyentes durante el periodo de la colonización española (Warren, 1977: 11).

Como vimos en el segundo capítulo de este trabajo, una vez logrado el control de los pueblos ribereños del Lago de Pátzcuaro, y de los ubicados en sus inmediaciones, los tarascos-uacúsecha comenzaron la conquista de otras comunidades ubicadas hacia los diferentes rumbos, esto les permitió apropiarse de un territorio habitado por una gran cantidad de grupos diversos. Así pues, las primeras comunidades conquistadas, si seguimos el relato de la *Relación de Michoacán*, fueron las que estaban más cercanos a dicha área: las localizadas al

este y norte (Tiripetío, Etúcuaro, Chucándiro, Teremendo y Huaniqueo); posteriormente se dirigieron sobre las zonas al noroeste y oeste del mismo lago (Cumachén, Naranja, Zacapu, Cherán y Savina); después conquistaron los pueblos de Hurúapa, Hacáuato, Zitzupan, Chenengo, Vacapu, Tariayaran, Yuriri Hopácutio, Condébaro (*RM*, 2000: 519), donde, según la Relación geográfica de Tancítaro (1987), había pueblos de habla náhuatl y pueblos de idioma tarasco.

Las campañas continuaron hacia el norte (Charo, Jeruco, Cuitzeo, Tzitzimeo y Araró), posteriormente se desplazaron hacia la Tierra Caliente, donde si bien en la actualidad se tiene mayoritariamente toponimia tarasca, no dejan de haber algunos nombres en otras lenguas, y donde, a partir de los datos del registro arqueológico, la presencia tarasca es mínima. Este contraste evidencia, por lo demás, una profunda disparidad entre los datos que provienen de diferentes fuentes.

La *Relación de Michoacán* informa sobre otras conquistas, llegando a incluir a Zacatula, en la desembocadura del Río Balsas, así como Colima, regiones muy distantes de los que nosotros consideramos el territorio del estado tarasco. En este sentido hay mucha confusión generada a partir de las mismas fuentes, por ejemplo, en el caso de Zacatula, si bien la *Relación de Michoacán* indica que fue conquistada por Tzitzipandácuare, abuelo de Tzizíncha Tangáxoan, en las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés encontramos la siguiente anotación, a propósito de la ocasión en que el capitán les inquirió a algunos principales tarascos sobre la Mar del Sur, para que llevaran a algunos españoles

y ellos dijeron que les placía de muy buena voluntad, pero que para pasar al mar había de ser por tierra de un gran señor con quien ellos tenían guerra y que a esta causa no podían por ahora llegar a la mar (Cortés, 1979: 163)<sup>1</sup>

Esta mención a favor de la exclusión de Zacatula del territorio tarasco parece estar confirmada en el registro arqueológico, donde no se ha encontrado ningún elemento relacionado con éstos. Antes bien, las características de los materiales cerámicos dejan ver una cultura propia, distinta de la que conocemos de los tarascos, y a la vez muestran nexos culturales con el altiplano mexicano (Tula y México, particularmente) para las últimas etapas de su desarrollo prehispánico (Pulido, en prensa).

De tal modo, como ya lo dijimos, retomamos la propuesta que hicimos en 1987 sobre el territorio de dominio del estado tarasco (*vid supra*), que se basa en la confrontación de distintas fuentes históricas y que hasta ahora no hemos encontrado contradictorio con el conocimiento que se tiene de la arqueología tarasca, salvo en el caso del sitio de Salamanca, como se vio en el apartado anterior. Así tenemos un territorio que no se ajusta a lo que comprende el actual del estado de Michoacán que, si bien lo rebasa por algunos flancos, por otros sus límites quedan al interior de éste (véase figura 5).

De acuerdo con las diferentes fuentes, había dentro de este territorio un mosaico de etnias o, mejor dicho, comunidades con lenguas diferentes al idioma oficial del estado tarasco. De tal modo, encontramos grupos otomíes, matlatzincas, cuiltatecos, chichimecas, mazahuas, chontales, ñetamaechas, ocúmuechas y apanecas, así como otros hablantes de náhuatl (referido a veces como mexicano y en otras ocasiones como mexicano corrupto), además de hablantes de lenguas

---

<sup>1</sup> Brand (1993) expone que el cazonci Tzitzipandácuare conquistó el suroeste de actual estado de Jalisco, así como Colima y Zacatula hacia 1460, pero su hijo Zuanga, sucesor en el puesto, perdió muchos de estos territorios.

zayulteca, zapoteca, tamazulteca, tiam, cochín, quacomeca. Profundicemos un poco en ello.

La Relación geográfica de Jiquilpan (1987) menciona que en esta cabecera se hablaba la lengua mexicana y que era entendida por todos los habitantes del lugar, pero también se hablaba la zayulteca y la tarasca. No obstante, los topónimos de los pueblos sujetos a Xiquilpa tenían varios orígenes lingüísticos: tarasco (Patamba), probablemente tarasco (Ocomicho y Yopen), o sin definición (Cepines).

En cambio, en la Relación geográfica de Chocandirán (1987), incluida en la anterior, se leen los nombres de los pueblos sujetos a la cabecera y casi todos son tarascos o, en su defecto, españoles, así como uno cuya procedencia no está identificada. De tal manera que Tacasquaro, Oritero, Zonbimite, Tocunbo, Carijo, Querendaro, Pamatáquaro, Guazambo y Zirio, son definidos como tarascos, en tanto que San Cristóbal, evidentemente es español, pero Zequicho, no fue identificado. No obstante, en esta región todos hablaban tarasco.

Sin embargo, en la Relación geográfica de Tingüindín (1987), que es el mismo poblado de Chocandirán, además de algunos de los nombres anteriores, con ligeras variantes, expone los nombres de otros pueblos en tarasco (Carapa, Jantumbo, Charato, Chumbimitiro, Caringarao, Huretiro, etcétera), e indica que en los pueblos sujetos a esta cabecera se hablaba la lengua tarasca, pero también apunta que los habitantes de algunos de ellos hablaban la lengua mexicana.

Esta situación se repite en la Relación geográfica de Tepalcatepec (1987) y en la correspondiente a Tancítaro (1987). En la primera se cuenta que en la cabecera (Tepalcatepec) se hablaba la lengua tarasca, pero no así en Santa Ana Tellaman, sujeto de aquel, donde se hablaba la mexicana. En la segunda, se apunta que los pueblos de tierra fría de esta cabecera (San Miguel Irapendo, Araparicuaro, San

Juan Urapu, San Antonio Tamatácuaro, San Pedro Uanimba y San Francisco Uario) hablaban tarasco; en tanto que los ubicados en las tierras calientes, dependientes también de Tancítaro (Santiago Acahuato, Parácuaro, Apatzingán, San Juan Tendechútiro, Santa Ana Amatlán, Xalpa, Tomatlán y Puco) unos hablaban en lengua tarasca y otros en mexicana; nótese que varios de estos poblados incluso, conservaron sus nombres en náhuatl.

La coexistencia de varias lenguas se presentaba igualmente en las regiones de Tuxpan, Tamazula y Zapotlán, que antiguamente formaban la región de los Pueblos de Avalos y que ahora se encuentran en el estado de Jalisco. Las relaciones geográficas de estos pueblos indican que en la región hubo diferentes lenguas (mexicana, tiam y cochín para el primero; tamazulteca, la de Mechoacán y náhuatl, en el caso de Tamazula; la de Michoacán, la zayulteca, la zapoteca y el náhuatl, para Zapotlán); no obstante, la mexicana o náhuatl, era la general para todos. A pesar de la presencia de estas lenguas, los pueblos sujetos a estas tres cabeceras tenían nombres en náhuatl o en español, pero no encontramos nombres en tarasco.

En contraste con esta zona, donde se mezclaban los pueblos de hablas diferentes, había otras regiones donde se hablaba únicamente el náhuatl. Por ejemplo, en la zona de Quacomán (actualmente Coalcomán) habitaba gente de "lengua muy oscura" y todos hablaban la mexicana. Esta aseveración y los topónimos de los sujetos (Tequantepec, Huitontlan, Tzicanamitlán, Ocotlan, Cochiztlan y Tequilucan) nos lleva a pensar que la lengua debió ser una variante del náhuatl y que los españoles que hicieron la relación geográfica del lugar no estaban acostumbrados a oír o, quizás, oían diferente a la hablada en el centro de México<sup>2</sup>.

Por otro lado la Relación geográfica de Acámbaro, lugar en la frontera norte del territorio tarasco, indica que entre los pobladores de las comunidades sujetas a esta cabecera se contaban chichimecas, mazahuas, otomíes y tarascos, siendo la lengua de estos la general; incluso, en la toponimia de la región se tienen la mayor parte de los nombres en lengua tarasca, aunque hay algunos en náhuatl y otros en español. Asimismo, la Relación geográfica de Yuriria (1987) señala que las lenguas habladas en la zona son la tarasca, que es la general, y la chichimeca.

En cambio, para la zona sur del territorio tarasco, se tiene la Relación geográfica de Sirándaro y Guayameo (1987) que indica que si bien los pobladores de la provincia hablaban la lengua de Michoacán, los habitantes de Guayameo hablaban otra diferente, ya que eran apanecas, procedentes de la provincia de Zacatula. La toponimia de la región se da de acuerdo con la advocación cristiana de los poblados aunque hay algunos pocos nombres en tarasco: Guayameo (?), San Juan Etúquaro, San Pedro Pitacorán, San Pedro Cuxarán y, desde luego, el nombre de la propia cabecera: Sirándaro.

Mezclas también de lenguas y de nombres de pueblos se registran en la Relación geográfica de Ajuchitlán (1987), que indica que había indios tarascos, cuiltatecos y otros, y entre los topónimos de la región se encuentran en tarasco: Pungaravato y Apazingán; en náhuatl: el propio Ajuchitlán, así como Coyuca y Cuzamala (que refiere al mismo poblado de Apazingán); y en cuiltateco: Tlitichuc Umo. Por su parte la Relación geográfica de Sinahua (1987) menciona los nombres de algunos de sus sujetos: Choromoco, Cusaro y Ayanguíllán. Los dos primeros de clara filiación tarasca y el otro en náhuatl.

Sería de esperarse que hacia el centro del territorio tarasco se hablara su propia lengua pero incluso allí habían islas lingüísticas donde vivían otros grupos, como

<sup>2</sup> La propia *Relación de Quacomán* menciona que allí se hablaba el quacomeca tlatoalli, lo cual no significa más que, en términos literales, la lengua de los quacomecas, es decir, de los habitantes

vimos sucedía con los nahuatlato de Pátzcuaro o, el muy conocido caso de Charo, poblado ubicado actualmente al oriente de Morelia, y que fue también conocido como Matalcingo, justamente porque allí vivían algunos mallatzincas<sup>3</sup> que huían del dominio mexica y prefirieron el sometimiento al cazonci (Warren, 1977). En este sentido también se encuentra la Relación geográfica de Necotlán (1987), al sur de la actual Morelia, en la que se menciona que sus pobladores eran otomíes que antes vivían en Toluca y que aunque trataban y contrataban en tarasco, su propia lengua era, desde luego, la otomi.

Como vemos, dentro del territorio tarasco habían varios pueblos que no tenían parentesco alguno con los tarascos. Desafortunadamente, no hemos podido definirlos en términos arqueológicos, es una de las múltiples carencias de la investigación de esta disciplina en Michoacán que, por cierto, significa una labor de enorme magnitud, así que tendremos que conformarnos en este trabajo tan sólo con lo que respecto a ellos mencionan las fuentes. Sirva como ejemplo de la existencia de grupos diferentes a los tarascos dentro dicho territorio el trabajo que ya citamos sobre los terracalenteños (Grave y Pulido, 2000).

Todas estas comunidades jugaban papeles particulares dentro de la composición del estado tarasco. Tenemos datos para indicar que cada una tenía un carácter distinto de acuerdo a factores diversos, como son el origen étnico, la forma de conquista o alianza, y hasta probablemente la distancia con respecto al centro político tarasco. En seguida analizaremos la integración de estos grupos al estado tarasco.

Era una línea política corriente entre los últimos cazonci, permitir que otros pueblos pasaran de territorios enemigos al Irechecua Tzintzuntzan y se establecieran en él con la condición de que guardaran el debido respeto y

---

de Quacomán.

<sup>3</sup> Estos mallatzincas fueron conocidos dentro del territorio tarasco como pirindas.

obediencia al propio cazonci. Algunas relaciones geográficas testimonian estos hechos. Hubo casos en que los nuevos pobladores fueron puestos en las fronteras como auxiliares en el proceso de colonización, como agentes de defensa ante las invasiones y como elementos de guerra en los casos de campañas militares tarascas con el objetivo de extender el territorio del estado tarasco.

Así, algunos grupos matlatzincas fueron mandados a vivir en Cuseo (actualmente Cutzio), en plena Tierra Caliente, junto con algunos tarascos, de acuerdo con la relación geográfica del lugar. Sin embargo, sobre este asunto resulta particularmente ilustrativa la cita siguiente acerca de Necotlán

La cabecera de este pueblo, que se dice Necotlantongo, y sus barrios, es de una gente que se llaman otomíes: solían ser, antiguamente, de la provincia de México, de tierra de Toluca. Dicen los antiguos viejos que habrá como cien años que un principal otomí, que se decía Ucelo Apanze, vino huyendo de México y se recogió ante un señor que se decía Chichipandaquare, padre del cazonci, rey de esta provincia, y éste les dio estas tierras y los mandó poblar en este sitio, y en otros pueblos que se dicen Taimeo y Matalzingo, y en otros pueblos de tierra caliente, donde al presente viven (Relación geográfica de Necotlán, 1987: 186).

Esto mismo sucedió con otros grupos, como se desprende de la Relación geográfica de Acámbaro, en la que se lee que en tal lugar, como vimos, vivían conjuntamente grupos de varias étnias, y esto se repite en el caso de Guayameo

Tiene este pueblo [Sirándaro] un barrio que dista de esta cabecera como mil pasos, que se dice Guayameo (...) de indios de otra lengua que se dicen apanecas, que, en tiempos pasados, vinieron de la provincia de Zacatula. Y un señor de Mechoacan que se decía Tzitzispandaquare, abuelo del cazonci, los recogió, a ellos y a otros de otra nación y lengua, y los mandó

poblar y estar con este pueblo, y así han estado, de tiempo inmemorial, juntos (Relación geográfica de Sirándaro y Guayameo, 1987: 262-263).

Otra forma de colonización del territorio del estado tarasco era poblarlo con los propios indígenas tarascos ubicándolos en algunas comunidades, sobre todo hacia las fronteras (Tarecuato y Periban, entre otros). También existió la costumbre de reforzar las poblaciones ya establecidas con indios capturados en otras regiones, tal como aconteció con Sirándaro y Guayameo, pues su relación indica que "...los señores de Mechoacan, a quienes servían de ordinario, los iban reforzando de gente que traían cautivos de otras provincias, como Zacatula y Colima, y los poblaban en esta tierra caliente..." (*idem.*: 265)

Estas diferentes condiciones de poblamiento, el hecho de que en algunas comunidades hubiera gente de variada procedencia, o que el poblado fuera habitado enteramente por gente de distinta etnia a la tarasca provocaron, al parecer, peculiaridades en la forma de gobierno de cada una. Así, en Acámbaro, donde habían cuatro grupos distintos, habían también varios gobernantes locales:

Dicen que, como dicho está, eran sujetos al señor de Mechoacan, y éste enviaba persona que viniese a gobernar la parte de los tarascos, porque la de los otomíes y chichimecas, ellos eran gobernados por los señores que legítimamente eran de su nación. Y, muriendo uno destes, el que había de suceder iba al dicho señor a pedir que le diese licencia para gobernar su parcialidad (Relación geográfica de Acámbaro, 1987: 63-64).

Inclusive, las diferentes parcialidades étnicas de Acámbaro tenían cargas tributarias distintas, así lo menciona la propia relación

Dicen que eran, al tiempo que el Marqués del Valle vino a esta tierra, de un señor llamado el Cazonci, que señoreaba toda la provincia de Mechoacan,

al cual la nación tarasca de este dicho pueblo, en reconocimiento de vasallaje, le hacían algunas sementeras de maíz y otras semillas, con las cuales le acudían para regalo y servicio de su casa, y ansimismo, de en cuando en cuando le daban algunas mantas, no en mucha cantidad; y los otomíes y chichimecas no le servía de otra cosa más que de estar en frontera de los enemigos, y así, si en los recuentos ganaban algún despojo de mantas o prisioneros, acudían con todo ello al dicho señor (*Idem*: 63).

De esta diferente tasación u obligaciones nos habla también la *Relación de Michoacán*. Cuando el sacerdote mayor terminaba de relatar la épica historia mediante la cual los tarascos-uacúsecha se habían hecho del poder del estado tarasco, hacía algunas imprecaciones de carácter admonitorio; decía:

Oíd, esto os digo: vosotros qué decís que sois de Michuacan, ¿cómo, no sois advenedizos? ¿Dónde han de venir más chichimecas? Todos fueron a conquistar las fronteras y así sois advenedizos. De una parte, eres de Tangáchuran un dios de los isleños, vosotros que decías que sois de Michuacan y sois de los pueblos conquistados, que no dejaron de conquistar ningud pueblo, y sois en encensados, que así hacías a los cativos, y os dejamos por rellevo de nuestra boca, que no os sacrificamos ni comimos. Y mira que prometistes gran cosa: que haríades las sementeras a nuestro dios Curicaueri y prometiste el cincho y hacha, que fue que traírías leña para sus cúes y que estareís a las espaldas de sus batallones, que le ayudaréis en las batallas y que llevaréis sus relieves tras él, que es que llevaréis su matalotaje a la guerra tras dél, y que acrecentaréis sus arcos y flechas, con el ayuda que le daréis, y le defenderéis en tiempo de necesidad; todo esto prometiste. Así ya eres ingrato, eres ya hecho rey, tú, gente baja de Michuacan, todos sois señores y os traen vuestros asientos y sillas detrás de vosotros, todos os parece que sois reyes, aún hasta los que tienen cargo de contar la gente, los llamados ocambecha, todos sois

señores. Mira que Curicaueri os ha hecho reyes y señores. ¿Por qué no miráis a las espaldas, al tiempo pasado, cuando érades esclavos; ¡porque os conquistaron! (RM, 2000: 525-528).

Vemos aquí una amonestación para los caciques que aunque originalmente pertenecían a comunidades tarascas no uacúsechas fueron conquistadas por éstos e integradas al aparato estatal. Es posible que las élites de tales comunidades hayan quedado subordinadas a los tarascos uacúsecha aunque con alguna jerarquía social, lo cual les traía el beneficio de poder ocupar diversos puestos de la administración. Sin embargo, los habitantes de las comunidades, como tarascos que eran, tenían las obligaciones que les eran impuestas, tal como se establece en esta cita: labrar sementeras, acudir a las guerras y llevar leña a los templos.

No obstante no eran las tarascas las únicas comunidades que debían pagar tributo al cazonci. En las relaciones geográficas se apunta que otros pueblos, que no necesariamente eran tarascos o que habían sido conquistados mediante la guerra, tenían obligación de entregar algunos bienes, por ejemplo, la de Ajuchitlán menciona que le tributaban al cazonci oro, plata, algodón, mantas, bastimentos y esclavos; la de Chilchota indica que le daban mantas, camisas y maíz, y así por el estilo.

Empero, las comunidades que por voluntad propia decidieron sujetarse al estado tarasco, gozaron de cierta flexibilidad política y algunos otros privilegios; pues, si bien formaban parte del propio estado, sus obligaciones para con él, no eran las mismas que la de los tarascos y los pueblos sojuzgados por la fuerza. Por ejemplo, una de estas ventajas era la costumbre de ser gobernados localmente por un miembro de la misma comunidad no tarasca, como se adelantó arriba. Suponemos que el cargo recaía en un individuo con alto *status* social al interior de

su comunidad, pero que, como parte del estado tarasco, tenía que ser avalado por el cazonci, como lo indica la *Relación de Michoacán*.

Tanto se reconoce la diferencia de estas comunidades de colonos voluntarios que incluso en el propio documento se observan menciones de las mismas a propósito de la preparación para la guerra:

Y ataviábanse todos los valientes hombres, entiznábanse todos y poníanse en las cabezas unas guirnaldas de cuero de venado o de plumas de pájaros. Y a cada uno destos valientes hombres encomendaban un barrio, que era como capitania, y iba con cada barrio un principal que llevaba la cuenta de cada barrio y conocía los vecinos dél. Iban a esta conquista los de Mechuacan y los chichimecas y otomies que el cazonci tenía sujetos, y matalcingas y uetamaecha y chontales y los de Tuspa y Tamaçula y Çapotlan (RM, 2000: 582)

y renglones adelante se lee

ya habéis oído al que está en lugar de Curicaueri. Ya ha cumplido con lo que os ha dicho; mira que no lo tengáis en poco, vosotros los de Mechoacan y Cuyucan e Pázcuaru y vosotros caciques de todas la cuatro partes desta Provincia, y vosotros matalcingas y otomies y ocúmuechas y vosotros chichimecas (idem: 585)

En este sentido encontramos en las relaciones geográficas algunos nombres de gobernadores locales no tarascos de diferentes comunidades, por ejemplo, Noxti en Xiquilpan y Tlazutzin en Tlalpalcatepeque<sup>4</sup> que, por otra parte, el origen de los

<sup>4</sup> En sendas notas a pie de página, el editor de las relaciones geográficas utilizadas por nosotros para este trabajo, indica que los nombres mencionados pudieron haber sido Nochtli ("tuna") y Tlazotzin ("el señor que ensarta las cuentas"), respectivamente, ambos en náhuatl (*Relación de*

nombres de los poblados coincide con el de origen de los nombres de los gobernantes, es decir, derivarían del náhuatl, al igual que el caso de Tamazula que es más explícito

Dicen que se gobernaban por un principal desta provincia que se llamaba Acatl, el cual era de consentimiento del Cazonci, rey de Mechoacan, y que le hacían sus sementeras y obedecían en todo (Relación geográfica de Tuxpan, Tamazula y Zapotlán, 1987: 398).

Por su parte, los pueblos tarascos eran gobernados, como vimos, por principales del mismo origen, nombrados directamente por el cazonci; tal como sucedía en el caso de la fracción tarasca de Acámbaro, ocurría con el pueblo de Cuitzeo de la Laguna, como lo establece su relación geográfica que indica que además de ser tributarios del cazoci de Tzintzuntzan, le servían en la guerra y eran gobernados por un "juez" que les enviaba su rey, tanto para tenerlos en justicia como para cobrar los tributos. También la *Relación de Periván* nos dice que los gobernaba un principal llamado Pereche, "puesto por el cazonci de su mano". Como vimos, esta manera de hacer nombramientos era uso común entre el grupo, como es constatado por la *Relación de Michoacán*..

Tratando de observar estas peculiaridades en lo arqueológico, hemos visto que elementos tarascos-uacúsecha se presentan muy dispersos en el territorio sobre el cual gobernaron, aunque no en gran cantidad. En cuanto a lo tarasco no uacúsecha, no hemos sabido distinguir plenamente sus manifestaciones materiales además de lo ya anotado en capítulos precedentes. No es más halagüeño el panorama en relación a los otros grupos étnicos que vivieron dentro del territorio del estado tarasco: a la fecha no tenemos datos suficientes para distinguir los rasgos arqueológicos de éstos dentro del propio territorio. Quizás

---

Xiquilpan, 1987: 299, *Relación de Tlapalcatpeque*, 1987: 413). El editor, cabe recordar, es René Acuña.

tengan un bagaje de cultura material semejante al que tenían en su lugar de origen, el problema estriba en que ese tampoco lo conocemos con detalle, menos aún cuando tales materiales son los de uso común.

En dicho sentido habría que realizar una gran cantidad de trabajo en lo futuro, tratando de establecer cuáles son los elementos que distinguen a esos grupos en sus sitios de origen y después tratar de averiguar si esos materiales existen en el contexto arqueológico de los sitios de Michoacán que habitaron. Afortunadamente en la actualidad se está dejando de lado el centralismo que orilló a definir el desarrollo mesoamericano en torno a los grupos o sitios mayormente conocidos como rectores de las diversas épocas y se está estudiando la integración del México prehispánico considerando su enorme variabilidad cultural. Sin embargo, los resultados aún están en proceso por lo que no podemos hacer uso de los mismos.

A pesar de esto, los escasos rasgos tarascos-uacúsecha dentro de su propio territorio, así como la presencia de otros complejos culturales distintos y contemporáneos a ellos, nos llevan retomar lo que Pollard (1993: 133) ha mencionado: "La creación del estado tarasco y la emergencia de la élite Uacúsecha estuvo acompañada del establecimiento de una nueva ideología"<sup>5</sup>, por una parte, pero por otra, consideramos que en este proceso de consolidación del estado tarasco, la élite gobernante, los tarascos-uacúsecha, no tuvo tiempo o no quiso imponer esta ideología<sup>6</sup> a los conquistados ni a los otros grupos habitantes de su territorio. Nos explicamos.

---

<sup>5</sup> The creation of the Tarascan state and the emergence of the uacúsecha elite was accompanied by the establishment of new ideology

<sup>6</sup> Consideramos, por otro lado, que esta ideología estaba en franco proceso de generación y consolidación, debido a que la presencia de sus manifestaciones son escasas, como hemos tratado de dejar en claro.

La presencia de los elementos característicos de los tarascos-uacúsecha en diversos lugares de Michoacán implica la presencia fehaciente del poder del estado tarasco, encarnada ya sea en la persona de algunos de sus miembros, a los cuales probablemente se les dotaba con algunos elementos que los relacionaba simbólicamente con el propio estado, o bien en la presencia de las yácatas, que eran los templos dedicados al dios tutelar de los tarascos-uacúsecha, Curicaveri. Ambos casos no son, de ninguna manera, excluyentes por lo que se les puede encontrar asociados. Sin embargo, junto a estos, también se presentan manifestaciones culturales autóctonas pertenecientes a otros pueblos, a pueblos no tarascos, que pudieron ser los que hemos anotado arriba.

Esta conjunción nos representa la coexistencia de diferentes pueblos con culturas distintas, aunque sojuzgados por uno de ellos, que comenzó su expansión a través de mecanismos militares y que finalmente impuso sus determinaciones políticas sobre los otros pero no interfirió mayormente en su cultura. Es decir, una vez conquistados por los tarascos-uacúsecha, estos pueblos siguieron viviendo de acuerdo con sus propios patrones culturales pero bajo el poder político de aquellos que, por otra parte, se encontraban en un proceso de generación de su identidad frente a los otros grupos, hayan sido tarascos u otros distintos. Por ello no encontramos en el territorio tarasco una unidad cultural, antes bien existe una diversidad de manifestaciones culturales que, repetimos, a la fecha no hemos podido interpretar plenamente.

## Conclusiones.

Con los datos que hemos expuesto en los apartados previos trataremos ahora de dar respuesta a las preguntas planteadas al principio de este trabajo. Así, ofrecemos estos comentarios como conclusiones de esta investigación, no porque esté agotado el tema, sino más bien como una manera de sintetizar lo antes dicho y poner en claro las ideas vertidas.

La sociedad tarasca prehispánica fue un grupo que habitó en una gran porción del actual territorio del estado de Michoacán, extendiéndose hacia algunas áreas de los estados de Guanajuato, Guerrero y Jalisco. Su nicho ecológico, como grupo étnico, fue la sierra central de Michoacán, donde en la actualidad viven sus descendientes, que se autodenominan purhépechas; sin embargo, ocuparon otros ambientes, aunque no como resultado de un incremento poblacional sino más bien de estrategia política y militar.

Si bien, de acuerdo con los documentos históricos, los tarascos llegaron a una zona ocupada por diversos grupos de lenguas distintas, entre ellos otros tarascos que les antecedieron, el registro arqueológico parece contradecir esta versión y, en todo caso, nos obliga a matizar la aseveración; de tal modo que podemos decir que los tarascos que llegaron, los recientemente arribados a la cuenca de Zacapu y posteriormente a la Pátzcuaro, no fueron más que la fracción que se encargó de hacer la historia oficial del grupo, la *Relación de Michoacán*, una vez que vencieron en guerra a las otras fracciones ya asentadas de tarascos. Este último grupo fue el que la mencionada fuente identifica como los aunacaze o uacúsecha,

es decir, los tarascos-uacúsecha. No obstante, esta conquista del poder, la iniciaron a base de alianzas con algunas comunidades también tarascas.

Toda vez que los tarascos-uacúsecha obtuvieron la hegemonía del poder sobre las comunidades tarascas asentadas en la cuenca de Pátzcuaro, principalmente, comenzó a desarrollarse un aparato político-administrativo supracomunal, que desembocó en la generación del estado tarasco, lo cual, siguiendo una idea de Pollard (1993, 1996), significó la unificación del grupo. A la vez, inició también la expansión del territorio hacia otros nichos ecológicos, ya que se apoderaron de las regiones norteñas de ciénegas, lagos y valles, así como de la Tierra Caliente, localizada hacia el sur de la sierra del centro. De esta manera incluyeron en el estado tarasco a poblaciones de la misma filiación y de otras etnias, por tanto, a principios del siglo XVI las fuentes históricas que tratan sobre la región registran grupos de otomías, mazahuas, chichimecas, matlatzínca, cuitlatecas, apanecas, coacolmecas y tecos, entre otros.

De aquí que, ya para esa fecha el estado tarasco no sólo gobernaba al grupo que lo había originado, sino que, en términos actuales, era un estado multiétnico, una administración que gobernaba sobre pobladores de distinta procedencia filogenética, entre los cuales destacaban los propios tarascos.

Este proceso dio como resultado la conformación de una sociedad dividida en varios niveles sociales a los que nosotros llamamos clases sociales, ya que cada integrante tenía un papel dentro de la sociedad de acuerdo con el nivel en el que había nacido. Sin embargo, para ser más exactos, deberíamos hablar de la consolidación y profundización de las diferencias sociales ya existentes al inicio del proceso, como lo deja ver la *Relación de Michoacán*. La posición social que el individuo ocupara le garantizaría el acceso a los beneficios a que tenía derecho por pertenecer a una clase o a otra, así como también le acarrearía las obligaciones que esto mismo imponía. Aunque se mencionan diversos niveles

sociales, como los podríamos llamar, básicamente se trataba de dos grupos, como a continuación se explica (véase figura 56).

Desde luego, en la cima de la estructura social se encontraba el gobernante del estado, el cazonci, que era visto como el representante en la tierra del dios tutelar del grupo dominante, Curicaueri. Era acompañado en esta posición por su familia directa y por el mismo grupo dominante (linaje, como lo denomina el referido documento): los uacúsecha. Sin embargo, era únicamente su familia directa, el grupo de donde se elegían los sucesores al cargo mismo de cazonci, recayendo el título en el hijo –no necesariamente el primogénito–, o el sobrino; aunque, las últimas sucesiones se establecieron sólo en términos de padre a hijo<sup>1</sup>. Quizás esto esté relacionado de alguna manera con la emergencia de Tzintzuntzan como el asentamiento más importante del señorío en detrimento de la división tripartita que Tariácuri había establecido, en la que Ihuatzio y Pátzcuaro fueron las otras cabeceras del estado.

Al igual que los anteriores, formaban parte de la clase alta otros grupos que la *Relación de Michoacán* menciona como de apellidos Eneami y Tzacapu-hireti, ya que ambos, junto con los uacúsecha, eran del mismo linaje de Curicaueri, a decir del propio códice. Suponemos que entre estos se repartían los altos cargos de la administración del estado, ya sea con funciones políticas o religiosas; así, de ellos podrían salir las personas que ocuparían los puestos del gobernador del cazonci (*angatácuri*), de capitán general, de sacerdote mayor (*petámuti*), de los señores de las cuatro partes de la provincia, etcétera. Es posible que el documento designe a éstos con el nombre genérico de "los principales"

Integrante de esta clase era también el grupo que no deberíamos situar entre los linajes antes dichos; de hecho, para ellos la *Relación de Michoacán* no menciona apellidos ni nombre alguno, más bien los engloba como los "señores". Éstos tienen

<sup>1</sup> Hablamos de la sucesión del título desde Tangáxoan I, que fue sucedido por su hijo Tzitzispandécuare, a quien le sucedió su propio hijo, Zuangua y, luego el hijo de éste, Tzintzincha Tangáxoan II.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

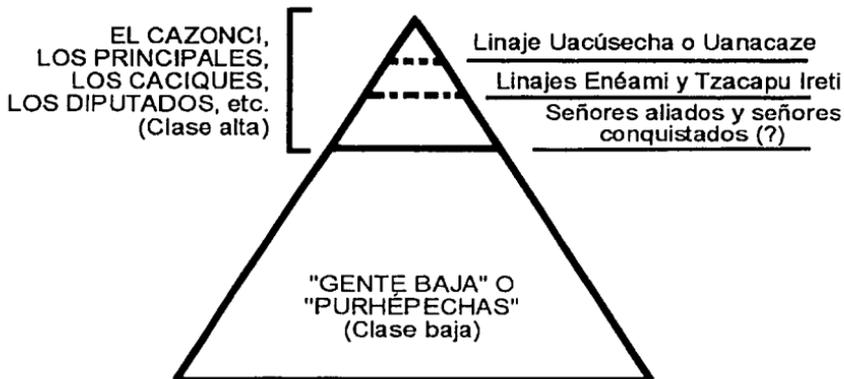


Figura 56.  
Estructura social de los tarascos, de acuerdo con las fuentes históricas.  
A la derecha, los grupos integrantes de la clase alta.

cierta presencia dentro del aparato administrativo, aunque sus cargos se refieren más a la operación de las funciones del estado que a la toma de decisiones políticas de interés general. Forman parte de este grupo los gobernantes de las diferentes localidades, es decir, los que el código menciona como "los caciques" y algunos "diputados", así como otros cargos que, por falta de información suficiente, no podríamos delimitar hasta qué punto dejarían de ser ostentados por los integrantes de la clase alta.

Consideramos, como lo hacen Pollard (1977) y Beltrán (1994), que no se trata de una clase media, como en nuestros días se definiría, sino de bajos estados de la clase alta, ya que estos gozan de algunas distinciones que los relacionan con los dignatarios que vimos arriba, tales como el uso de bezotes y la asistencia de un sacerdote en sus matrimonios, para apuntar los datos que vimos en el desarrollo de este trabajo.

Dándole soporte a estos principales, señores, caciques, cazonci y demás, se encontraba la clase baja, compuesta por el resto de la población que integraba el Irechecua Tzintzuntzan. Éstos tenían diferentes oficios y actividades relacionadas principalmente con la producción de los bienes necesarios para la subsistencia, pero también se convertían en guerreros cuando así lo requerían las campañas de expansión organizadas por la administración central del estado o en ocasión de las célebres batallas de contención de los mexicas, que también se encontraban en su propio proceso de expansión territorial.

No obstante, como vimos, esta clase se menciona escasamente en la *Relación de Michoacán* y, a veces con algún detalle, se habla de ella en las relaciones geográficas. En sí, esta clase es la que se denomina purhépecha, es decir, el común de la gente, la más amplia capa social que integró el estado tarasco, visto aquí no como aparato político-administrativo sino como estadio de desarrollo. No hay mayor mención en las referencias históricas de divisiones al interior de este grupo, pero entendemos que hubieron privilegios para algunos miembros de esta

clase de acuerdo al *status* que sus comunidades guardaban en relación al aparato de estado. Lo anterior repercutió en la cantidad y tipo de tributo al que se obligó a estas comunidades para con el cazonci.

De cualquier manera, hay claros indicadores que entre ambas clases sociales había diferencias profundas, incluyendo la manera de vestir y de ataviarse, de tal forma que la gente de la clase baja del grupo tarasco se vestía con un rudimentario sayo hasta las rodillas, de acuerdo con la mención de los documentos históricos; en tanto que los integrantes de los altos niveles, además usaban una especie de capa o filma sobre el mismo sayo y se aderezaban con bezotes, orejeras, guirnaldas y otros aditamentos, según determinadas normas ya establecidas. En este aspecto, además, hay que considerar los atuendos propios de los cargos públicos, como es el caso del sacerdote mayor, al que siempre se lo ve con un bastón, con un pectoral en forma de pinza-depilador y con una especie de bule con algunos adornos notorios.

También el matrimonio estaba sujeto a normas sociales; así, en tanto que el casamiento de los integrantes de la clase alta tenía que seguir pautas que la *Relación de Michoacán* indica extensamente con precisión, más aún cuando era cuestión de estado, los casamientos de la gente común estaban exentos de tal rigurosidad. Los primeros tenían que observar algunas reglas como el hecho de elegir esposa de un cierto grupo previamente señalado, en concordancia con el linaje al que se perteneciera y el rango social de éste, o la obligación de aceptar a la esposa que el cazonci designara, y la intervención de un sacerdote durante la boda. Por su parte, los segundos podían adquirir cónyuge a partir de convenios familiares o, simplemente, por el hecho de que los desposados querían hacerlo, sin que tuvieran que mediar mayores ni rígidas reglas. De aquí que, como dijimos atrás, el estado se preocupó en mayor grado por mantener la inflexibilidad de las costumbres de la clase alta, los allegados al propio poder; no así las de la gente común, que sólo le interesaba de manera económica. Esto implica la recreación

del estado y de la clase dominante dentro de un círculo cerrado, en el que se obligaba a sus integrantes a reproducir las propias condiciones de existencia.

Esta diferencia de clases, sin embargo, no es muy notoria en otros aspectos culturales, por ejemplo, en las construcciones habitacionales. De acuerdo con los documentos históricos, especialmente las pinturas de la *Relación de Michoacán*, la clase alta utiliza casas similares a las que ocupan los miembros de la clase baja. Las divergencias en las construcciones están asociadas más bien a los cargos político-administrativos toda vez que, como vimos, el cazonci o los otros mandatarios se encuentran en casas con pórtico, en tanto que el resto de las construcciones son dibujadas de manera sencilla.

Una posible explicación de este hecho podría deberse al grado de desarrollo tecnológico que los tarascos habían logrado sobre este rubro en particular. Es cierto que en algunas ramas de la producción los tarascos, o los grupos sujetos al estado tarasco, habían alcanzado singular destreza, como en el caso de la elaboración de artefactos de cobre y sus aleaciones, o el trabajo de la lapidaria; sin embargo, en cuanto a la construcción los habitantes del señorío tarasco no llegaron a las cúspides que se alcanzaron en otros lugares de Mesoamérica. Por ello puede ser que las construcciones tanto de la gente común como las que ocupó la clase alta, fueran más o menos similares; quizás para encontrar las diferencias sea necesario hurgar a fondo en el registro arqueológico en lo que se refiere a los patrones internos de los asentamientos. Sin embargo, pudiera ser que las divergencias en los tipos de casas y los ajueres asociados hayan sido mayores y que, no obstante, los indicadores de las mismas se hayan perdido con el paso del tiempo o que no los hayamos interpretado correctamente.

Un ejemplo dentro del registro arqueológico de esto último es el de la cerámica, ya que no hemos podido ubicar cuál es la que era utilizada por los tarascos, como grupo social entero. Así, tenemos tipos cerámicos que hemos clasificado como domésticos por ser de elaboración sencilla, y a los cuales se les asignan funciones

directamente relacionadas con la preparación y consumo de alimentos, principalmente; sin embargo, dada la variedad de pueblos que habitaron el territorio tarasco, conviviendo con este grupo, no ha sido posible precisar cuáles tipos son tarascos domésticos o cuáles otros pertenecen a los pirindas, o a los uetamaechas, por ejemplo. La confusión es mayor cuando consideramos que este grupo de vajillas fueron utilizadas también por los grupos de mayor jerarquía social.

En contraposición a estos datos arqueológicos, hay otros que nos llevan a realizar propuestas más profundas sobre la diferenciación social de los tarascos. De tal forma, contamos con algunos otros tipos cerámicos que nos sirven para identificar no sólo a la clase alta, sino también a los miembros relacionados directamente con el poder estatal. Es decir, de acuerdo con lo que hemos observado, nos refieren la presencia tácita del estado tarasco en algunos puntos de su propio territorio; su presencia nos hace pensar en los tarascos-uacúsecha, que son, valga la reiteración, el linaje que tenía en sus manos el aparato de estado y su poder.

Un primer tipo de este grupo cerámico es el que se conoce con el nombre Policromo tarasco. Éste es el de más fácil identificación en el registro arqueológico si se tiene el ojo entrenado, aún cuando se trate sólo de fragmentos. Es una cerámica de fino acabado con pintura de colores blanco, negro, rojo y naranja, principalmente, y que en muchos casos presenta decoración al negativo. Las formas de la misma muestran gran variabilidad ya que hay desde platos pequeños y sencillos, hasta formas caprichosas como vasijas en forma de aves, cajetes trípodes con grandes -y a veces desproporcionados- soportes, ollas con asas de estribo y vertederas tubulares curvas y ollas con cuerpos de varias puntas, entre otras.

Tiene también un sinnúmero de diseños decorativos, desde simples bandas, cruces, rombos, líneas de puntos y círculos formados por puntos, hasta motivos convencionales, que hemos visto como escaleras o puentes; zoomorfos, como

serpientes, aves de perfil con grandes patas; así como seres fantásticos estilizados como el ya mencionado hombre-rana.

Las formas cerámicas indicadas se repiten en otros tipos cerámicos menos decorados aunque con los mismos finos acabados. Así, por una parte, están los tipos bicromos que presentan los colores combinados naranja sobre rojo, rojo y blanco, rosa y rojo y naranja sobre blanco, básicamente. Por el otro lado, se encuentran los tipos monocromos en negro y en rojo, principalmente.

La elaboración de esta cerámica, dadas sus cualidades de homogeneidad, dentro de su amplia variabilidad, debió haber estado controlada y bajo supervisión de algún órgano estatal. Por ello, su presencia no es tan común en el territorio tarasco. Por otra parte, como vimos, esta cerámica se ha localizado en diversos sitios arqueológicos del estado de Michoacán, siempre asociada a los lugares de mayor importancia de los asentamientos y, con frecuencia, junto a los edificios ceremoniales. Esto lo hemos interpretado como un indicador de la importancia social que revestía este elemento cultural dentro del tejido social del estado tarasco, relevancia que hacía patente la jerarquía del individuo que la usaba y que, asimismo, debía estar vinculado con el poder estatal.

De la misma forma, la arquitectura monumental tarasca es un indicador de la estructura social conformada en niveles jerárquicos ya que si bien encontramos el mismo sistema constructivo en los edificios del grupo en su conjunto, una forma constructiva en particular nos remite sólo a los tarascos-uacúsecha. Es decir, si por una parte el sistema de construir de los tarascos los definía a ellos frente a las formas constructivas de otros grupos, la forma de los edificios que aquí hemos denominado "yácatas", como se comenzó a hacer en la literatura arqueológica desde los años de la década de 1930, era de uso exclusivo de los tarascos-uacúsecha, ya que ocupan una posición siempre privilegiada dentro de los asentamientos en los cuales se encuentran, además están directamente asociadas a la cerámica que hemos descrito arriba y, por otra parte, se tiene el

respaldo de documentos históricos que las mencionan, a las ubicadas en Tzintzuntzan, como las yácatas del cazonci.

Así pues, los edificios hechos a base de un amontonamiento inicial de piedras amorfas, que a medida que llegaban a su fachada les fue construido uno o dos muros escalonados, con peralte desproporcionadamente alto en relación con su estrecha huella y con talud muy cercano a la vertical, básicamente exentos de cementante, así como el empleo de plantas con formas cuadradas, rectangulares, en "T" y las yácatas, corresponden al grupo tarasco en su conjunto. Por otro lado, la misma forma constructiva y la yácata son sólo evidencias arquitectónicas del linaje de los tarascos-uacúsecha; esto es, tienen el mismo sistema constructivo por que son formas arquitectónicas tarascas, pero se destacan del resto de los diseños de las plantas porque las yácatas son las que éstos utilizaron como símbolo tangible de su presencia y, valga decir, de la presencia de su dios.

Debemos reconocer que si bien el uso de la piedra-laja es común en estas estructuras, la evidencia con que contamos nos indica que ésta fue una tendencia, pero que al final la preferencia pudo sujetarse a la disponibilidad de los materiales en cada región, de tal manera que encontramos yácatas construidas con una mayor parte de piedras brasas y algunas lajas; sin embargo, las de Tzintzuntzan, la capital del estado tarasco, son como se dibujaron en el corte esquemático, es decir, con abundante uso de lajas, casi exclusivo, en los muros que conformaron las fachadas de las estructuras.

También debemos precisar que el uso de lajas en las construcciones no es un rasgo cultural que sólo los tarascos hayan utilizado. Otros grupos mesoamericanos también usaron piedra-laja en sus edificaciones, puestas también a hueso; sin embargo, los edificios monumentales tarascos tienen un estilo propio que es fácilmente identificable frente a los que otros grupos construyeron.

Así, pues, estas yácatas diferencian a los tarascos-uacúsechas de los otros probables linajes tarascos de élite y de los purhépechas, es decir de los tarascos de los bajos niveles sociales. Lo mismo que la cerámica tarasco-uacúsecha que vimos anteriormente.

Falta mucho camino por andar para llegar a correlacionar cada uno de los grupos tarascos con sus propias formas culturales, pero por lo menos, a nuestro modo de ver, podemos ahora ser capaces de distinguir a uno de esos grupos. Las investigaciones que se realicen en lo futuro podrán arrojar más luces al respecto. Esto también es válido para los grupos culturales no tarascos integrantes del territorio dominado por los tarascos-uacúsechas, ya que apenas tenemos indicadores de la cerámica que fue utilizada por los matlatzincas de Charo, debido a que de ellos tenemos algunos sitios arqueológicos en los alrededores del valle de Toluca, o de los terracalenteños, cuyas características son hasta cierto punto muy diferentes a las de los tarascos.

En términos relacionados con el trabajo arqueológico de campo, podemos decir que la búsqueda del grupo tarasco en el territorio de Michoacán, se hace un tanto difícil, ya que podríamos encontrarnos frente a los vestigios arqueológicos del grupo tarasco y no identificarlos dado que no los hemos distinguido con precisión; aunque también puede darse el caso de enfrentarnos a grupos no tarascos que habitaban dentro del territorio de estado tarasco y no distinguirlos debido a la misma razón: poco los conocemos y, por lo tanto, poco los diferenciaríamos de los tarascos en general. No obstante, podríamos reconocer con facilidad a los tarascos-uacúsecha y argumentar, por lo mismo, la presencia inequívoca de los rasgos culturales arqueológicos del estado tarasco.

¿Qué significa la escasez de evidencias de los tarascos-uacúsecha en su propio territorio? ¿Qué relevancia tiene la existencia de otros rasgos culturales dentro del mismo? La respuesta a la segunda pregunta se nos antoja más o menos sencilla, por una parte, la variedad de rasgos culturales, así los diferentes tipos cerámicos,

las distintas formas constructivas, la presencia de metales, el uso de pipas en todo el territorio, etcétera, representan la existencia de pueblos no tarascos con características culturales particulares que siguieron siendo usadas a pesar de que fueron conquistados por los tarascos y englobados en el estado que regían los uacúsecha; por la otra, significan la completa pertenencia de estos grupos al entorno mesoamericano, no como sociedades marginales, sino como grupos absolutamente mesoamericanos con desarrollos culturales propios, aunque, desde luego, comparten los rasgos que otras sociedades de la región también presentan.

La primera pregunta es un tanto más compleja de ser contestada. Desde nuestro punto de vista, la escasez de esas evidencias significa la incipiente generación de rasgos culturales que estaban en consolidación. Esto es, a medida que los tarascos-uacúsecha se hicieron del poder del estado comenzaron a generar signos de su autorreproducción como grupo dominante, símbolos que les dieran presencia y los distinguieran entre el resto de los integrantes de la sociedad, tarascos y no tarascos; sin embargo, desde ese momento, 1460 d.C., hasta la llegada de los españoles, apenas habían transcurrido unas seis décadas que los tarascos-uacúsecha habían vencido al resto de los grupos tarascos de la cuenca de Pátzcuaro, por lo tanto, fue poco el tiempo del que dispusieron para lograr imponer su cultura a los otros grupos, cultura que, repetimos, aún estaba en generación y consolidación.

Sin embargo, podría haber una respuesta colateral, aunque no invalida la anterior, esta es que, como otros grupos mesoamericanos, los mexicas, por ejemplo, los tarascos-uacúsecha no tuvieron intenciones de cambiar la vida de los pueblos conquistados, sólo se valieron de ellos en cuanto a la extracción del tributo y de su auxilio para ensanchar el territorio o defender el que ya habían conquistado. Así pues, más que un dominio cultural de los tarascos-uacúsecha sobre el territorio de su estado, les interesó un dominio político que, al final de cuentas, les redituaba un dominio económico.

De cualquier manera, pueden ser éstas las razones por las cuales encontramos, cuantitativamente hablando, pocas evidencias de la presencia de los tarascos-uacúsecha, y con ello de los tarascos, dentro del territorio del Irchequa Tzintzuntzan. De hecho, nos quedamos con la impresión de que los tarascos que más conocemos son justamente los de la élite del poder, los tarascos-uacúsecha. Sabemos de la existencia de otros grupos tarascos que difícilmente la arqueología podrá explicar, al menos con los conocimientos actuales, pero que su presencia está documentada en los registros históricos. Hasta que no se hagan profundos ejercicios en que se tomen ambas fuentes de conocimiento, no podremos avanzar en este sentido; estaremos confundiendo el todo por la parte, sin ser capaces de explicar la variabilidad de los rasgos culturales o haciéndolo erróneamente.

Esto nos lleva a replantear la definición de la cultura arqueológica de los tarascos, a quienes hemos conocido tradicionalmente mediante los rasgos culturales de una de sus partes principalmente, la que ostentó el poder político, pero desconocemos hasta ahora las características culturales que eran el patrimonio del grueso de la gente o de los grupos que no controlaron el poder; esto nos deja satisfechos sólo a medias, antes bien, hay que seguir buscando en las fuentes históricas, en los materiales y los datos arqueológicos para llegar a tener un mayor acercamiento a la conformación cultural de los tarascos y de los otros grupos que integraban el estado tarasco. Será a partir de este punto que podamos explicar convincentemente la pluralidad cultural que se observa dentro de los dominios del cazonci.

Por otro lado, esta manera de analizar la cultura de los pueblos nos plantea la necesidad de romper con la visión de la cultura monolítica con que comúnmente se reconocen a las sociedades, a pesar de saber que, muchas de ellas, particularmente las que forman las actuales naciones, se conforman de una gran cantidad de comunidades culturalmente diversas.

### Bibliografía citada.

- ARANA de Swadesh, Evangelina.  
1975 "Otras lenguas" en Varios: **Las lenguas de México II**. SEP-INAH, México. Col. México: panorama histórico y cultural.
- ARNAULD, Charlotte y Brigitte Faugère-Kalfon.  
1998 "Evolución de la ocupación humana en el centro-norte de Michoacán (Proyecto Michoacán, CEMCA) y la emergencia del estado tarasco", en Véronique Darras (coord.): **Génesis, culturas y espacios en Michoacán**. CEMCA, México.
- ARNAULD, Marie Charlotte, Marie France Fauvet-Berthelot y Dominique Michelet.  
1994 "Los tarascos de Michoacán" en Brigitte Boehm (coord.): **El Michoacán antiguo. Estado y sociedad tarascos en la época prehispánica**. El Colegio de Michoacán-Gobierno del estado de Michoacán, Zamora, México.
- ARRIAGA, Antonio.  
1993 "Características de los tarascos y mutilaciones del sistema dentario" en Angelina Macias (comp.): **La arqueología en los Anales del Museo Michoacano. Epocas I y II**. INAH, México.
- BATE, Luis Felipe.  
1977 **Arqueología y materialismo histórico**. Ediciones de cultura popular, México.
- 1978 **Sociedad, formación económico social y cultura**. Ediciones de cultura popular, México.
- 1998 **El proceso de investigación en arqueología**. Editorial Crítica, Barcelona.
- BELTRÁN, Ulises.  
1994 "Estado y sociedad tarascos en la época prehispánica" en Brigitte Boehm (coord.): **El Michoacán antiguo. Estado y sociedad tarascos en la época prehispánica**. El Colegio de Michoacán-Gobierno del estado de Michoacán, Zamora, México.

- BERNAL, Ignacio.  
1980 **A history of a mexican archaeology.** Thames and Hudson, Londres.
- BINFORD, Lewis R.  
1968 "Archaeology as anthropology", en Mark P. Leone (ed.): **Contemporary archaeology.** Aldine Co., Chicago
- 1988 **En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico.** Editorial Crítica. Barcelona.
- BONAVIT, Julián.  
1908 Objetos arqueológicos encontrados en Ihuatzio", en **Boletín de la Sociedad Michoacana de Geografía y Estadística.** Tomo IV, núm. 14. Morelia.
- BROWN, Roy.  
1994 **Paleoecología y arqueología en la frontera norte de Mesoamérica: un análisis.** INAH, México. Cuadernos de trabajo, 13.
- CABRERA Castro, Rubén.  
1976 **Arqueología de la Villita. El Bajo Balsas.** Tesis de Maestría, ENAH, México.
- 1986 "El desarrollo cultural prehispánico de la región del Bajo Balsas" en Varios: **Arqueología y etnohistoria del estado de Guerrero.** INAH-Gobierno del estado de Guerrero, México.
- 1987 "Tzintzuntzan. Décima temporada de excavaciones", en B. Dahlgren et al. (orgs.): **Homenaje a Román Piña Chán.** IIA-UNAM, México.
- 1988 "Nuevos resultados de Tzintzuntzan, Michoacán, en su décima temporada de excavaciones" en Varios: **Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México. Memoria.** Centro Regional de Querétaro-INAH, México. Cuaderno de trabajo, 1.
- 1995 "Objetos de molienda de Carapan, Michoacán, que sugieren relaciones con culturas de Centroamérica", en E. Williams y P. Weigand (eds.): **Arqueología del Occidente y Norte de México.** El Colegio de Michoacán, México.
- 1996 "Cerámicas suntuarias de Tzintzuntzan, Michoacán" en Ana María Crespo y Carlos Viramosntes (coords.): **Tiempo y territorio en**

**arqueología. El centro-norte de México.** INAH, México. Col. Científica, 323.

CABRERO G., Ma. Teresa.

1995 **La muerte en el Occidente del México prehispánico.** UNAM, México.

CAHUE, Laura y Helen Pollard.

1998 "Cambios en las costumbres funerarias de Urichu: la importancia de la antropología física" e, Varios: **El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Congreso de Occidentalistas.** Universidad de Guadalajara-ORSTOM, México.

CAROT, Patricia.

1994 "Loma Alta, antigua isla funeraria en la Ciénega de Zacapu, Michoacán" en E. Williams y R. Novella (coords.): **Arqueología del occidente de México.** El Colegio de Michoacán, México.

2000 "Las rutas al desierto: de Michoacán a Arizona" en Marie-Arletti Hers *et al.* (eds.): **Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff.** UNAM, México.

CASO, Alfonso.

1930 "Informe preliminar de las exploraciones realizadas en Michoacán", en **Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.** 4<sup>a</sup>. Época, tomo VI, núm. 2. México.

CASTRO Leal, Marcia.

1986 **Tzintzuntzan, capital de los tarascos.** Gobierno del estado de Michoacán, Morelia.

CASTRO Leal, Marcia, Clara L. Díaz y Ma. Teresa García.

1989 "Los tarascos", en E. Florescano (coord. gral.): **Historia general de Michoacán.** Gobierno del estado de Michoacán-Instituto michoacano de cultura, México.

CHADWICK, Robert.

1971 "Archaeological synthesis of Michoacan and adjacent regions" en R. Wauchope (ed. gral.): **Handbook of Middle American Indians.** Vol. 11. University of Texas Press, Austin.

CHAMOREAU, Claudine.

1998 **Description du purépecha parlé sur des îles du lac de Patzcuaro (Mexique).** Tesis de doctorado. Universidad de París V, René Descartes, París.

- CHANG, K.C.  
1976 **Nuevas perspectivas en arqueología.** Alianza editorial, Madrid. Col. El libro de bolsillo, 627.
- CONTRERAS Ramírez, José Antonio.  
1985 **La presencia tarasca en el estado de Guanajuato: fluctuación de frontera.** Tesis de licenciatura. Universidad Veracruzana, Jalapa.
- CORONA Núñez, José.  
1993 "La religión tarasca", en Angelina Macías G. (comp.): **La arqueología en los anales del Museo Michoacano (épocas I y II).** INAH, México. Col. Antologías; serie Arqueología.
- CORONA Sánchez, Eduardo.  
1970 "Hallazgo arqueológico en Tiristarán", en **Boletín INAH.** Núm., 42, México.
- DURÁN, Diego (fray).  
1967 **Historia de las indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme.** Editorial Porrúa, México. Col. Biblioteca Porrúa, 36 y37.
- FABREGAS, Andrés.  
1977 "El marxismo como antropología" en **Nueva Antropología.** Núm. 8, México.
- FAUGÈRE-KALFON, Brigitte.  
1996 **Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza.** CEMCA, México. Col. Cuadernos de estudios michoacanos, 7.
- FLORANCE, Charles.  
1985 "Recent work in the Chupicuaro region", en M. Foster y P. Weigand (eds.): **The archaeology of the west and northwest Mesoamerica.** Westview Press, Boulder and London.
- FRIED, Morton  
1979 "Sobre la evolución de la estratificación social y del estado", en J.R. Llobera (comp.): **Antropología política.** Editorial Anagrama, Barcelona.
- GANDARA, Manuel.  
1988 "Observaciones sobre el término teórico estado arcaico", en L. Manzanilla (ed.): **Coloquio V. Gordon Childe. Estudio sobre las revoluciones neolítica y unmana.** IIA-UNAM, México.
- 1992 **La arqueología oficial mexicana.** Causas y efectos. INAH, México. Col. Divulgación.

- GARCÍA Alcaraz, Agustín.  
1976 "Estratificación social entre los tarascos prehispánicos", en P. Carrasco y J. Broda, et al.: **Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica**. SEP-INAH, México.
- GENDROP, Paul.  
1987 **Arte prehispánico en Mesoamérica**. Editorial Trillas, México.
- GILBERTI, Maturino (fray).  
1997 **Vocabulario en Lengua de Mechoacán**. Fondo Teixidor-El Colegio de Michoacán, México.
- GOGGIN, John.  
1943 "An archaeological survey of the Rio Tepalcatepec basin, Michoacán México", en **American antiquity**. Vol. 9, núm. 1.
- GONZÁLEZ Crespo, Norberto.  
1979 **Patrón de asentamientos prehispánicos en la parte central del Bajo Balsas: un ensayo metodológico**. INAH, México. Col. Científica, 73.
- GORENSTEIN, Shirley y Helen Pollard.  
1983 **The tarascan civilization: a late prehispanic cultural system**. Vanderbilt University, Nashville, Tennessee. *Publications in anthropologist*, 28.
- GRAVE Tirado, Luis Alfonso.  
1998 **Proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia. Informe final**. Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México. Mecanoescrito.
- GRAVE Tirado, Luis Alfonso y Salvador Pulido Méndez.  
2000 "Los terracalenteños: una cultura arqueológica del Postclásico en Michoacán" en **Antropológicas**. Núm. 17. IIA-UNAM, México.
- HARRIS, Marvin.  
1985 **El materialismo cultural**. Alianza editorial, Madrid.
- HEYDEN, Doris y Paul Gendrop.  
1975 **Pre-columbian architecture of Mesoamerica**. Harry N. Abrams Inc. Publishers, New York.
- HOSLER, Dorothy.  
1994 **The sounds and colors of power. The sacred metallurgical technology of ancient west Mexico**. Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, Mass.

- 1999 "Recent insights into the metallurgical technologies of ancient Mesoamerica", en **JOM**. Vol. 51, núm. 5.
- HOSLER, Dorothy y Andrew Macfarlane.  
1996 "Copper sources, metal production, and metal trade in late postclasic Mesoamerica", en **Science**. Vol. 273. American Association for the Advancement of Science.
- KAHN, J. S.  
1975 **El concepto de cultura. Textos fundamentales**. Editorial Anagrama, Barcelona.
- KAPLAN, David y Robert Manners.  
1979 **Introducción crítica a la teoría antropológica**. Editorial Nueva Imagen, México.
- KELLY, Isabel.  
1947 **Excavations at Apatzingán, Michoacán**. Publications in anthropology, 7, Viking Fund, New York.
- KROEBER, A. L. y C. Kluckhohn.  
1952 **Culture. A critical review of concepts and definitions**. Papers of the Peabody Museum of american archaeology and ethnology/Harvard University. Vol. XLVII, Núm. 1.
- LENIN, Vladimir I.  
1979 "Una gran iniciativa", en **Obras escogidas en tres tomos**. Editorial Progreso, Moscú. Tomo 3.
- LEÓN, Nicolás.  
1976 **Noticias para la historia primitiva y conquista de Michoacán, colegidas de las obras más notables, documentos inéditos y pinturas jeroglíficas hasta hoy conocidas**. Editorial intermichoacana "Antonio Arriaga Ochoa". Morelia.
- 1993 "¿Cuál era el nombre gentilicio de los tarascos y el origen de este último?", en Angelina Macías G. (comp.): **La arqueología en los Anales del Museo Michoacano (épocas I y II)**. INAH, México.
- 1993b "Anomalías y mutilaciones étnicas del sistema dentario entre los tarascos pre-colombinos" en Angelina Macías G. (comp.): **La arqueología en los Anales del Museo Michoacano (épocas I y II)**. INAH, México.
- 1993c "Reyes tarascos y sus descendientes hasta la presente época", en Angelina Macías G. (comp.): **La arqueología en los Anales del Museo Michoacano (épocas I y II)**. INAH, México.

- LINTON, Ralph.  
1971 **Cultura y personalidad.** FCE, México. Col. Breviarios, 145.
- LISTER, Robert.  
1948 "Summary of excavations at Cojumatlán, Michoacán", en **SMA: El occidente de México. Cuarta reunión de mesa redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica.** Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- LITVAK King, Jaime.  
1968 "Excavaciones arqueológicas en la presa La Villita" en **Boletín del INAH**, Núm. 31, INAH, México.
- LÓPEZ Austin, Alfredo.  
1981 **Tarascos y mexicas.** Fondo de Cultura Económica-SEP, México.
- LUMHOLTZ, Carl.  
1986 **El México desconocido.** INI, México. Clásicos de la antropología, 11.
- MACIAS Goytia, Angelina.  
1988 "La arqueología en Michoacán", en C. García Mora y M. Mejía Sánchez: (coords.): **La antropología en México. Panorama histórico. 13: La antropología en el Occidente, el Bajío, la Huasteca y el oriente de México.** INAH, México. Col. Biblioteca del INAH.
- 1989 "Los entierros de un centro ceremonial tarasco" en **Estudios de antropología biológica. IV coloquio de antropología física Juan Comas. 1986.** UNAM-INAH, México.
- 1990 **Huandacareo: lugar de juicios, tribunal.** INAH, México. Col. Científica, 222.
- 1991 **La arqueología de Michoacán: bibliografía para su estudio.** INAH-Centro Regional de Michoacán, México. Cuaderno de trabajo, 14.
- 1996 "Una presencia tarasca en Cuitzeo", en Varios: **Estudios del México antiguo.** INAH, México. Col. Científica, 315.
- MACIAS, Angelina y Martha Cuevas.  
1982 **Rescate arqueológico en Copándaro de Galeana, Michoacán. Informe.** Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, México. Mecanoscrito.

MANZANILLA, Rubén.

1984 **Loma de Santa María I, Morelia, Michoacán.** Tesis de licenciatura, ENAH, México.

1996 "La cerámica arqueológica de Loma de Santa María I, Morelia", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes: **Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México.** INAH, México. Col. Científica, 323.

MALDONADO Cárdenas, Rubén.

1980 **Ofrendas asociadas a entierros del Infiernillo en el Balsas.** INAH, México. Col. científica, 91.

MENDIZABAL, Miguel Othón de.

1946 "El Lienzo de Jucutacato" en **Obras completas.** Talleres Gráficos de la Nación, México. Tomo 3.

MICHELET, Dominique.

2000 "Yácatas y otras estructuras ceremoniales tarascas en el Malpaís de Zacapu, Michoacán", en J. Litvak y L. Mirambel (coords.): **Arqueología, historia y antropología.** In Memoriam José Luis Lorenzo Bautista. INAH, México. Col. Científica, 415.

MOEDANO, Hugo.

1941 "Estudio preliminar de la cerámica de Tzintzuntzan. Temporada III, 1939-1940" en **Revista Mexicana de Estudios Antropológicos.** T. V, núm. 1. Sociedad Mexicana de Antropología, México.

1946 "La cerámica de Zinapécuaro, Michoacán", en **Anales del Museo Michoacano.** 2ª. Época, núm. 4. INAH, México.

MÜLLER, Florencia.

1979 **Estudio tipológico provisional de la cerámica del Balsas medio.** SEP-INAH, México. Colección científica, 78.

MUÑOZ Camargo, Diego.

1986 **Historia de Tlaxcala.** Historia 16, Madrid. Col. Crónicas de América, 26.

NOGUERA, Eduardo.

1929 [Sin título]. Mecanoescrito. Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.

1931 "Exploraciones arqueológicas en las regiones de Zamora y Pátzcuaro, Estado de Michoacán", en **Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.** 4ª. Época, tomo VII, núm. 1, México.

- 1942 **Cultura tarasca.** El Nacional, México.
- 1944 "Exploraciones en Jiquilpan", en **Anales del Museo Michoacano**, 2ª. Época, INAH, México.
- 1948 "Estado actual de los conocimientos acerca de la arqueología del noroeste de Michoacán", en SMA: **El occidente de México. Cuarta reunión de mesa redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica.** Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- 1975 **La cerámica arqueológica de Mesoamérica.** UNAM, México.
- OLIVEROS, Arturo.
- 1976 "Michoacán", en Varios: **Los señoríos y estados militaristas.** SEP-INAH, México. Col.: México. Panorama histórico y cultural.
- 1989 "Las tumbas más antiguas de Michoacán", en E. Florescano, (coord. gral.): **Historia general de Michoacán.** Gobierno de Estado de Michoacán-Instituto Michoacano de Cultura, México. Vol. 1.
- OLIVEROS, Arturo y Magdalena de los Ríos.
- 1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono" en **Arqueología**, 2ª. Ép. Nos. 9-10. INAH, México.
- PEÑA, Estela.
- 1979 **Los tarascos a través de las fuentes y la arqueología.** Tesis de licenciatura, ENAH, México.
- 1983 **Informe del rescate arqueológico realizado en Teremendo, Michoacán.** Mecanoescrito. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.
- n.d.* **Informe de la temporada de campo realizada en la zona arqueológica de Teremendo.** Mecanoescrito. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.
- PÉREZ González, Benjamin.
- 1975 "Clasificaciones lingüísticas" en Varios: **Las lenguas de México I.** SEP-INAH, México. Col. México: panorama histórico y cultural.
- PINEDA Alvear, Ma. del Carmen y Salvador Pulido Méndez.
- 1987 **Desarrollo socio-político tarasco.** Tesis de licenciatura, ENAH, México.

- PIÑA Chan, Román.  
1996 "El Lienzo de Jucutácato o Xiuhquillan", en Rosa Brambila y Jesús Monjarás-Ruiz (comps.): **Los arqueólogos frente a las fuentes**. INAH, México. Col. Científica, 322.
- PIÑA Chan, Román y Oi Kuiniaki.  
1981 **Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán**. INAH, México.
- POLLARD, Helen P.  
1977 "An analysis of urban zoning and planning at prehispanic Tzintzuntzan", en **Proceedings of the American Philosophical Society**. Vol. 121, núm. 1. USA.
- 1980 "Central places and cities: a consideration of the protohistoric Tarascan State" en **American Antiquity**. Vol. 45, núm. 4. Washington.
- 1993 **Tariacuri's legacy. The prehispanic tarascan state**. Oklahoma Press, Norman and London.
- 1994 "Factores de desarrollo en la formación de estado tarasco", en Brigitte Boehm (coord.): **El Michoacán antiguo. Estado y sociedad tarascos en la época prehispánica**. El Colegio de Michoacán-Gobierno del estado de Michoacán, Zamora, México.
- 1995 "Estudio del surgimiento del estado tarasco: investigaciones recientes", en E. Williams y P. Weigand (eds.): **Arqueología del occidente y norte de México**. El Colegio de Michoacán, Zamora, México.
- 1996 "La transformación de las élites regionales en Michoacán central", en E. Williams y P. Weigand (eds.): **Las cuencas del occidente de México**. ORSTOM-El Colegio de Michoacán-CEMCA, México.
- PORTER, Muriel N.  
1948 "Pipas precortesianas" en **Acta antropológica**. Vol. 3, núm. 2. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- POULANTZAS, Nicos.  
1983 **Estado, poder y socialismo**. Siglo XXI editores, México.
- PULIDO Méndez, Salvador.  
1993 **Proyecto Carretera México-Guadalajara. Tramo Maravatio-Zapotlanejo**. Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México. Mecanoscrito.

- 1996 **Proyecto Carretera Pátzcuaro-Uruapan. Investigación arqueológica de Salvamento.** Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México. Mecanoescrito.
- 1997 **Proyecto de salvamento arqueológico carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas, estados de Michoacán y Guerrero.** Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México. Mecanoescrito.
- 2000 **Proyecto arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas. Informe final.** Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México. Mecanoescrito.
- En prensa "Datos para la historia de la desaparecida Zacatula", en **Investigaciones arqueológicas en el estado de Guerrero.** En prensa.
- PULIDO Méndez, Salvador, José Jorge Cabrera Torres y Luis Alfonso Grave Tirado.  
1997 **Proyecto Carretera Pátzcuaro-Uruapan". Informe final.** Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México. Mecanoescrito.
- PULIDO Méndez, Salvador, Luis Alfonso Araiza Gutiérrez y Luis Alfonso Grave Tirado.  
1995 **Proyecto Carretera México-Guadalajara. Tramo Maravatio-Zapotlanejo. Informe final.** Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México. Mecanoescrito.
- 1996 **Arqueología en el norte de Michoacán. Investigación en una carretera.** Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.
- PULIDO Méndez Salvador, Susana Lam García y Marco Ayala Ramírez.  
"Rescate de un sitio arqueológico: Las Lagunillas". [En prensa].
- Relación de Michoacán.  
2000 **Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacan hecha al Ilustrísimo señor Antonio de Mendoza, Virrey y gobernador de esta Nueva España por su Magestad, etcétera.** El Colegio de Michoacán-Gobierno del estado de Michoacán, México.
- Relación geográfica de Acámbaro.  
1987 "Relación de la Villa de Celaya y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Ajuchitlán.**

- 1987 "Relación de Ajuchitlán y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Chocandirán.**

- 1987 "Relación de Xiquilpa y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Coacolman.**

- 1987 "Relación de la Provincia de Motines" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Cuitzeo.**

- 1987 "Relación de Cuiseo de la Laguna" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Jiquilpan.**

- 1987 "Relación de Xiquilpa y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Necotlán.**

- 1987 "Relación de Nocotlan" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Peribán.**

- 1987 "Relación de Xiquilpa y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Sinahua.**

- 1987 "Relación de Sinahua" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Sirándaro y Guayameo.**

- 1987 "Relación de Sirándaro" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Tancitaro.**

- 1987 "Relación de Tancitaro y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

**Relación geográfica de Tingüindín.**

- 1987 "Relación de Tingüindín", en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

Relación geográfica de Tepalcatepec.

- 1987 "Relación de Tancitaro y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

Relación geográfica de Tuxpan, Tamazula y Zapotlán.

- 1987 "Relación de Tuxpan y su partido" en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

Relación geográfica de Yuriria.

- 1987 "Relación de la Villa de Celaya y su partido", en René Acuña (ed.): **Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán.** UNAM, México. Vol. 9.

Relaciones geográficas.

- 1987 **Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán.** Edición de René Acuña. UNAM, México. Vol. 9.

ROMANO, Arturo.

- 1974 "Sistema de enterramientos" en Varios: **Antropología física. Época prehispánica.** INAH, México. Col. México: panorama histórico y cultural.

ROSKAMP, Hans.

- 2000 "Las 44 cuatro láminas de la Relación de Michoacán: una propuesta de lectura", en **Relación de Michoacán.** El Colegio de Michoacán-Gobierno del estado de Michoacán, México.

RUBÍN de la Borbolla, Daniel.

- 1939 **Antropología Tzintzuntzan-Ihuatzio.** Editorial Cultura, México.
- 1941 "Exploraciones arqueológicas en Michoacán. Tzintzuntzan. Temporada III", en **Revista mexicana de estudios antropológicos.** Tomo V, núm. 1. México.
- 1944 "Orfebrería tarasca" en **Cuadernos americanos.** Vol. XV, núm. 3. México.
- 1948 "Arqueología tarasca", en SMA: **El occidente de México. Cuarta reunión de mesa redonda sobre problemas antropológicos de México y Centroamérica.** Sociedad Mexicana de Antropología, México.

- SAHAGÚN, Bernardino de (Fray)  
1982 **Historia general de las cosas de Nueva España.** Editorial Porrúa, México. Col. "Sepan cuantos...", 300.
- SANDERS, William y Barbara Price.  
1968 **Mesoamérica, The evolution of a civilization.** Random House, New York.
- SANDERS, William y Joshep Marino.  
1977 **Prehistoria del nuevo mundo.** Editorial Labor, Barcelona.
- SCHÖNDUBE, Otto.  
1980 **Historia de Jalisco. (Desde tiempos prehispánicos hasta fines del siglo XVII).** Gobierno de Jalisco, Guadalajara, México.
- 1994 "El occidente de México", en **Arqueología mexicana.** Vol. II, número 9, México.
- SELER, Eduardo.  
2000 "Los antiguos habitantes de Michoacán" en **Relación de Michoacán.** El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán, México.
- SERRANO S., Carlos y Zaid Lagunas R.  
1988 "La antropología física en el Occidente", en C. García Mora y M. Mejía Sánchez: (coords.): **La antropología en México. Panorama histórico. 13: La antropología en el Occidente, el Bajío, la Huasteca y el oriente de México.** INAH, México. Col. Biblioteca del INAH.
- STANISLAWSKI, Dan.  
1947 "Tarascan political geography", en **American Anthropologist.** núm. 47.
- SWADESH, Mauricio.  
1967 "Lexicostatistic classification" en R. Wauchope (ed. Gral.): **Handbook of Middle American indians.** Texas Press University, Austin. Vol. 5.
- 1969 "Un nexo prehistórico entre quechua y tarasco" en **Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia.** 7ª. Época, tomo I. SEP, México.
- TORRES Montes, Luis y Francisca Franco Velázquez.  
1996 "La metalurgia tarasca. Producción y uso de los metales en Mesoamérica", en S. Lombardo y E. Nalda (coords.): **Temas mesoamericanos.** INAH, México. Col. Obra diversa.

TRIGGER, Bruce.

1992 **Historia del pensamiento arqueológico.** Editorial Crítica, Barcelona.

Varios.

1981 **Historia, ¿para qué?.** Siglo XXI editores, México.

VIQUEIRA, Juan Pedro.

1981 "La muerte en el imperio tarasco vista a través de la Relación de Michoacán", en F. Miranda (ed.): **La cultura purhé. El coloquio de antropología e historia regionales. Fuentes e historia.** El Colegio de Michoacán-Fonapas Michoacán, México.

WARREN B., Fintan

1968 "Minas de cobre en Michoacán", en **Anales del Museo Michoacano.** 2ª. época. Morelia.

WARREN, Benedict J.

1977 **La conquista de Michoacán. 1521-1530.** Fimax publicistas, Morelia. Col. Estudios michoacanos, VI.

WATSON, Patty Jo; Steven A. LeBlanc y Charles L. Redman.

1974 **El método científico en arqueología.** Alianza Universidad, Madrid.

WEST, Robert.

1961 "Aboriginal sea navigation between Middle and South America", en **American anthropologist.** Vol 63, núm. 1.

WILLIAMS, Eduardo.

1992 **Las piedras sagradas. Escultura prehispánica del Occidente de México.** El Colegio de Michoacán, México.

1993

"Historia de la arqueología en Michoacán", en Ma. Teresa Cabrero (comp.): **Il coloquio Pedro Bosch Gimpera.** IIA-UNAM, México.

WILLEY, Gordon R.

1971 **An introduction to american archaeology.** Prentice-Hall Inc., New Jersey.